REUNION R. E I. DE ARTESANOS

INSTITUTO DE ESTUDIOS GALLEGOS

CONFERENCIAS

DEL

PRIMER CURSILLO

ENERO 1918

IMPRENTA DE «EL IDEAL GALLEGO»
CANTÓN GRANDE NÚM. 22
LA CORUÑA

62

R.1422 XX.2243 780

REUNION R. E I. DE ARTESANOS

INSTITUTO DE ESTUDIOS GALLEGOS

CONFERENCIAS

DEL

PRIMER CURSILLO

ENERO 1918

XUNTA DE GALICIA · CONSELLERIA DE CULTURA, COMUNICACIÓN SOCIAL E TURISMO · DIRECCIÓN XERAL DE PROMOCIÓN CULTURAL · C.S.B.G.

LA CORUÑA

PB1162
CB 10302922
Titu 578560

UNAS PALABRAS

Bien conocida es la labor de cultura realizada por este Centro: hemos puesto todo nuestro empeño en acrecentarla y fomentarla y puede afirmarse que el veterano Circo es hoy el más popular y prestigioso Ateneo de Galicia. Por su tribuna han desfilado ilustres personalidades, que son timbre de honor de la mentalidad española; y las conferencias y las solemnidades que hemos organizado han merecido general aplauso y conquistaron para su nombre alto y honrosísimo predicado.

En la obra de renacimiento espiritual que se inició en Galicia tuvo principal actuación nuestra Sociedad: en ella se han celebrado actos de extraordinaria importancia, que colocaron a La Coruña al frente del movimiento de regeneración regional.

Además de los diversos y brillantes actos de cultura que ha promovido, en enaltecimiento de nuestra tierra, constituirán efemérides famosas en nuestro historial los homenajes tributados a la insigne Concepción Arenal y a la inspirada cantora de nuestros dolores y de nuestras esperanzas, la ilustre Rosalía de Castro.

La "Fiesta de la Poesía", en honor de la autora de "Follas Novas" ha sido una memorable manifestación de "Afirmación Gallega", en la cual, ante una brillante representación de escritores regionales, el verbo vibrante y elocuente de Vázquez de Mella entonó un himno de amor a Galicia y a su gran poeta, y estimuló el alma de nuestro pueblo a laborar por su redención y su grandeza.

La "Fiesta Gallega", iniciada por este Centro, ha sido otro inolvidable acto de "Afirmación regional", en el cual la música y los cantos de nuestra tierra han tenido solemne y clamorosa consagración; y en ella se cantó, por primera vez ante un público de más de doce mil almas, el "Himno a Galicia" de Pondal y Veiga; y desde entonces hiciéronse popula-

mado del olvido en que todos le teníamos, y resuenan como una cordial salutación a la aurora que centellea anunciando el renacimiento de Galicia.

A esta Sociedad corresponde el honor de una celosa cooperación en cuanto tiende a glorificar la tierra gallega y nosotros nos complacemos en haber ofrendado, con nuestros compañeros de Junta, todos nuestros éntusiasmos y todos nuestros más devotos fervores para esta gran obra de acendrado patriotismo.

Impulsados por este sentimiento hemos creado el "Instituto de Estudios Gallegos", que funciona bajo el patrocinio de la "Reunión de Artesanos".

Desde su inauguración ha realizado ya muy importante labor, despertando vivo interés en todos cuantos se preocupan de la cultura regional.

Propónese el "Instituto" dedicar sus afanes al estudio de los problemas que más directamente se relacionan con su vida espiritual y económica. Para ello se organizarán diversas Secciones que comprendan los varios asuntos que han de integrar la amplia y compleja materia de su conocimiento. procurando una conveniente especialización, y contando con el concurso de cuantos se signifiquen por su dilección a estas cuestiones regionales.

Las Secciones se titularán:

Primera. Filología y Literatura.
Segunda. Ciencias históricas.
Tercera. Ciencias exactas, físico-químicas y naturales.
Cuarta. Estudios económicos.
Quinta. Estudios sociales.
Sexta. Estudios pedagógicos.
Séptima. Bellas Artes.

Será especial objeto de su atención organizar conferencias, investigaciones e informaciones relativas a asuntos de carácter regional que merezcan preferente estudio; y se procurará, además, cooperar a la publicación de Informes, Memorias y trabajos de diversa índole que sean útiles para el fomento de nuestra cultura.

Como base primordial para nuestra labor, nos proponemos organizar en la excelente Biblioteca de este Centro—recientemente dotada de notables obras—una Sección especial dedicada a **Galicia. A** este objeto se está procediendo a la ampliación del local destinado actualmente a tan importante servicio; y han de reforzarse sus fondos—al presente bien res los viriles acentos de ese himno que nosotros hemos exhu-

nutridos—con las publicaciones de carácter regional que sea posible adquirir.

A tal fin viene nuestro bibliotecario, Sr. Martínez Morás, celosamente secundado por el distinguido escritor y bibliófilo Sr. Carré, realizando los oportunos trabajos.

La actuación del "Instituto de Estudios Gallegos" impone sacificios pecuniarios de no escasa cuantía. Esta Sociedad ha de contribuir a ellos en la medida de sus recursos; pero es preciso gestionar un más amplio auxilio al mejoramiento de sus propósitos.

El Gobierno nacional—por mediación del Marqués de Alhucemas—ha otorgado una modesta subvención a dicho objeto, y es de confiar en que las Diputaciones provinciales y las Corporaciones municipales de las ciudades gallegas, y, particularmente las entidades y conterráneos que se preocupen del progreso de nuestra región han de cooperar con entusiasmo a esta simpática obra.

En el presente volumen se publican las conferencias que constituyen la primera serie de las organizadas por el "Instituto". Nada podemos exponer respecto a su mérito y a las dotes de sus autores. El venerable y brillante poeta y escritor Barcia Caballero, uno de los más insignes propulsores del sano regionalismo gallego; López Carballeira, el elocuentísimo orador y distinguido ateneísta; el Capitán profesor de la Academia Militar de Toledo, Sr. García Rey, que es una prestigiosa autoridad en los estudios geográficos; Alfredo García Ramos, laureado literato y notable investigador de las instituciones jurídicas y sociales de Galicia; y nuestro bibliotecario, el inteligente catedrático Sr. Martínez Morás, que continúa con fortuna la meritísima obra de su padre D. Andrés Martínez Salazar, ilustre cronista de La Coruña, son nombres bien conocidos en nuestra cultura regional y no han menester de nueva presentación en estas líneas.

Conste nuestra gratitud por el concurso que nos han ofrecido, y, por anticipado, registremos también la que debemos a las personalidades que nos han honrado con la promesa de su valiosa cooperación para continuar la empresa que se propone realizar el "Instituto de Estudios Gallegos", con el decidido y caluroso patrocinio de esta Sociedad, siempre propicia a trabajar con noble empeño por la prosperidad y engrandecimiento de Galicia para mayor gloria de España, que es lema del Regionalismo que nosotros preconizamos.

El Presidente,

MANUEL CASÁS FERNÁNDEZ

EL REGIONALISMO GALLEGO EN SU ASPECTO CONFESIONAL, MONÁRQUICO Y UNITARIO

CONFERENCIA

PRONUNCIADA POR

D. ALFREDO GARCÍA RAMOS

Abogado. Secretario de Sala de la Audiencia Territorial de Galicia,
Director de «El Ideal Gallego»

EN 20 DE ENERO DE 1918

LA CORUÑA

EL REGIONALISMO GALLEGO EN SU ASPECTO CONFESIONAL, MONÁRQUICO Y UNITARIO

CONFERENCIA

PRONUNCIADA POR

D. ALFREDO GARCÍA RAMOS

EN 20 DE ENERO DE 1918

LA CORUÑA

Señoras y Señores:

Señoras y señores:

Dad por supuesto, ya que ello está en lo íntimo de la intención, que agradecí las frases que personalmente me afectan y que acaba de pronunciar el presidente de esta Sociedad; (1) suponed también que solicité el concurso de vuestra benevolencia, de que sin duda son promesa y albricias los aplausos con que acogísteis mi presencia, benevolencia que si siempre preciso, hoy más que nunca, porque yo no sé si vosotros conocéis una costumbre que, trayendo origen de muy lejanos días, pues ya la relatan los Libros Sagrados, se practica en nuestra tierra y en otras tierras españolas. Es al tiempo de la recolección de la cosecha de cereales; los segadores, diestros y ágiles, empuñando las hoces afiladas, van segando los trigales dorados y los blancuzcos centenales, resistiendo al brillar intenso del sol agosteño que hiere las retinas y de los rayos que queman la piel, y luego, al caer de la tarde, cuando el majestuoso lucero, al alejarse, amortigua sus rigores y se despide para alumbrar otro hemisferio, invaden los terrazgos, los agros y las "veigas" los desheredados, los pobres, y registrando los surcos, recogen las espigas tronchadas u olvidadas, para alimentarse del "rebusco".

En esta labor de adoctrinar, iniciada por la Reunión de Artesanos, correspondíame a mí, pobre y desheredado de haber intelectual, desempeñar papel de rebuscador, hablar después de los que han de hacerlo con plena suficiencia y autoridad, recoger las espigas tronchadas u olvidadas; pero me

---

(1) El Señor D. Manuel Casás, Presidente de la «Reunión de Artesanos», donde esta Conferencia tuvo lugar, hizo la presentación del disertante en elogiosas palabras, declarando inaugurado el primer cursillo de Estudios Gallegos.

han puesto en la mano la hoz y tengo que ir delante, entre los segadores.

ALUSION A LA CRISIS

Ocupo esta tribuna a título de ciudadano que, al igual que otros muchos, hizo examen de conciencia ante la situación de España, y, más concretamente, sobre la de Galicia, y que, sintiendo y pensando en gallego y hablando y exponiendo en castellano, se ha percatado de que tenemos deberes inexcusables que cumplir, más apremiante su satisfacción cuanto que, hasta muy recientemente, quien no haya cerrado los ojos a la realidad, se habrá dado cuenta de que en la política española, no ha sido sueño de visionario ni agudeza de ingenio aquella desdichada paradoja que señala en sus "Empresas políticas" el preclaro escritor Saavedra Fajardo, de que para gobernar "no es menos peligrosa la buena fama que la mala"; y, en verdad, que tuvimos oportunidad de recordarle con motivo de la última crisis, en que al manifestarse las altiveces ciudadanas y las gallardías éticas, despertaron celos en los espíritus febles y en las endebleces morales, sin duda porque, como aleccionó aquel clarividente político, las supremas inteligencias ponen de manifiesto las ignorancias supinas, y "no se teme en los hombres el vicio, porque los hace esclavos; la virtud, sí, porque los hace señores."

Están tan recientes los sucesos políticos, que, sellados como fueron con la marca de lo extraordinario, viven en la memoria de todos los españoles, así de los que meditan, profundizando en su sustancia y en su médula, como de los que simplemente curiosean y no pasan de la superficie.

Y está sucediendo algo análogo a lo que acontece cuando se desploma o se derrumba un edificio ruinoso: acorren las gentes altruístas, inspiradas por humanitarios y éticos deberes, a apartar los escombros y salvar lo que salvarse pueda, y en la pretérita catástrofe política creen muchos, y éstos son los engañados por las apariencias, que ha perecido sólo lo que debía perecer y que nada hay que salvar; otros, por el contrario, entendemos que hay que penetrar sin cobardía en la escombrera, registrar cuidadosamente, recoger lo trucidado y, si no se encuentra nada merecedor de conservación, apoderarse del solar y a reconstruir con premura, a refaccionar con urgencia.

EL REGIONALISMO

A esta obra ciudadana y patriótica, realista e idealista a la vez, como real e ideal fué siempre el hidalgo pensamiento

hispano, debemos ir todos derechamente, con máxima y óptima voluntad; y somos muchos los que, alentados de un afán reconstructivo, queremos que se imite, en cierto modo, el gobierno divino, que en el orden natural, como enseña la filosofía, dirige el mundo por medio de las causas segundas, así en lo físico como en lo moral, liga a todos los seres, los inertes y los sensibles, y aun los diversos órganos dentro de cada ser, a la ley de la variedad que resuelve en otra ley superior y suprema, la unidad, y por eso ansiamos que en el gobierno político se tengan en cuenta las regiones—que vienen a ser las causas segundas—, mas siempre enlazadas con la unidad superior, es decir, con España.

Y no quiero pasar adelante en la exposición de la tesis que someto a vuestra atención, sin esclarecer que el regionalismo que yo profeso, el que profesamos muchos, es armónico con los intereses del resto de la nación, está asistido de una fuerte idea española, según pedía ayer en "A B C", en un artículo, el Sr. Salaverría: no es la idea suicida del separatista, ni siquiera el pensamiento equívoco y deslumbrador del nacionalista, sino un sistema que, derivado del pasado, se apoya en la tradición histórica y consuetudinaria, se acopla al estado presente y mira al progreso futuro; es lazo de unión entre el ayer y el hoy. Anhela, quiere, desea y persigue que las necesidades de las tierras periféricas españolas repercutan y encuentren satisfacción en el centro; labora por la autonomía de los Municipios para que sean organismos populares, espejos de ciudadanía, arquetipos, patrones y normas del civismo colectivo, células de vitalidad, elementos que refuercen la eficacia del Poder central, y no siervos, esclavos o serviciales de las mesnadas o banderías políticas; en fin, que dejen de ser "colonia" romana que se rige exclusivamente por las imposiciones de la metrópoli o por los caprichos de los pretores, y se conviertan en concejos o cabildos, en los que predomine el elemento social, de clase, de gremio y se administren por sus propios acuerdos; queremos, en suma, que así como en los Gobiernos estuvieron presentes muchas veces hombres gallegos, no continúe ausente en la gobernación del Estado el espíritu de nuestra tierra.

Y, sin embargo, el regionalismo no es un partido político, aunque aspira a llevar savia e ideología a los partidos tan faltos de substancias como sobrados de accidentes; y en cuanto es tradicional, que aspira a conservar y defender lo típico y lo clásico, puede servir para contener las demasías innovadoras de las izquierdas, invadidas de un extranjerismo ideológico; en cuanto es democrático, porque labora por la

conservación de las costumbres, prácticas y estilos creados por el pueblo, tiende y se encamina a llevar aquél a la política; en cuanto es evolucionista, puede ser dique que contrapese el carácter revolucionario de los demagogos a tanto alzado; en cuanto es confesional, puede ser aglutinante frente a las tendencias de los que quieren imprimir un disolvente carácter neutro a la sociedad y al Estado; en cuanto es conservador, asimila aquellos factores vitales a cuyo amparo se formaron los pueblos y las ciudades, se crearon industrias y se afianzó el comercio; en cuanto es oportunista, quiere que el arancel sea protección para las industrias regionales, y que los tratados les abran los mercados mundiales; quiere, en suma, prepararse para que cuando al final de la guerra, al concertarse la paz, que ya alborea, caduquen o se denuncien los convenios interestatales, Galicia sea oída y no hable por ella Zamora, con desconocimiento de sus problemas, como en los tiempos de Carlos I.

El regionalismo que yo profeso, el que profesamos muchos, el sano regionalismo, viene a colocarse entre el romántico "provincialismo" de ayer y el revolucionarismo de hoy, entre los que todo esperaban resolverlo con suspiros y con endechas, y los que todo lo fían a estridencias y crispar de puños, entre los idealistas fantásticos y los realistas imprudentes, llega a tomar posición en el campo de la verdad, que radica entre esos dos extremos, que surgirá de ellos cuando los unos avancen y los otros retrocedan, como un día surgió la exacta verdad filosófica después de que San Agustín purificó el "ideal" platoniano y Santo Tomás divinizó la "realidad" aristotélica.

NACIONALISMO Y REGIONALISMO

Mas impórtame recoger un concepto vertido hace pocos días por algnos regionalistas gallegos. Fué mi admirado y docto amigo el Sr. Sanz quien dijo estas o parecidas frases: "Somos rexionalistas, pero entendendo por rexionalismo galego o mesmo que por nacionalismo catalán". Pues bien: yo os digo que en eso puede haber un equívoco peligroso, porque región es una cosa y nación es otra cosa, y nunca, ni étnica ni políticamente, fueron naciones, en ningún momento de la historia, ni Navarra, ni Castilla, ni Aragón, ni Cataluña, ni Valencia, ni Galicia, y en cambio lo fué siempre España, en todo momento, ora dividida en condados, en reinos cristianos, en califatos árabes, ora unida en una sola corona bajo Fernando el Católico.

"Nación" es raza étnica, conjunción de pueblos nacidos

de un mismo tronco étnico, en la que concurren elementos éticos, psicológicos y fisiológicos, que la diferencian de otro conjunto. Y yo pregunto: ¿de qué tronco étnico proceden los catalanes que no procedan los valencianos, los gallegos, los asturianos y los vascos? Si todos han sufrido las mismas invasiones, estuvieron sometidos a idénticos conquistadores, y los estudios, cada día más documentados y numerosos, sobre el iberismo, nos dan la sensación de que éste excluye una porción de aventuradas y gratuitas afirmaciones sobre celtismos y suevismos y otros rutinarios ismos? España sí que puede ser llamada nación, porque desde Túbal acá, todos llevamos sangre de los mismos troncos, y sus regiones sólo fueron Estados dentro de aquélla. Esto, que parece a primera vista el "flatus vocis" de los nominalistas y realistas de la Edad Media, no es tal, pues si España es una "nación", la unión de sus regiones con ella es unión natural étnica, de sangre; si España no es "nación", la unión de sus regiones con ella es voluntaria, política, legal. ¿No advertís, sin grandes cavilaciones, las consecuencias? Lo natural puede suspenderse, pero no anularse; lo étnico es lo permanente; la sangre liga y atrae: lo voluntario puede quebrarse; lo político es lo transitorio; la ley puede abrogarse. Y ¡ay de España, ay de los españoles el día en que el único aglutinante nacional sea solamente la ley, la oportunidad política o el pacto, porque se deshará en jirones cada vez que se rompa el contrato, pase la oportunidad o la mayoría imponga una nueva ley!

El regionalismo, cualquiera que sea la forma que adopte, es tradicional, toma su savia del pasado, de la historia, y, o hay que revisar, por falsa, la de nuestra región, rechazar cuanto dicen las crónicas y los diplomas, los pergaminos y los códices, los tumbos y los archivos, las tradiciones y las leyendas, o hay que concluir a esta tesis: en el regionalismo gallego destacan las notas "confesional, monárquica y unitaria".

Y no vale hurtar cautelosa y hábilmente el hablar de estas cuestiones, omitirlas y silenciarlas, porque, aparte su principalidad, todo ciudadano tiene el deber de formar criterio positivo o negativo, verdadero o erróneo, sobre todos aquellos problemas que afectan a la cosa pública.

AFIRMACION CONFESIONAL

Y al tratar del aspecto confesional del regionalismo, no quiero ni intento resucitar la cuestión que tanto debatieron las derechas y las izquierdas españolas, sino esclarecer que a

su éxito deben colaborar los católicos, pues el sentimiento religioso va íntimamente ligado a la historia de Galicia; fué uno de sus factores elaborantes, y así vemos que a la sombra de los monasterios se fundan los villajes y fomentan los caserios; al cobijo de las catedrales progresan las ciudades; los prelados gallegos comandan tropas y vencen a los normandos y a los árabes; las artes plásticas hallan su inspiración en la religiosidad; los gremios de menestrales ponen su negocio bajo la protección de un santo; los Concejos se reunen para deliberar al tañido de la esquila parroquial, y toman la extensión territorial de la feligresía; los procuradores síndicos de Compostela juran, al posesionarse del cargo, defender los privilegios del Apóstol Santiago; aquella ciudad se engrandece con la cultura que le aportan las peregrinaciones medioevales; Rechiario, antes de Recaredo, se convierte al catolicismo, haciendo de Galicia la primera región cristiana de la península; los maestros y doctores de la Universidad de Santiago, prestan juramento y de ello acaban de cumplirse tres siglos, de creer y defender la Concepción Inmaculada; los pueblos colocan en sus escudos y banderas el cáliz, la custodia o la cruz, y la enseña y el emblema regional que los comprende a todos, ostenta la insignia eucarística rodeada de esta honorable leyenda: "Hoc hic Misterium fidei firmiter profitemur" —Aquí confesamos firmemente ese misterio de la Fe—; y si al grito de "Santiago y España" se redimieron los territorios, al grito de "Santiago y perdón" se redimieron los espíritus.

Al sentimiento religioso de los gallegos debe la cristiandad la más bella antífona compuesta en honor de la Madre de Dios, pues allá en el siglo X, cuando sobre todo el mundo se cernía la pesadilla del horrible final que relata el Apocalipsis; cuando Almanzor llegaba con sus correrías a Santiago, derribaba su suntuosa iglesia, se apoderaba de las campanas y las hacía conducir a Córdoba, en mi montaña arzuana, en el fondo de un lugar en donde confluyen los ríos Cabalar y Tambre, un monje, Pedro Martínez de Sobrado, conocido por Pedro de Mezonzo, a quien el rey Bermudo llama "el amado de Dios", tuvo un momento de suprema inspiración y compuso esa plegaria que se llama la Salve, que es salutación fervorosa y suplica humilde, tan bella, tan espiritual, tan mística, tan confortadora, que parece ideada para decirla "gimiendo y llorando" en las grandes tribulaciones de la vida.

Cuando los teólogos debatían científicamente en la época medioeval el problema de la Concepción de la Madre de Dios, antes que lo afirmase aquel monje sajón que se llamó Eadmer,

para quien pretenden recabar la primacía de la gloria los ingleses, ciento setenta años antes que Fr. Juan Escoto lo enseñase en la Sorbona, Pedro el Compostelano, en el tratado inédito hasta hace tres años, que se editó en Alemania, titulado "De Consolatione rationis", afirmó la doctrina inmaculista, que es uno de los dogmas más excelsos de la Iglesia católica.

La misma poesía gallega teologuiza respecto de este alto misterio, y así la cántiga V de las "Festas de Santa María", dice.

"E logo que foi viva
no corpo de sa madre,
foi quita do pecado..."

Por eso la Iglesia se suma al movimiento regional, y el Pontífice León XIII, en la encíclica "Inmortale Dei", dice que la Iglesia defiende la conservación de aquellas instituciones que "impiden que el supremo poder del Estado invada indebidamente el poder del Municipio"... Y en aquella otra que comienza "Libertas praestantissimum...", escribe: "No reprende la Iglesia que las ciudades vivan con leyes propias y los ciudadanos gocen de más amplia facultad de aumentar sus provechos; porque siempre fué la Iglesia fidelísima fautora de las libertades regionales y municipales templadas"... Y en otro análogo documento (Diuturnum) añade: "Salvados los derechos de la justicia, no está prohibido a los pueblos elegir aquellos modos de gobierno que mejor convengan a las instituciones y a las costumbres de sus antepasados."

OMISIONES NOTORIAS

¿Por qué rehuyen los que se agrupan bajo la bandera regionalista de afirmar la parte confesional en sus programas? Si la religión es esencia en la vida de los individuos, ¿cómo no ha de serla también en la de los pueblos, que están constituídos por hombres?

¿Por qué los catalanistas y los galleguistas—palabras que según dice A. Brañas debieran desaparecer, siguiendo en esto a lo indicado ya antes por los Sres. Romani y Torroja—guardan silencio sobre este punto? No advierto incompatibilidad alguna, pues se puede luchar contra los malos gobiernos y no ocultar los sentimientos religiosos, y la historia de los catalanes enseña que en 1640, los segadores se sublevaron contra las demasías de los gobernantes, de los favoritos, privados y validos; y llevando a guisa de estandarte la imagen grande de

un Cristo Crucificado, vitoreaban a la Iglesia y al Rey, pedían la muerte de los malos gobiernos y de los traidores, y entonces fueron el pueblo y la Iglesia conjuntamente quienes derribaron a los malos gobernantes, socorrieron a la Patria y ampararon al Rey.

Y, ¡cosa rara! Ahora, pasados dos siglos y medio, los que invocan aquella epopeya de los segadores catalanes, rehuyen toda confesionalidad, y dicen que para no ahuyentar a los no católicos de la lucha preelectoral, y en las discusiones postelectorales, se ha de prescindir de toda alusión, ni directa ni indirecta, al problema de la fe, como si ésta no fuese timbre de honor y sí una podre que debiese ocultarse. Esto quiere decir que todo ha de sacrificarse a la conciliación de los intereses materiales, de la riqueza y del bienestar de los cuerpos, y eso puede tener consecuencias gravísimas y transcendentales que nos conducirán inevitablemente al racionalismo político. Porque ¿no se aspira en las futuras Cortes a dar nuevas formas de distribución a la propiedad, a la tributación, a extender la intervención social del Estado, a resolver problemas culturales y económicos? Pues si se sigue el criterio neutro o epiceno, si se prescinde, para no ahuyentar a los increyentes, de todo lo que hay de absoluto, de permanente, de universal en la vida, bien podéis dar por segura la bancarrota del lazo religioso, y con ello, la quiebra del aglutinante ético que informa la historia local de las regiones y la general de España, y entonces dejan los catalanes de invocar aquella profecía que no hizo ningún político, ningún economista, ningún financiero, de que Cataluña había de ser en tiempos futuros la regeneradora de España, porque tal vaticinio lo hizo el santo Vicente Ferrer, y éste, al hablar, confiaba tanto en la acción material como en la espiritual.

El regionalismo que oculta, rehuye o niega la parte confesional, es un regionalismo mutilado, que cercena parte de las aspiraciones del alma, y nada hay en el compuesto humano que tanto rechace toda mutilación y que tanto tienda a la integridad, como el espíritu, que no consiente siquiera que se disimulen sus anhelos.

La nota confesional no es obstáculo para que puedan plantearse, tramitarse y resolverse los problemas económicos, las cuestiones mercantiles e industriales, las rentísticas, las constitucionales, las políticas y las autonómicas, pues aun aquellas que se estiman más graves, por afectar a la propiedad y al intervencionismo del Estado, puede resolverse en el sentido más radical, teniendo en una mano el sermón de la montaña, y en la otra el Catecismo, que asienta como

supremos postulados la paz entre los hombres y el amor al prójimo.

¡Temor de dividir, se dice! Eso me parece una hipocresía con la que quiere legitimarse el naturalismo político y el materialismo económico, según hizo notar, hace pocos días, en el Ateneo de Madrid el Sr. Unamuno, que no es hombre que se preocupe de grandes ni de pequeñas espiritualidades. Las creencias no dividen, sino que ayuntan; lo que divide son los odios, las pasiones innobles, las ambiciones y la carencia de ideales extrahumanos.

EL IDIOMA

La lengua—que tanta importancia tiene en la esencia regionalista—afirma la confesionalidad. La lengua, que, como dijo Cánovas del Castillo, es "la expresión más acabada de toda raza" y "el alma exteriorizada"; la lengua, que es el mayor motor de toda asociación, la que nos impulsa a ella, es de origen divino. Verdad es que un día, uno de esos sectarios que blasfeman en nombre de la razón, lanzó un ultraje a la Divinidad y dijo: "La palabra es invención humana". Pero, señores, grande es el poder de la inteligencia; ante sus mágicas concepciones y sus maravillosas inventivas, la Naturaleza rasga sus velos, se descubre, deja entrever sus secretos, y el hombre, registrando el cielo, sorprende el girar rítmico de los luceros y de los mundos estelares, y las leyes que lo causan y lo regulan; adivina la fuerza del rayo; llega hasta las nubes y disputa su dominio a las águilas con los mongolfieros, los aerostatos y los aeroplanos; ciega los mares para hacer un puerto, o socava la tierra para hacer un mar; corta los istmos, y por el de Suez, abrevia la distancia que media entre Europa y las Indias orientales, y por el de Panamá concierta y realiza las bodas del Atlántico y del Pacífico: horada las montañas, introduciéndose en su seno; cambia el curso de los ríos, humilla los dolores con las combinaciones artificiosas de la química; crea en la retorta sustancias que encierran en su seno la potencia suficiente para producir conmociones o catástrofes que rivalizan con las que causaron las más apocalípticas transformaciones geológicas; idea o, como otros quieren, perfecciona con Gioja la brújula y aplica con Fulton el vapor a las naves, haciendo que crucen, rápida y seguramente, las rutas oceánicas; arranca a la naturaleza los sonidos, los metodiza, los sintetiza y crea la música; arrebata al arco iris sus delicadas gamas, las materializa y genera la pintura. Pero la

palabra, el instrumento externo de la razón, el intérprete de la idea, el ropaje seductor del pensamiento, distribuído con lógica y admirable precisión en modos, tiempos y personas; con sus expresivas delicadezas, con sus sonidos armónicos, con sus giros y construcciones; la palabra, tan majestuosa y elocuente en las oraciones de Demóstenes, que resuenan aún en el Pireo, tan pomposa y opulenta en los discursos de Cicerón, que vibran sobre las siete colinas, tan blanda, amorosa y dulce en las parábolas de Jesús, que perduran en las almas; la palabra, sin la cual no existirían las Eneidas ni las Ilíadas, ni disfrutaríamos de los descubrimientos geométricos de Eúclides y de Arquímedes, ni conoceríamos la medida de la circunferencia de la tierra, que hizo Eratóstenes, ni los estudios botánicos de Teofastro, ni los atributos de las divinas y supremas esencias, que nos legaron los teólogos escolásticos—; la palabra, digo, es tan grande, tan sublime, que no pudo ser obra del entendimiento humano, y es, como dijo Rousseau, "un presente de la divinidad"... Porque antes, mucho antes que se borrase el vacío y desfilase ante los ojos del Creador la luz, antes que brillasen los astros y girasen los soles, antes que por primera vez vibrase en los aires el rayo y retumbase el trueno en los espacios, antes que se vistiesen los valles de matizadas florecillas y coronasen los cedros la cima de los montes, antes que brotase el agua de las entrañas de las rocas y abriesen los ríos sus cauces, antes que rompiese el eterno silencio el dulce piar de los pajarillos y se encrespasen los mares, antes que iluminase la tierra el sol esplendoroso y poetizase la noche la luna plateada...; allá, en aquel principio de que habla el evangelista San Juan, y cuya determinación huye, escapa y se sustrae a la penetración intelectiva, era el "verbo", es decir, la palabra creadora que hizo la vida, accionando y ordenando el incierto caos, como la cascada de agua que cae sobre una tierra estéril y la fecunda... Y congratulémonos de que se nos haya ungido con tan sublime atributo, porque sin la palabra no había modo de excitar las nobles pasiones ni de calmar las malas más que por medios materiales, ni de fecundar la inteligencia, ni de fomentar el progreso, ni siquiera podríamos humedecer los labios en el divino cáliz de la sabiduría, ni conoceríamos el pasado, y sin ella, el mando sería una violencia, el amor, una brutalidad, el espíritu se agitaría en una noche de ansias sin fin, y la vida de relación sería una triste y eterna pantomima.

EL SENTIMIENTO RELIGIOSO, LA CULTURA Y LA DECADENCIA GALAICA

Al espíritu religioso debe Galicia la preponderancia de sus más altos centros de enseñanza, y así los ilustres prelados D. Diego de Muros y D. Diego, obispo de Canarias, fundan, en unión del notario López de Marzoa, la Universidad de Santiago en el siglo XVI; el eximio arzobispo Fonseca instaura el Colegio de su nombre; el sabio doctor Cuesta reorganiza la enseñanza universitaria, ampliándola y regularizándola; fray Diego de Hevia, obispo de Antequera, llevado de su amor regionalista, crea nuevas cátedras, y el entusiasmo por la cultura motivó que el arzobispo D. Manuel Ventura Figueroa dejase sus bienes para que sus parientes pudiesen seguir carreras literarias y especiales.

Cuando el sentimiento religioso, que es principio informativo de la historia de Galicia, se relajó o se debilitó, como sucedió en el último tercio del siglo XV, cuando los gallegos se conjuraban y confederaban contra el clero, las iglesias, los lugares pios y la libertad eclesiástica, negaban a los sacerdotes todo auxilio, incluso el pan, los prelados, eran expulsados de sus diócesis, y las autoridades civiles huían, se rechazaban las amonestaciones de los Papas Eugenio IV, Calixto III y Paulo II, que exhortaban a nuestros antecesores a la paz pública, y el robo, el pillaje y el asesinato quedaban impunes, entonces vino la decadencia galaica, porque el equilibrio social se rompió, aquella decadencia que reaccionó en una revolución santa, la de los "Hermandinos", en la que hay que registrar no pocos excesos, porque no tuvo dirección prudente que la encauzase ni mano fuerte que la contuviese, y en la que se dió la peregrina paradoja de que el mariscal Pardo de Cela, el opresor de Mondoñedo, el gran cacique de Vivero—del que se quiere hacer un símbolo anticaciquil, lo cual nos advierte de que es menester poner centinelas a la historia regional—, se sumó al partido de los villanos y pecheros, cuyo ejemplo intentan imitar algunos grandes oligarcas políticos, que al ver desahuciado el "centralismo", se abrazan a la enseña regionalista.

LA TEORIA DEL AMOR

El regionalismo por que yo abogo, no es el repugnante exclusivismo que hace un privilegio del calificativo de vasco y un epíteto injurioso de la palabra "maketo", o que establece

una línea divisoria entre las regiones y España, que siembra odio en la raza, separa y distancia a las gentes y se inspira en una egoísta endogamia local. Como hace poco decía desde esta tribuna la ilustre María Maeztu, cuya delicadeza mental y exquisita sensibilidad tuvimos ocasión de aplaudir, y yo no me cansaré de celebrar, el regionalismo que se debe intentar es el que una, que estreche, que junte, no el que divide y que aleja, y para ello apuntaba que debía ensayarse la teoría del amor, y el amor, señores, desde cualquier aspecto que lo examinéis, es a la vez ayuntador y expansivo, no es disgregador, sino agregador, y así ved que el amor que lleva desde la tierra al cielo el homenaje de los mortales, y trae del cielo a la tierra los beneficios de la Divinidad, genera la sociedad religiosa; el amor a un Dios increado que ilustra las leyendas áureas, los martirologios y los "flos sanctorum", levanta las sociedades monacales cuyos miembros llevan la verdad Suprema y con ella la civilización a las más incomunicadas e inclementes regiones del globo, erige los conventos de vírgenes, que son bálsamos de caridad y de consuelo en aquellos lugares en donde el dolor o la desgracia tienen su asiento; el amor a la ciencia, a la cultura y al arte, forma esas sociedades y centros de ilustración, como esta nuestra, para custodiar y albergar los productos más escogidos del intelecto humano; el amor al prójimo crea esas sociedades benéficas, caritativas y altruistas que acogen a los huérfanos, a los indigentes, a los desvalidos, a los ancianos, a los enfermos, y esa sublime institución que, llevando por emblema una cruz roja, aparece en medio de las grandes catástrofes o en los propios campos de batalla, y curan y asisten a los heridos sin distinción de sectas ni de comuniones; y aun en un mundo inferior, el inorgánico, el amor que los químicos llaman "afinidad electiva", causa bellas, fecundas y sorprendentes formaciones, en fin, que en la vida, el amor es una necesidad del espíritu, y con razón pudo decir la mística madre Teresa de Jesús, que no temía al infierno por sus penas, sino porque es un sitio donde no se ama.

Y para que esa bella y cristiana teoría del amor tenga éxito, es precisa vuestra colaboración, señoras que me hacéis el honor de escucharme, y a las que en este instante me dirijo especialmente, porque tal misión moral y social os compete de modo privativo; y aunque quizá los que miran las cosas desde puntos de vista exagerados y a través de vanidades masculinas, sobre las que afirman exclusivismos ridículos que las mujeres no concibieron el "ideal" como Platón ni la "realidad" como Aistóteles, penetrando en los misterios del

alma humana, ni idearon sistemas médicos como Hipócrates y Galeno, ni edificaron el Parthenon de Atenas, ni la Basílica de San Pedro en Roma, ni esculpieron el Apolo de Belvedero, como Lisipo, ni el Moisés, como Miguel Angel, ni pintaron la sublimidad radiante de la Concepción, como Murillo, ni el Cristo expirado, como Velázquez, ni escribieron la "Jerusalem libertada", como el Tasso, ni la "Divina Comedia", como el Dante, ni armonizaron páginas musicales con la grandeza del "Fidelio", de Beethoven, ni "El Profeta", de Meyerbeer, ni descubrieron un mundo, como Colón, ni un nuevo paso entre el Atlántico y el mar del Sud, como Magallanes, ni sorprendieron la ley de la gravitación, como Newton, ni el movimiento de los planetas, como Copérnico, ni inventaron el arado, ni la máquina de vapor, ni el telescopio, contestadles que habéis hecho más, mucho más, puesto que habéis sido, sois y seréis las celosas guardadoras del mundo moral, las que inculcáis las nociones de la caridad, del amor, de la virtud, del deber, del honor, las que rodeáis el espíritu de beneficiosa atmósfera ética que lo fortalece para resistir las grandes tempestades de la vida. Y no es que yo desee que la mujer abandone otras cosas por lanzarse a la conquista del preciadísimo don de ciencia; pues pienso muchas veces que con que Beatriz igualase a Dante en la inspiración poética, Margarita a Fausto en las combinaciones alquimistas, Eloisa a Abelardo en la filosofía, Victoria Colonna a Miguel Angel en la escultura, la Fornarina a Rafael de Urbino en la pintura, ganarían ciencias y artes, pero perderíamos las Beatrices, las Margaritas, las Eloisas, las Victoria Colonna, las Fornarinas, y el mundo, sin ellas, sería tan árido y desconsolador, como si todo el planeta fuese un monstruoso desierto de Sahara; planicies de arena, montes de arena, vientos de arena, estepas sin flores.

GALICIA Y LA UNIDAD NACIONAL

Galicia, con su actuación histórica, laboró siempre por la conjunción nacional, cobijada por la monarquía, pues después de la derrota del Guadalete, se asocia y amalgama con Asturias para guerrear por la unidad ibérica, y los gallegos se ponen bajo el pabellón de Alfonso I el Católico, que reconquista a Lugo y expulsa de Tuy a los árabes; luego siguen a don Fruela, que se cubre de gloria en Caldas de Reyes, en la famosa batalla de Pontumio; más tarde, comandados por Alfonso el Casto, libran del yugo sarraceno las tierras compren-

didas entre el Duero y el Miño; en el reinado de Ordoño I se une Galicia con León, y en el de Alfonso V el Noble, los gallegos siguen luchando por la unidad nacional, y ya desde el siglo XII la historia de Galicia es la historia de España, y sin embargo, este sentimiento unitario no le impidió conservar y defender sus fueros y sus costumbres, pues la unidad y la variedad no son antagónicas, sino que ésta debe siempre resolverse en aquélla.

El regionalismo gallego debe de ser monárquico, porque la monarquía es consustancial con la historia de Galicia y consustancial con la historia de España, de suerte que tanto la ley de la variedad en que se asienta la doctrina regionalista, como la de la unidad en que aquélla ha de resolverse, social y políticamente, reafirman la nota monárquica. Desentenderse de esta cuestión, fabricar un regionalismo de dos caras como el dios Jano, investirse del género neutro, es perder la confianza de todos los ciudadanos, porque quienes no están identificados ni con la forma monárquica ni con la forma republicana, carecen de la capacitación ciudadana para compartir el rectorado de los negocios públicos, y su actuación puede resultar infecunda, pues instaurarían un régimen de interinidad indefinida, incompatible con el progreso y el bienestar de los pueblos, que no deben fiar la forma suprema de su gobierno al resultado de un producto mental o doctrinal, porque aquélla tiene que ser consecuencia de la elaboración histórica.

LA TRADICION

El regionalismo es eminentemente tradicional; se apoya en el pretérito y nos liga con el porvenir; es conservador y es progresivo; y la tradición es el caudal moral de los pueblos, es la herencia colectiva, de la que no pueden prescindir, pues forma su genealogía, constituye sus timbres y sus glorias, guarda los trofeos de sus luchas y de sus victorias.

Pueblo que abandona o desprecia su tradición, habrá matado uno de los más grandes estímulos del progreso humano, porque ¿para qué afanarse por alcanzar las altas cumbres del saber filosófico, de la inspiración artística, superar el sacrificio o llegar a la heroicidad, conquistar el dominio de las ciencias, si al final sólo ha de encontrarse por premio la indiferencia de los conciudadanos y el silencio de la historia?

¡Ah, señores! Si las obras producto del esfuerzo físico o de la colaboración intelectual, no hubiesen de ser agradecidas, recordadas y continuadas por los que nos sucedan en el vivir, ni Laplace hubiese consumido su vigor en simplificar el sis-

tema astronómico, reduciéndolo a un problema de mecánica, ni Ticho-Brahe determinaría las leyes lunares, ni Jenner se hubiese preocupado de conquistar la vacuna, ni Serterverner de buscar en la esencia del opio la bienhechora morfina, ni Pelletier y Caventon la quinina, que realizó el sueño científico del gran Paracelso, ni Courtois el yodo, ni Reichembach la creosota, ni Buffon, Cuvier y Lamark agotarían su vida en observaciones naturalistas; ni el aragonés Miguel Servet y el inglés Guillermo Harvey se hubiesen entretenido en descubrir la circulación de la sangre; ni Lorenzo Coster, Juan Guttenberg y Pedro Schofler nos habrían donado la imprenta; ni gozaríamos las exquisiteces literarias de "El Paraíso perdido", de Milton; ni "El Orlando", de Ariosto; ni "Los Luisiadas", de Camoens, ni disfrutaríamos de las extrañas y confusas armonías de Beethoven, ni de las trágicas y patéticas composiciones de Gluck, ni de los majestuosos y tiernos estudios de Mozart, ni las inspiraciones elegantes y floridas de Rossini, ni aquel caballero flamenco, mágico prodigioso del colorido, que se apellidó Rubens, sorprendería los secretos de la luz, ni Rembrandt pintaría sus cuadros, ni Sebastián Elcano tendría interés en ser el primero que circundase la tierra, ni Vasco de Gama en buscar una ignorada ruta marítima para llegar a la India, ni los demás audaces descubridores y exploradores que como Cook y La Perouse, como Scoot y como Nansen, por sumar un dato más para las ciencias, atravesaron los mares congelados, corrieron el riesgo de violentas tempestades, no se detuvieron ante los hielos de los polos y, en un momento de vértigo científico, plantaron las banderas de su patria en las extremidades del inmenso eje de la tierra.

Porque es tradicional, porque se fundamenta en lo inmanente aspira a afirmar la personalidad galaica y a establecer fuertes vínculos de unión con otras personalidades, formadas históricamente, que aunque por cauces distintos, constituyen la actual España; quiere afirmar la estirpe de la raza, vigorizar el sentimiento solidario, lo que Gidding llamó "conciencia de la especie", el lazo sociológico que mantiene entre los hombres la unidad de espíritu; quiere medir el grado de civilidad regional y alcanzar una categoría de pensamiento y de acción para ser no sólo elemento dirigible, sino también directivo; quiere despertar la ciudadanía allí donde esté dormida, resucitarla si ha muerto o reforzarla si se ha debilitado, y todo ello dentro de la propia colectividad regional, pues nada puede esperarse de quien todo lo confía al esfuerzo ajeno, y la virtualidad y la eficiencia redentora debemos buscarla dentro de nosotros mismos, porque sólo así podremos obte-

ner lo que nos pertenece como derecho, que, de otro modo, podía ser dádiva generosa o limosna compasiva, y las dádivas y las limosnas, cuando no están justificadas por la desgracia o por la incapacidad, rebajan, deprimen y desmedran la dignidad, lo mismo la individual que la colectiva.

INVOCACION A CASTILLA

Se equivocan quienes creen que el sentimiento regionalista equivale a una protesta contra Castilla,, que siempre sería odiosa, como lo es el odio entre fraternos, cuando el regionalismo significa armonía entre todos los núcleos regionales, para que marchen coincidentes, no a rehuir el gobierno del poder central, sino a procurar que se gobierne bien. Renegar de Castilla, maldecir de Castilla, trabajar contra Castilla, nunca; pues nosotros no olvidamos ni queremos olvidar que allí radica la matriz de la unidad nacional, que ella nos dió lengua común con sus romances y sus poemas—esa lengua sin la cual las regiones no podrían comunicarse ni establecer contactos eficaces—; que ella cinceló el idioma patrio con las producciones de sus clérigos y sus frailes; que ella, con sus esforzados capitanes, ensanchó el territorio; que ella, siempre majestuosa y grande, "facía los ómes e los gastaba", y aún hoy, callada, silenciosa, se regocija de que su vigor secular se infiltre en el alma colectiva de las demás tierras, y ella, que fué ejemplar de gallardía, se recoge en su austeridad para no turbarlas ni entorpecerlas en el logro de sus ideales.

No; nosotros queremos que se respete nuestro derecho privativo, nuestros usos y estilos jurídicos, las reglas dimanadas de prácticas y ordinaciones; pero no renegamos de aquel beso que el derecho y la moral cristiana se dieron en el Fuero Juzgo, ni del renacer floreciente del derecho romano en las Partidas del rey Sabio, ni de la espiritualización jurídica del Ordenamiento de Alcalá; nosotros nos envanecemos del arte regional, espiritual y sereno que esculpió las fachadas de las ermitas y santuarios, de los monasterios y catedrales, que nos legó esas joyas del Pórtico de la Gloria y de Osera, de Sobrado y de San Martín Pinario, los retablos de los altares, que con sus policromados semejan sinfonías ideadas por purísimos querubes, y los Cristos agonizantes de Gregorio Hernández; pero estimamos como algo nuestro esas maravillas de arte que se yerguen en León y en Burgos, y recabamos una parte de gloria en las tallas y esculturas trágicas e inquietantes de los Juan de Juni, de los Montañés y los Salcillo, en las Vírgenes Purísimas de Murillo y en las Sole-

dades dolorosas de Cano; nosotros enfervorizamos el alma con las poesías de Marcial y de Macías el Enamorado, con las canciones de Roy Fernández y de Martín Codax, de Ayras Núñez y de Fernández Torneol, con el "Amadis" del canónigo compostelano Lobeira; mas compartimos la admiración cuando el estro poético brilla inspiradísimo, con galas ingeniosas, en las "Cántigas" y exterioriza las quejas de un alma dolorida en las "Querellas" de Alfonso X, alcanza cumbres altísimas en el género épico con la "Araucana" de Ercilla y engrandece el misticismo con las intuiciones extrahumanas de Teresa de Jesús, de Juan de la Cruz y de Fray Juan de los Angeles; nosotros nos engalanamos con las magnas producciones históricas de Rufo Avieno, de Alfonso Munio, de San Francisco Blanco, de Castella Ferrer y tantos otros ilustres gallegos, pero queremos ejemplarizarnos con las crónicas de Idacio, Orosio y el Diclarense, y con las historias, ya generales, ya locales, de Mariana, de Hurtado de Mendoza y de Zurita; nosotros nos gloriamos de las afinadas elucubraciones teológicas de Pedro el Compostelano, y de las enseñanzas filosóficas de Pedro Victoria y Francisco Sánchez, mas queremos adoctrinarnos también en los libros que escribieron sobre la más divina sabiduría San Ildefonso y el Obispo Tajón, confortándonos en aquellas novísimas formas y métodos que adoptaron Lulio y Sabunde, Vives y Arias Montano, y creemos que algo nuestro llevó el pensamiento español a la Sorbona parisién con Fernando de Córdoba; nacidos aquí o acullá, como colaboradores de la grandeza de España, recordamos a los Nodal, mas no renunciamos a admirar las audaces aventuras de Cortés, al conquistar el poderoso imperio de Moctezuma, ni las gentiles correrías de Pizarro para apoderarse del territorio de los Incas, ni las atrevidas expediciones de Francisco de Ulloa en California, ni las fecundas exploraciones de Hernando de Soto en la Florida; en fin, señores que afirmamos la existencia administrativa, económica y artística de Galicia, pero dentro de la conjunción que la historia le señaló en el solar español; porque para nosotros España no es solamente el resultado de una realidad geográfica, ni de una coincidencia exclusivamente mental, ni de una concurrencia utilitaria, pues eso equivaldría a la negación de todo vínculo moral, de todo lazo afectivo, eso sería el separatismo espiritual y nada vale y nada significa que los cuerpos se junten cuando las almas están divorciadas.

He dicho.

LA LENGUA GALLEGA

POR

D. FERNANDO MARTÍNEZ MORÁS

Catedrático, Correspondiente de las Reales Academias de la Historia y Gallega;

Secretario general del «Instituto de Estudios Gallegos»

LA CORUÑA

LA LENGUA

GALLEGA

POR

D. FERNANDO MARTÍNEZ MORÁS

LA CORUÑA

Señoras y Señores:

Imperdonable fuera en mí llegar a este sitio, después de haber escuchado con vosotros, desde esos bancos en que está mi puesto, las sabias palabras de los Maestros, que han elevado la tribuna del "Circo" a la consideración altísima en que hoy todos la tenemos.

Pecado de juventud, de inexperta audacia, pudiéraisle llamar al mío. Pero, señoras y señores: yo no he subido hasta aquí por propia aspiración de colocarme en alto. Vengo, por ser uno más, el más humilde, sin duda, que os diga impresiones de un aspecto de la personalidad de nuestro país. Y, cuando se trata de la patria, de lamentar sus desdichas o cantar sus glorias, de procurar por la seriedad de sus prestigios o señalar el rumbo seguro para enaltecerlos aún; el sólo hecho de consagrar a la tarea las intimidades del espíritu y las horas que pudieran disiparse en el pasatiempo o en el no hacer, creo sea motivo abundante para ganarse una disculpa de la audacia, un perdón para el pecado.

Por lo demás, señoras y señores, yo podría traer en mi auxilio la invocación del "haikai", de Basho.

Era Basho un poeta japonés—de la Niponia maravillosa y legendaria que va desapareciendo, al par que triunfan en el mundo la fuerza del acero y las realidades egoistas y prosaicas de la vida moderna. Era el Francisco de Asís del Japón. Peregrinaba, solitario, dueño sólo de la riqueza de su espíritu, de pueblo en pueblo, de aldea en aldea; y, en los claros amaneceres orientales, se le encontraba recogido a un lado del camino, encendido en su amor a la bondad y a la belleza ante el espectáculo soberano del resurgir del día, componiendo sus breves "haikais", sus humanísimos pequeños poemas.

Uno de sus discípulos—Kikatu—, ideó también, un día, su "haikai", y lo recitó al Maestro. Decía así: "Quitad las alas a la libélula roja y parecerá un grano de pimiento".

El maestro se indignó. Con la suave indignación de aque-

lla alma mansa, sólo enfogada por los esplendores del arte divino de la creación de las cosas y los seres, y devolvió el "haikai" a su discípulo, así transformado: "Pon alas a un grano de pimiento rojo, y parecerá una libélula".

Pues bien, señores: poned alas—las de vuestro talento, vuestra imaginación, vuestra bondad—a estos míseros granos de mi pobre cosecha, y les prestaréis la belleza y el valor que yo no puedo darles.

EL PORQUÉ DE LA LECTURA

Y dispensadme, aún, si os molesto para explicar por qué, ante vosotros, habituados a escuchar la oratoria admirable y varia en color, en fuego y en estilo, de tantos maestros que por aquí han desfilado, vengo yo con la amenaza de este montón de cuartillas.

Es el caso, señores, que elocuencia y memoria se reputan, verdaderamente, facultades inseparables y complementarias. Ni Demóstenes ni Cicerón lo desmintieron. Porque la forma —lo ha dicho Balzac—, es un Proteo mucho más inatrapable y más fértil en repliegues que el Proteo de la Fábula; sólo después de grandes combates, se la puede constreñir a que se muestre en su verdadero aspecto.

Esos grandes combates han debido sostenerse siempre sobre la mesa de trabajo, ante el albo papel o la tablilla de cera, en tenaces e íntimos debates de la Idea y la Palabra, que ganasen para ésta la majestad, la corrección o el aire sútil por la Idea requeridos para su presentación digna, clara y exacta. Ni dignidad, ni claridad, ni exactitud, podrían ser comunicadas, más tarde, a un público, si el orador no tuviese a su servicio el don poderoso de la memoria.

Y yo, a la mía, a "ese sórdido mendigo con talega de cuero", que dijo Emerson, téngole que achacar, como Montaigne a la suya—y salvando las distancias—que "cuanto más desconfío de ella, tanto más se turba; mejor me sirve, por casualidad; he de solicitarla con abandono, porque si la estrecho, se arredra; y en cuanto empieza a vacilar, cuanto más la sondeo, tanto más se atasca y embaraza; me sirve a sus horas, no a las mías."

Y entremos en materia.

El lenguaje es la vestidura del pensamiento.

Como el traje pasa a través de la Historia por sucesivas y diversas transformaciones, que los progresos de la industria y de las comunicaciones, los caprichos del gusto y de la Moda, introducen; así el lenguaje va, a través de la Historia del pensamiento humano, reflejando la vida del pueblo, acompañán-

dolo en todas las manifestaciones de su idealidad, sujeto también a modas e influencias, más o menos tornadizas y más o menos eficaces; y mientras el espíritu del hombre gana en amplitud o se constriñe y especializa; se aplica a profundas lucubraciones o se concreta a trabajos de paciencia y detalle; vuela a las alturas de lo increado, en alas de la imaginación y de la fe, o desciende a contemplar lo más impuro y egoísta de las realidades del mundo; el lenguaje se ciñe siempre a todas las modalidades espirituales, siervo sumiso de las andanzas e ilusiones anímicas, espejo de la vitalidad del espíritu, impronta de sus creaciones, eco del vibrar de las almas, gonfalón de los cuidados amorosos; vehículo del odio y la repulsión, de la violencia y de la injuria.

Símbolo divino era para los indios la palabra, símbolo el más excelso. Su personificación—Vàck—es compañera de los dioses y domina a todos. Ella dice en un pasaje del "Rig-Veda": "Como el viento, yo vuelo y abarco a todos los seres, pasando más allá del Cielo y de la Tierra: tal soy en grandeza". (X. 125).

RAZA Y LENGUA

La historia de la palabra es la historia de la sociabilidad humana.

Así como caracteriza a todos los hombres del planeta y los asemeja "idealmente"; así también "idealmente"—pues prácticamente surten las diferencias a cada paso—, la facultad de hablar las palabras de una lengua mantiene en amistad y correspondencia a los habitantes de un pueblo. Idealmente, digo, porque una lengua no es, ni puede ser, por sí misma, el vínculo que ligue, de modo eficaz, a todos los ciudadanos de un país. La unidad, comunidad de lengua, es una facilidad para la aproximación, para las relaciones interhumanas. No es, no puede ser, como quieren algunos, muestra indudable de comunidad de sentimientos, señal de raza, característica de nación. "Lo mismo que un individuo puede hablar una lengua diferente de la de sus antepasados, así una sociedad (que no es más que una agrupación de individuos), puede adquirir una lengua extraña, sin conservar apenas rastro de su idioma primitivo." Esto lo dice Whitney en su "Vida del Lenguaje", y lo confirma la observación en el espacio y el tiempo.

Es, dicho en generalidad, que no hay relación necesaria entre territorio, raza y lengua, mientras las razas se mezclen, se conquisten, emigren, se disgreguen y fraccionen, ni entre lengua e individuo, en tanto los hombres propendan a adquirir más poderosos medios de cultura, instrumentos nuevos de comunicación espiritual; a conquistar con la inteligencia los

pequeños o grandes mundos de la lengua de otros pueblos y otros hombres.

Lo que existe es una facilidad práctica, una razón de conveniencia, afirmada en muchos casos por motivos psicológico-sociales e imperaciones políticas, que se producen con carácter general dentro de agrupaciones de individuos de una misma raza.

En el caso práctico del idioma gallego, tenemos que reconocer que éste ha dejado de ser para los gallegos cultos aquella cosa tradicional, que afirma y engrandece la vida de las lenguas. Para la moderna lucha por la cultura, necesitábamos una lengua de cultura, y el gallego no lo era. Hay que decirlo así, porque el investigador serio—y acudo al préstamo de Unamuno—, el investigador serio no debe dar verdades parciales; sino, se convertiría en un abogado, y, para la ciencia—perdónenme los letrados que me escuchen, que no va con ellos—, lo peor que se puede ser es ser abogado.

Los gallegos cultos han roto hace tiempo con la tradición lingüística. Sólo el vulgo la conserva, malamente.

Y tan malamente que hasta ha llegado a olvidar cómo se rezaba en "gallego" esa oración, fundamental en la conciencia de todos los cristianos, la más humanamente divina de todas, y que en todos los pueblos se conserva en arcaica, venerable e imperecedera forma: el "Padre Nuestro!" Y ¡cómo extrañarlo! Si hasta en los mismos accesos de odio o de dolor, en las tribulaciones que sobrevienen bruscas, en los delirios del ansia y de la esperanza—cuando es una interjección, una blasfemia, un ruego o una exclamación fervorosa—lo más íntimo y espontáneo de la vida y del habla—, apela al castellano para nombrar a Dios!...

Y, sin embargo, el amor a lo tradicional, el culto fervoroso que todos debemos a la trama venerable con que nuestros antepasados han venido tejiendo, año tras año, siglo por siglo, el tapiz maravilloso de la moderna civilización, nos mandan no desestimar el propio idioma; antes, guardarlo y enaltecerlo, pulirlo y limpiarlo de impurezas, cuidarlo con el mimo con que se custodia una joya heredada, ser "como cera para recoger su huella y como mármol para preservarla", sostenerlo en sus horas difíciles, y, "si llega a morir, embalsamar su cadáver".

¿IDIOMA O DIALECTO?

Hemos dicho "idioma" gallego.

Repetidamente han planteado escritores, periodistas y poetas la cuestión de si el gallego es idioma o es dialecto.

Ella es sencilla en sí, y la solución sólo depende de plan-

tear rectamente el problema. Que ya no lo es para quien algo conozca de asuntos filológicos y de evolución de las lenguas.

Veamos de definirlo brevemente.

Comencemos por afirmar que, filológicamente, son "dialectos" todas las lenguas diferenciadas desde otras, de las que proceden. Se les ha dado aquel nombre (del griego "dialegoos"—dialogar), atribuyéndoles la sola misión de servir de instrumento al diálogo, a la conversación entre gentes de un mismo país, de una misma clase; porque tales diferenciaciones empezaron a significarse en el lenguaje hablado, vía natural de la transformación de todos los idiomas.

"Idioma" (del gr. "idion,—propio, privativo, particular), quedó como nombre reservado para la lengua de la que dichas diferenciaciones provenían.

Así, hubo de considerarse "idioma" el latín ("propio" de los habitantes del Latio), mientras el castellano, el francés, el provenzal, el italiano, el rumano, el galaico-portugués se estimaban "dialectos" de aquel "idioma".

Pero esto no quiere decir que, a su vez, el latín, por proceder—con el ombrio y el osco, con las lenguas de las ramas helénica, céltica, eslava y germánica, formando todas un gran grupo—, de la lengua madre indo-europea, no haya de ser tenido también por "dialecto", desviado de un "idioma" anterior.

Así, el noruego, el islandés, el danés y el sueco son "dialectos" de un antiguo idioma nórdico, común a todos los pueblos escandinavos; el frisio, el sajón, el anglo-sajón, el inglés, el holandés y el flamenco, con el viejo y medio alto-alemán y el alemán moderno, derivan de una lengua germánica, que tiene asimismo sus raíces en la venerable matriz indo-europea.

Como el sánscrito y demás de la rama india, y el zenda, el persa y el armenio, son diferenciaciones dialectales de un tronco, ario, que, a su vez, retoñó de aquella ancestral lengua madre, descubierta, aunque no perfectamente reconstituída, por los filólogos, en sus investigaciones y estudios comparados de los dilalectos de los tres referidos grupos.

En puridad lingüística, pues, vienen a ser dialectos todas las hablas, en las que pueda trazarse una diferenciación desde otra anterior, originaria.

¿Por qué, entonces, suscitar la cuestión de si el gallego es dialecto o idioma?

Porque—ya lo indicó una ilustre escritora en un estudio sobre este tema—se ha dado vulgarmente un sentido depresivo a la palabra "dialecto"; y los gallegos hemos querido rechazarla, en tal sentido, para nuestro idioma. Porque, al decir "dialecto", dentro de España, se ha pretendido significar

por los ignorantes "dialecto del castellano", esto es, lengua derivada de la propia de una región de España, que se elevó por circunstancias, principalmente de orden político, a la categoría de lengua nacional.

Y esto es lo que hay que rechazar.

Ni el galaico-portugués es un dialecto de gente baja, un "patois", una jerga al estilo del "caló", pues tiene su gramática, su literatura y su historia claramente definidas; ni es una variación dialectal del castellano, como el aragonés o el andaluz, sino que ofrece caracteres fónicos, morfológicos y sintácticos, propios, que suponen y confirman una evolución paralela, desde el latín, con la del castellano y las demás lenguas románicas.

Y, si al castellano—aparte su condición política oficial—, se le quiere denominar "idioma", como al italiano, al francés, etc., tan idioma, romanceado del latín, es el gallego. Más, si se tiene en cuenta que desenvolvimiento del gallego, del antiguo lenguaje galaico-portugués, hablado y cultivado en todo el Occidente de la Península ibérica, es el portugués moderno, convertido en lengua oficial de una nación. A nadie se le ocurrirá decir que el portugués actual sea un dialecto derivado del castellano.

Lo que ha de admitirse como irrefutable es que en la nación española existe "un único idioma oficial de España", que es el castellano.

Esto es claro e indiscutible.

Y, si Galicia hubiese ocupado el lugar geográfico de Castilla y realizado la actuación histórica de los reinos leonés y castellano, y en su capital hubiera asentado al poder central impulsor de la Reconquista; y sus Reyes propios hubiesen entroncado con los de Navarra y Aragón y dominado, en fin, todo el territorio nacional, al realizar una obra de unificación sin la cual España jamás hubiese alcanzado ni la fortaleza y poderío de un Carlos V o un Felipe II, ni la áurea gloria literaria de un siglo XVII, ni la posesión de un mundo nuevo que Colón conquistó para su espíritu y su economía—y que el espíritu y el falso criterio económico de todos los españoles se encargaron y aún se encargan de menospreciar—; entonces, la hegemonía del idioma castellano no hubiera existido.

Habrían cambiado, en tal caso, las respectivas posiciones en esta campaña. Seríamos los gallegos quienes defendiésemos el predominio oficial de nuestro idioma, ante la ofensiva de catalanes, vascos, castellanos y andaluces.

Y, porque éste es fenómeno, no peculiar de nuestra nación, sino común de muchas, dijo con gran acierto el insigne Sweet, mi venerable maestro, en su "Historia del Lenguaje":

"Cuando la civilización trae consigo la necesidad de la centralización, se hace preciso usar un dialecto especial como medio de comunicación general en todo el país; sobre todo, si algunos de los dialectos han llegado a ser mutuamente ininteligibles. Si la centralización dura suficiente tiempo, este dialecto "standard", después de ser influenciado en más o menos por los otros particulares, comienza a suplantarlos, primero, en la lengua de las gentes cultas, y luego, en el habla de las clases inferiores; hasta que, al fin, nada queda de los dialectos originales, sino algunas peculiaridades de habla y entonación, que sobreviven. Así es cómo el inglés de Londres, no sólo se ha hecho lengua de las gentes cultas de todo el Reino Unido, sino que ha, casi completamente, absorbido los dialectos rústicos de los Condados."

Se ve, pues, que la condición de idioma nacional no depende de la esencia de la lengua sino de otras circunstancias accidentales de carácter vario, afirmadas en el tiempo. Y, de la manera en que, a pesar de la indicada absorción, que Sweet señala, no han desaparecido aún el irlandés y el galés, más arraigados que otras lenguas del Reino Unido, por diversas causas; así se conservan en España el catalán, el vasco y el gallego, soportando la hegemonía del castellano en la mayoría de las manifestaciones de la vida colectiva.

Pero si el único idioma oficial de España es el castellano; lingüísticamente, a la luz de la Ciencia del Lenguaje, repetimos, el gallego tiene la misma categoría de "idioma" que el castellano, oficial.

Como éste, se ha romanceado del latín. Galicia sufrió la dominación romana, igual que Castilla. Los romanos trajeron aquí su lengua, imponiéndola durante su largo dominio a los habitantes de origen céltico—que hablarían un dialecto de la raíz gala, goidélica o kimrika, cuyos rastros aún pueden estudiarse en nombres de ríos, montes y lugares.

Reacciones sobre la latina de la lengua de los pueblos que aquí encontraron las legiones de Roma, no son difíciles de hallar a quien conozca idiomas de la rama céltica. Si no aparecen más enérgicas, es, indudablemente, por la falta de cultura literaria de los pobladores primitivos; pues sabido es que la literatura actúa como elemento de fijación y persistencia de las lenguas.

La latina, importada ya en formas imperfectas—los legionarios no eran seguramente lo más culto de Roma—, fué modificándose, debido, entre otros acostumbrados fenómenos, a la grosera "imitación fonética", a la "pereza", la laxitud natural en el hablar, que determina la ley del menor esfuerzo, a las acciones y reacciones del medio, de las que no es des-

preciable manifestación la "etimología popular"; a la "asimilación", y a toda suerte de influencias internas y externas que presiden la evolución en el lenguaje.

Tomó éste, al romancearse así, caracteres especiales, que ya entonces lo diferenciaban de la peculiar evolución seguida en Castilla por el latín de los dominadores, según puede observarse en inscripciones y documentos hasta el siglo XIII, en los que se aprecia cómo la lengua gallega va desprendiéndose de la latina, para presentarse, al fin, como nuevo idioma, con caracteres definidos y propios.

Trazas teutónicas perduran aún en él, y, especialmente, se vislumbran en numerosos nombres toponímicos, gracias a la huella que visigodos y suevos dejaron en el país. Y, aludiendo a los suevos, cabe hacer un aparte para decir que la leyenda de venerable poesía, atribuída por el vulgo—y son vulgo muchos que no lo parecen—, a los viejos tiempos de la alta Edad Media en Galicia ,es una verdadera injuria al sentido histórico. La "vieja Suevia", la "poética Suevia", de muchos de nuestros poetas, fué una época incivil, y de aquellas gentes pudiera decirse lo que Bentham aplicó a sus "bárbaros antecesores": "que pocos de ellos alcanzaban simplemente a saber leer, y esos pocos no fueron capaces de poner ante sí nada que fuera digno de la lectura."

Acaso los normandos, en sus incursiones, introdujeran alguna voz en nuestra lengua. Ello es dudoso, pues la vida nómada, en el mar, de estas gentes, que recorrieron las costas de Europa, de Islandia a Constantinopla, no es fácil dejase en nuestra tierra surco profundo de su habla o sus costumbres. La ambición del normando era lograr la consideración de "Rey del mar", y, según la "Inglinga Saga" (c. 34), "sólo tenía derecho a aquel título el que nunca hubiera dormido bajo techo ahumado ni bebido jamás al amor de la lumbre".

Muy poco estudiadas están, por otra parte, las influencias helénica y árabe en Galicia; y, sin embargo, huellas muy interesantes las tiene nuestro idioma, que merecen análisis cuidadoso.

El gobierno del Conde de Borgoña y Doña Urraca, la férula del gran Obispo Gelmírez, tan amante de todo lo francés, la corriente lírica provenzalesca y el intercambio espiritual y material entre gentes de Francia y de Galicia, en aquellos gloriosos días de múltiples peregrinaciones y esplendor compostelano inimitable, hubieron de determinar necesariamente, a la vez que la influencia gallega en la poesía provenzal, señales indelebles de las lenguas ultrapirenaicas en la fónica y la morfología y aun en la sintaxis de la nuestra, ya lozana.

La influencia del leonés, intermedio entre castellano y ba-

ble, y de éste, intermedio entre castellano, cantábrico y gallego; se hace sentir por los tratos entre gentes y en las comarcas fronterizas; y, sobre todo, la del castellano, cuando, después de la admirable florescencia del idioma gallego—que produce, en los siglos XIII y XIV, las canciones de los trovadores, las cántigas del Rey Sabio y la "Crónica Troyana", entre los monumentos conocidos—, el espíritu centralizador impone la obligación de escribir en castellano los documentos oficiales, y los personajes y personajillos delegados de la autoridad real, los viajes de los nobles y sus servidores a la Corte, las relaciones más frecuentes, de todo orden, con el centro de la nación, ya políticamente unificada, determinan la decadencia de los idiomas regionales; en tanto el gallego, libre en Portugal de esta tutela, se desenvuelve como lengua nacional.

SUUM CUIQUE...

Paralela a la de la castellana ha sido la evolución del habla gallega. Si en la última etapa a que hemos aludido es predominante el imperio del castellano, no hay que olvidar que nuestro idioma—según mi amigo Carré Aldao ha demostrado en uno de sus magníficos libros—, influyó a su vez, y de manera bien clara en la lengua y literatura de Castilla.

Pero hemos de abstenernos, señores, de llegar a las parcialísimas afirmaciones de quienes, a trueco de ensalzar el habla regional, pretenden restar prestigios a la lengua hermana de Castilla, proclamándola hija del gallego.

No, señores! Dejad que no brille nuestra fama más de lo que luce nuestra verdad. Tanto más grande y absoluta será ésta, y más fácil nos será demostrarla y conservar intachable nuestro nombre.

Porque la "lírica" gallega floreció, indudablemente, antes que la castellana. Pero, la prioridad en la aparición de la poesía "lírica" no es prueba de mayor antigüedad de un romance con respecto a otros. Antes que la lírica, ha surgido en todos los pueblos la poesía "épica". Así debió acontecer en Galicia. Así ocurrió en Castilla.

Y yo pregunto a cuantos han hablado de estos asuntos: ¿hay alguna muestra fidedigna, auténtica, seria, de gallego, escrito, anterior a mediados del siglo XII, época señalada al poema "castellano" del "Myo Cid"?...

Una tendenciosa interpretación de las palabras de Menéndez Pelayo y Fitzmaurice-Kelly ha llevado a algunos a sostener, argumentando, además, con apócrifos textos, la ascendencia gallega de la lengua castellana. Pero ya va dicho: falta la base documental, y en cuanto a aquellos dos ilustres

autores, no aluden, en los párrafos que de ellos se acostumbra a citar, sino a la "lírica" gallega; de ningún modo al "lenguaje", al "romance", al "idioma" en sí, "Suum cuique".

PREPONDERANCIA DEL CASTELLANO

Hemos de convenir, después de lo dicho, en que el idioma gallego, aún no teniendo la consideración de lengua nacional, al par del castellano y el portugués modernos, no es de categoría y prestigios inferiores a la lengua de Castilla.

Menos extenso, sí lo es, ciertamente. El rango mismo de idioma de una nación que fué poderosa y colonizadora, y cuya población ha crecido hasta sumar una veintena de millones, consiguió para el castellano un área de expansión grande, en la que, a la larga, se producirá la variación dialectal, iniciada ya dentro y fuera del territorio peninsular, y principalmente en las naciones emancipadas de la tutela hispánica. Estas diferenciaciones, lleguen o no a ostentar el carácter legal de lenguas nacionales, seguirán siendo dialectos de la castellana, que, fuera de España, acostumbran a llamar española. Por semejante proceso, se desvió el portugués del antiguo galaico-lusitano, y hoy se desprende el "brazileiro" del lenguaje metropolitano, su matriz.

Por otra parte, el conocimiento y uso de la lengua gallega ha venido restringiéndose del siglo XV acá, por la preponderancia del castellano. Como sucede al galés en la Gran Bretaña, ha ocurrido a nuestro idioma dentro de la región. En Gales, es el inglés la lengua de las ciudades, y la mayoría de los habitantes de las urbes no saben hablar el idioma del Principado. "Un caballero galés—dijo con verdad el doctor Freeman—es raro que sepa expresarse en Welsh, a menos que lo haya aprendido, como pudiera aprender el francés o el alemán. En cambio los campesinos hablan generalmente el galés, y algunos no saben hablar inglés, en absoluto."

Otro tanto sucede en todas las viejas naciones con sus antiguas lenguas regionales.

EL GALLEGO EN EL CAMPO

La gallega vive en el campo, con su condición de lengua viva, y muy influída y transformada. Pero no son las gentes del campo las que han de labrar, si no es materialmente con su trabajo cuotidiano y el esfuerzo de sus brazos, inteligentemente orientados y dirigidos por otras gentes, el porvenir soñado de Galicia.

Ni son los gallegos del campo los que cuidan y han de cui-

dar de que el idioma regional persista. Por lo contrario; en ellos está el elemento transformador, cambiante, vivo, de la lengua, abierta a todas las poderosas impresiones que la vida más desenvuelta, de las gentes de las ciudades españolas, el ferrocarril, los progresos industriales, los nuevos recursos de la comodidad y perfección de las costumbres, la atracción misma de los vicios urbanos, aportan victoriosos, en demérito de la conservación del idioma. Y ello no es más que confirmación de las lecciones de la Historia, de lo que hemos visto en nuestra rápida ojeada, a través de la evolución del gallego en los tiempos: —cuando un pueblo ejerce hegemonía sobre otros, domina su cultura, impone su poder, sus leyes y aún sus normas de vida, si esta influencia persiste largamente, trastorna de modo radical el lenguaje de aquéllos, inclina por nuevas orientaciones el arte y todas las manifestaciones espirituales de los pueblos influídos.

Nosotros llevamos varios siglos de sumisión al influjo de las regiones españolas donde radican los centros del poder, de la difusión de la cultura, de la elaboración legislativa, de la reglamentación de la vida nacional... Es cierto que hemos aportado al acervo nacional algo de nuestra virtud y nuestro personal esfuerzo; pero—debe decirse—, a aquellas influencias y otras, más apartadas, más extrañas aún, somos deudores de la mayor suma de cultura, de casi la integridad de nuestra formación espiritual, orientada a la vida moderna.

La lengua gallega es difícil que perdure mucho en el campo, centro de su evolución. La madre aldeana es la única firme garantía en que puede apoyarse. Y, cuanto mayor sea el adelanto económico, y más intensas las relaciones del hombre del "rus" con el vivir moderno, a través de la emigración a países de lengua castellana y del trato con gentes técnicas o vulgares de las urbes o de otras regiones españolas, menos vigor, menos sustancialidad, menor condición de necesidad se reconocerá a su idioma propio por el propio campesino.

Contra esa corriente, de tal fuerza, es tarde ya para luchar, en el campo.

La cruzada romántica, en que yo también he formado desde que tengo facultad de pensar, enderezada al cultivo del idioma hablado en las ciudades, presenta iguales, sino mayores obstáculos, que en la conciencia de todos están.

Tal es la situación actual.

EL «GALLEGUISMO» LINGÜISTICO

Ahora bien. ¿Conviene intensificar el renacimiento de nuestra lengua, en el sentido que se pretende por los gallegos, secuaces de las ansias imperialistas de Cataluña?...

¿Debe intentarse su generalización, a la catalana; hacer de nuestro idioma instrumento de relación inter-regional o internacional, de comunicación oficial, en todo orden?...

Estimo que nó; por varias razones poderosísimas.

Porque sería eso buscar una nueva dificultad, un obstáculo más que añadir a las numerosas trabas que el tiempo y el espacio oponen naturalmente a la aproximación y al tráfico entre los hombres, y que el progreso en todas las esferas ha luchado y lucha por vencer, creando las vías de comunicación más rápidas, suprimiendo estorbos del mundo físico, tendiendo puentes sobre los ríos, hilos aéreos y subterráneos en las urbes, cables inmensos bajo el mar; procurando la conquista del aire, vía más libre y más inimpedida para acercar a los hombres y las cosas; y batallando, en romántico esfuerzo, estéril aún, por crear un medio único, universal, de inteligencia entre todos los hombres de todas las razas, sometidos todos a una misma ley de amor, de paz y de harmonía, sin fronteras para el derecho ni para el deber, como no las tiene la efusión cordial, ante un dolor hondo o una grande alegría...

LA REGION Y LA LENGUA

Porque, además, los que intentan esa nueva cruzada, parten de un manifiesto error.

Y es el equivocado concepto de la "Región natural"; concepto que me permitiré rebatir, acudiendo a las mismas autoridades que los aludidos emplean para sostenerlo, aunque ellos las citen sólo por referencias indirectas.

Los elementos primordiales de la "Región natural"—dice el ilustre Dantín Cereceda—son el relieve, el clima, la fauna, la flora y el hombre. De ellos, los fundamentales con los que los restantes se hallan en relación de dependencia, son, sin duda, el clima y el relieve; este último en su doble aspecto geológico y geográfico, ya que de la disposición estratigráfica, constitución litológica y peculiar tectónica de un territorio, deriva, como adecuada resultante, la orografía del mismo.

La región natural—sigo citando—aparece como término final de la mutua reciprocidad de los elementos que intervienen en su composición, siempre sin olvido de que reaccionan

entre sí y "se modifican": es el resultado de un conflicto entre los principios físicos y biológicos que gobiernan al mundo, "con todas sus sumas e interferencias".

Las formas vivas, en consonancia con los demás elementos constituyentes de la región, al reobrar, adoptan la más adecuada posición de equilibrio, "a reserva" de adoptar mañana otra, inesperada o precisada por nosotros de antemano, si conocemos el cómo y el cuánto de las variaciones de los restantes componentes.

De estas afirmaciones se desprende que el lenguaje, una de las circunstancias que adornan al factor humano de la región, no es elemento de fundamento ni esencia en la región natural.

"Que cambie el clima, y se trastornarán el relieve, la flora, la fauna, el hombre mismo"; pero, que cambie el hombre morador de la región, y los elementos básicos de ésta perdurarán.

El hombre se adaptará al medio físico, soportando sus influencias, y modificando las circunstancias que le adornen, en cuanto dependan de aquellas influencias. Transformaría su lenguaje una colonia rusa, que sustituyera a la actual población gallega, si todos nosotros emigrásemos de este suelo. Nosotros conservaríamos, más o menos firme el recuerdo de nuestra lengua regional, allí donde estuviésemos.

Pero ¿adoptaría aquella colonia rusa la lengua romanceada de nuestra población rural de hoy?... De ninguna manera. Conservaría la propia, dejándola influir por el medio, y mezclarse y cambiarse, en préstamos sucesivos y mutuos, con las de los pueblos fronterizos—la portuguesa y la castellana—, haciendo sentir más su peso la del pueblo más culto y vigoroso.

Y es que el lenguaje, como las costumbres, como la organización social y política, son circunstancias y atributos que no tienen la fijeza—que tampoco es absolutamente inmutable—, de los otros elementos sustantivos de la región natural.

De otra parte: supongamos a nuestra región autonómicamente organizada, hoy, en nuestro siglo, cuando la tradición de la lengua propia ha desaparecido en la costumbre de las urbes y degenerado lastimosamente en lo más del campo, bajo el imperio de cuatro siglos de abandono, de desprecio del caudal lingüístico popular. Abandono fomentado hasta por los mismos románticos que, deseosos de su brillo, sólo accidentalmente hemos tratado de emplear el habla regional en nuestras relaciones y nuestros escritos—y no tengo incon-

veniente en acusarme de este desvío, del que ningún gallego culto, absolutamente ninguno, está exento.

¿Resurtirá en aquellas circunstancias, y como por encantamiento deshecho por varita mágica, la perdida usanza del idioma en nuestra población?

¿Constituirá problema de "vida" regional el tomar como eje de esta vida, de nuestro porvenir, de nuestra existencia autónoma, libre si se quiere, la imposición del uso de nuestro idioma para Galicia y para fuera de Galicia?

¿Tendría siquiera probabilidad de éxito tal conducta, y sería digno llamar "renegados" y "malos gallegos" a los que, por no haber aprendido otro y por necesitarlo precisamente, siguiesen hablando el castellano?

Necesitaríamos, si tal conducta se adoptase, otros tantos, más cientos de años, que los gastados en la intromisión y final preponderancia del castellano, y, entretanto, nuestra vida autónoma no estaría detenida, si contábamos con suficientes elementos de todo orden para impulsar su progreso.

Y no se invoque el ejemplo de Portugal: que la nación vecina, al constituirse como tal, no había roto la tradición lingüística, sino que la continuó, modificándola, adjetivándola, sin solución quebrantadora.

La evolución del idioma gallego a que venimos asistiendo y en que, inconscientemente, colaboramos todos, todos, en el campo y en la ciudad, es una, quizá radical, orientación de su vida, como fueron modalidades nuevas las aportadas por las invasiones extranjeras. Lengua y usos, vida civil y jurídica, todo cambió en el tiempo. El espacio, lo fundamental y sustantivo de la región natural, el relieve, el clima, la fauna, la flora, han sufrido pocos cambios aparentes. El factor geográfico es infinitamente más perdurable, por más de esencia, que el factor humano.

Y aquí, de buena gana os describiría lo que es la "región natural" gallega, con su altísimo valor: el macizo arcaico de Galicia—del que no excluiría comarcas como el Norte portugués y el Bierzo, donde no se habla gallego, aunque naturalmente forme parte integrante de nuestra región "natural", más aún que otras tierras, acotadas administrativamente como gallegas—; la unidad morfológica del relieve de nuestro suelo y la entraña de su constitución geológica; el clima típico y suave; el régimen de nuestras lluvias; el prado siempre verde, como quintaesencia del reflejo de relieve y clima en nuestros cultivos; las blandas líneas del paisaje... y, ya más secundariamente, la melancolía de nuestro carácter; las reacciones de nuestro sentimentalismo y nuestro temperamento sobre el

"modo" de hablar y las inclinaciones de la literatura, en gallego o en castellano—que, al fin, la dulce Rosalía fué—lo afirma uno de los "leaders" del galleguismo idiomático a "outrance"—"toda gallega, aun en los momentos en que se expresó en castellano"—; nuestra pintura, evocación de la poca luminosidad del ambiente; nuestra música, impregnada del sentimiento harmónico popular, y aún no invadida por impresionismos revolucionarios...

Pero, otro criterio, más docto y tan justo, habrá de señalaros en una próxima conferencia algunas de estas fundamentales realidades de nuestra vida. A él os refiero.

EL CULTIVO DE NUESTRO IDIOMA

Daría ya por terminada en estas palabras la horrenda pesadez con que os abrumo, si no debiera preveniros de que nada de lo expuesto, como habréis advertido, quiere significar que hayamos de repudiar el uso de la lengua gallega. Por lo contrario: hablarla entre nosotros, cultivarla literariamente, escribir e investigar, estudiándola, es labor digna de todo buen gallego.

Unos, de aficiones históricas, encontrarán en el vocabulario y la literatura, datos acerca de las maneras y costumbres, las formas de la opinión, los desenvolvimientos típicos en la historia de la educación y el comercio y la cultura. Otros, se echarán a busca de narraciones o leyendas, por el encanto que el romance trae consigo y que se cree peculiarísimo de los viejos tiempos medioevales. Algunos, con ambiciones personales, indagarán por temas que, como la leyenda de los Nibelungos en Wagner, pueden ser desarrollados en modernas obras dramáticas y poemas musicales, vestidos con nuevo ropaje y acomodados a las exigencias de los nuevos gustos...

Pero, violencias e invectivas para imponerla, como agente esencialísimo en nuestra regeneración, no.

El renacimiento del cultivo de la lengua gallega, iniciado a mediados del pasado siglo, ha tenido carácter exclusivamente literario y culto. Si ahora se intenta darle nuevos bríos, procurando vulgarizar en las ciudades el lenguaje hablado, estimamos sería preciso, para conseguir algo en este aspecto, hacer textos didácticos, a la manera de los métodos de enseñanza directa de lenguas extranjeras, tan generalizados. La gramática, anticuada e incompleta, de Saco Arce; los estudios fonéticos y morfológicos de García de Diego, Cornu, Santia-

go y algún otro, ofrecen base para sucesivos y más completos desenvolvimientos.

Necesario sería también formar maestros, suficientemente preparados para la labor pedagógica, y enderezar la propaganda a reclutar gentes de buena voluntad que se sometiesen al aprendizaje.

De otro modo, el gallego—"idioma", en cuanto tiene todos los caracteres de instrumento, propio y distinto, que fué del pensamiento de un pueblo; "dialecto", "del latín"; "lengua" o "idioma regional", dentro de la nación española, cuyo "único idioma nacional" y "oficial" es el castellano—seguirá siendo habla de los rústicos, expuesta a perderse, en el campo; y lengua literaria, cultivada por una minoría de entusiastas, en las urbes.

UN RECUERDO

Séame permitido, antes de poner la rúbrica a estos renglones, dedicar un recuerdo al hombre amante de su patria y de sus legítimas glorias, al buen gallego y virtuoso sacerdote, docto y entusiasta, a quien todavía ayer veíamos ocupado en dar solución a un importante problema de historia gallega, y a quien hoy, la muerte nos arrebató, hiriendo, cruel, a la cultura de Galicia. Un recuerdo para Oviedo y Arce, nuestro ilustre y desdichado amigo, que, aún joven, ha desaparecido de entre nosotros.

Y termino, encomendándome a vuestro perdón, y repitiéndoos—para bien del criterio científico, y para que ellas sirvan de estímulo a que todos aportéis algo de vuestro espíritu a la obra común de estudiar las cosas de nuestra tierra—, aquellas luminosas palabras del gran poeta indostánico:

"Cuando la verdad llega, parece que oímos su última palabra; pero su palabra última da siempre a luz otra palabra". Sea la vuestra.

De los renacimientos literarios

y de otras cosas más

POR

D. JUAN BARCIA CABALLERO

Catedrático de la Universidad de Santiago,

Académico de número de la Real Gallega, etc.

LA CORUÑA

Señoras y Señores:

Entre las vulgaridades que son la obligada comidilla de cada día es una de las más socorridas maldecir de esa diosa antojadiza y caprichosa, que con serlo, y serlo con pleno conocimiento de sus adoradores, domina y esclaviza a una buena parte de la humanidad: la Moda. Y dije a una buena parte y estoy por arrepentirme de lo dicho, pues no a una buena parte sino a toda la envuelve y enmaraña entre los incontables hilos de su inextricable red.

Porque esa impersonal deidad no se limita a encoger y estirar los vestidos y los sombreros de las señoras y los abrigos y los pantalones de los hombres; pero también pone sus pecadoras manos en cosas más hondas y trascendentes. Y las comidas y las diversiones y los paseos y las costumbres en general son tributarias de sus despóticas leyes, que alcanzan tanto poder que por ellas son desdeñadas las que la conveniencia, el bienestar y hasta la Higiene y la Medicina imponen. Y aún no se queda aquí: las mismas ideas, en su desarrollo y propaganda, obedecen en no pequeña parte por cierto a los vaivenes de su omnímoda voluntad.

Acaso, sin embargo, no todo es extravagante y arbitrario en ella: quizá en algo obedece a recónditos y desconocidos resortes, que ora elevan, ora abisman determinados principios y doctrinas, que así aparecen a nuestros ojos, como se pierden en la inmensidad, tal como el vaivén de las olas acerca o aleja de la playa, las crestas de espuma con que tan orgullosas se coronan. Por otra parte el contagio es una verdad indudable, así en la Patología como en la sociedad; y es por demás natural y lógico que un hecho, de cualquier clase que sea, produzca otros semejantes, que se engranen y se enlacen entre sí, formando una cadena, cuyos eslabones no siempre se ven con claridad y precisión suficientes; y de ahí que no pueda determinarse la ley que preside su unión. Y por no adivinar el engarce que los ata y unifica, parécennos tan a

menudo desligados, desperdigados y sueltos, y sembrados en la vida por mano del azar.

Y por eso nos admiran y sorprenden, porque no acertamos a explicarnos su, al parecer, desordenada existencia. A una doctrina casi universalmente aceptada y defendida sucede la opuesta, defendida y aceptada con no menos entusiasmo; y tal es la fuerza con que sobre los hombres obra el parecer y la opinión de los más, que insensiblemente y tal vez sin darse clara cuenta de ella, van desertando de la antigua para acostarse a la que aparece como aurora de un nuevo día.

No hace nada, como quien dice, que la aspiración a la unidad—a la uniformidad, más bien—parecía el credo por quien juraba la humanidad entera; y en todos los órdenes diríase que iba a ser un hecho la fraternidad universal. Hoy, parecen más rotos que nunca esos tan ponderados lazos; y el mundo asiste asombrado al espectáculo de tamaña catástrofe, que nos obliga a preguntarnos si es llegada la hora del final apocalíptico. No es de extrañar: olvidado Cristo, la Caridad volvióse al Cielo y el amor al prójimo se convirtió en un mito.

Esta dislocación, digámoslo así, trasciende a todo: defendíanse antes las grandes agrupaciones, como encerrando en sí el poder y las ventajas de la vida; y tiéndese hoy a su ruptura y división con vistas al individualismo; en vez de las leyes que antes alcanzaban a aquellos grandes conjuntos, inténtase hoy, la diversidad de las mismas, con aplicación restringida; y echados al cesto de los papeles inservibles los repetidos conatos de lenguaje universal, olvidados quedaron como inútiles zarandajas "la lengua azul", el "volapuk" y el "esperanto"; y en su lugar privan y "son de moda"—y vuelvo con esto a los comienzos—los idiomas y los dialectos de toda laya. Y confesemos que esto es altamente lógico y racional porque es la literatura fiel espejo donde se retrata el pensar y sentir de cada época: es el resumen de su historia. Lógico es, por tanto, que en la nuestra, cuando el absorbente centralismo con su exageración doctrinaria hizo despertar las dormidas tendencias regionales, tan naturales y tan propias de los pueblos que sienten palpitar su vida personal, siquiera esté avasallada por el dominador sistema, resurjan con ellas sus literaturas, no solamente para revivir las casi olvidadas trovas de los poetas de las viejas edades, sino para producir otras nuevas, arrancadas al laud de los que en estos días reflejan la común opinión. Y es de notar que, como hace algunos años dejé escrito en uno de mis libros, a pesar de la evolución literaria y artística a que poco ha hemos asistido, las literaturas regionales de hoy convienen todas en su sintonismo con las de ayer: todas hacen vibrar la nota patriótica. Y no es

de extrañar esto—ya que el amor a la Patria—la Patria sin apelativos ni distingos—es el grande y generoso sentimiento que les dió vida.

Aun cuando alguien intente sostener lo contrario, nada hay aislado en el Universo, cuya exquisita y sublime unidad no se aviene con tales aislamientos. Y menos todavía en la vida, en la incesante evolución de las cosas y de los hechos, cadena sin fin, cuyos misteriosos eslabones pueden pasar inadvertidos a nuestros ojos de miope, pero cuya innegable ligadura se traduce a toda hora por múltiples y poderosas muestras. Por muy personal que sea una obra humana y por suya que su autor la crea, tendrá siempre una parte de la levadura de su tiempo que la haga desarrollar en el sentido del medio ambiente general, "algo" que con él la engrane y articule. Todo cuanto es y vive se influencia continuamente en el tiempo y en el espacio; y nada vibra fuera y aparte del concierto universal. Y si alguna vez suena una nota extraña y discordante es para morir al punto abandonada y sola, perdida en la inmensidad.

Eso mismo acontece en el mundo del Arte y de las Letras. Uno y otras evolucionan al unísono y al par de los demás elementos de la historia; y forman, donde quiera que se los observe, un todo unido por las mutuas influencias de sus partes, que no por esto se confunden, sino que maridadas entre sí, conservan a pesar de ello sus caracteres propios.

Vigorosamente renacieron mucho ha las literaturas regionales en España, aunque no con idéntica intensidad todas ellas. Sin que las demás hayan dejado de hacerlo, el movimiento vital se sintió sobre todo en dos: la catalana y la gallega. Una y otra, ricas de abolengo, siquiera también hubiesen pasado por épocas de inopia y de marasmo, florecen al presente lozanas y fecundas; y acaso alguien intente deducir de este hecho peregrinas consecuencias.

En primer término es menester no olvidar la afirmación primera, a saber: que ejerciendo el medio ambiente innegable dominio sobre la literatura, siempre y en toda ocasión; y siendo éste el mismo en general para todas las de cada época, claro es que en todas ha de reflejarse; y por lo tanto, no a influencia mutua, sino a la del citado medio deben referirse sus analogías y semejanzas.

En otros días, cuando las barreras entre las naciones y los hombres eran más inexpugnables que hoy, nunca del todo, sin embargo, el trasiego de ideas y de personas, dificultado por múltiples motivos que no es cosa de examinar, era inmensamente menor; y por tanto, unas y otras se contagiaban menos y más tardíamente. Pero hoy, que para tales cambios

no hay distancias, ni aduanas; que, democratizadas las letras, las ciencias y las artes a toda hora caminan y a todas partes llegan, es casi imposible que su influencia no se extienda a todos y a todo. En alas de la publicidad, fuerza irresistible hoy día y que deja atrás a todas las conocidas y soñadas, las literaras vuelan sobre las montañas y cruzan los ríos, trasponen los mares y llevan hasta el último rincón del mundo la noticia de su vida, el testimonio de su valer y las obras de sus hijos Y con ellas va su influencia, ejercida de hecho y reconocida en varias literaturas extrañas. Y si en ellas la tiene, con harta mayor razón la tendrán en la española, madre, hija o hermana suya—no disputemos por cuestión de parentesco—pero ligada a ella de todas suertes por los estrechos e irrompibles lazos de la sangre y del cariño.

Por de contado que aquí se trata de la influencia moral o ideológica, de la paridad de asuntos, de la tendencia y orientación literaria; no de la fonética, gramatical y filológica. Cuando más de la imitación, de la forma externa y aun de esto con ciertas restricciones. De no ser así, y querer hacer un estudio completo de este asunto, lo habría para una obra y no solamente para un libro, cuanto más para un discurso.

Al hablar de la influencia literaria no se puede olvidar el viejo problema que no lo es, de la emigración de las ideas, es decir, el paso de uno mismo o varios asuntos al través de varias literaturas. Fábula y cuento andan por el mundo, a quien sagaces eruditos siguieron en su evolución y desarrollo, o en su imitación y copia, pues de todo hay desde nuestros días hasta las más antiguas fuentes. Claro es que tal emigración, aunque en algún caso pueda suceder en orden invertido, se verifica en la mayoría en el cronológico, o sea de las lenguas más antiguas a las posteriores en edad. Basta esta consideración para comprender que entre el gallego y el castellano—y concreto ahora más el asunto—, debió ser el primero quien más influyó sobre el segundo, ya que es muy anterior. No es necesario recordar los que hoy son ya conocidos como indubitables datos en lingüística y filología. Los versos de Gonzalo Hermingues y de Egos Monís, y sobre todo las Cántigas del Rey Sabio, aun sin aceptar el Romance de Guesto Ansures, anteriores todos al Cancionero del Cid, que se tiene por padre y generador de la literatura española, demuestran sobradamente aquel aserto. Natural es, por tanto, que de estos históricos monumentos literarios y de los que le sucedieron pasasen al castellano asuntos, formas y hasta más menudos detalles; y así fué de hecho, según en repetidas ocasiones se hubo comprobado. Más todavía: no solamente en tiempos del Sabio Rey; pero mucho después, y cuando ya el castellano es-

taba en vías de formación y aun estando ésta ya muy adelantada, era uso y costumbre muy extendida el trovar en gallego. Así lo hicieron repetidas veces los grandes poetas de aquellos tiempos; y apenas hay Cancionero o Romancero que no contenga ejemplares de ello. Véase si no el Cancionero del Rey D. Dionís, donde constan nada menos que 127 nombres de poetas castellanos que publicaron sus trovas o canciones en gallego. Así se explica aquel resobado pasaje del Marqués de Santillana, donde se afirma que la "gaya ciencia" fué cultivada sobre todo en Galicia y Portugal. Y aun más adelante, andando ya el siglo XV floreció aquel nunca bastante celebrado y llorado poeta, Macías el Enamorado, cuyas endechas no serán olvidadas jamás.

¿Contribuyó en alguna parte a este predominio del gallego la literatura provenzal? Su influencia en Galicia es innegable, sobre todo en el siglo XIII. Por razones extrañas, geográficas, históricas y económicas, o a pesar de las mismas, es lo cierto que entre las literaturas provenzal y galaica hubo siempre y hay un misterioso parentesco, que no sé si será atisbo y síntoma del que hay entre gallegos y catalanes, por muy hondo y escondido que esté. Una y otra literatura florecieron pujantes en idénticos períodos históricos; y si es cierto que la nuestra pasó por uno de silencio y olvido, que acaso no tuvo igual en su hermana del otro extremo de la Península, harto clara explicación tiene esta disconformidad.

Esta preponderancia del gallego decayó como era natural cuando, ya formado el castellano y hasta pulimentado, alcanzó en definitiva el carácter de lenguaje nacional, contribuyendo a ello el alejamiento del portugués, es decir, del propio gallego, elevado también a aquel rango y evolucionando en consecuencia con ello; en tanto que Galicia, como hija de la madre común España, aceptaba su idioma y por lo tanto no cultivaba el propio. No quiere esto decir que llegase a desaparecer de la escena literaria. Con vario suceso y a través de diversas alternativas, aparece casi sin interrupción empleado en trovas y cantares y hasta en obras de mayor empeño, como puede verse en las compilaciones históricas y tratados críticos de todos conocidos. Claro es que su influencia en el castellano siguió estas orientaciones, ocupando el gallego diferente lugar, según su desarrollo literario, pero sin que se anulase en ningún tiempo.

Vengamos al nuestro. No es ciertamente el más propicio a la literatura, pese al arrollador aluvión de obras literarias que, si Dios no lo remedia, amenaza devastarlo todo. Curioso estudio sería—y se lo brindo a la primera comisión que se vea en el trance de fabricar el cartel de un certamen de esta

especie—el que pudiera y debiera hacerse acerca de la producción literaria de hoy, aunque tropezaría con una grave dificultad; y era que tendría que limitarse a un género literario: la novela. No a humo de pajas se escribe esta indicación. Siendo éste acaso el único género que en nuestros días se cultiva, se comprende que poco o nada puede influir en la novela castellana la gallega, porque ésta apenas existe. Es decir, apenas existe escrita en nuestra lengua, pues novelas gallegas, por su asunto, sus personajes y su escenario abundan, pero escritas en castellano. Hay muchos y buenos novelistas gallegos; pero apenas hay uno que se decida a escribir en gallego. Y se comprende esta conducta. Todo escritor, aun el que escribe por pasión, por "sport" y no "pro pane lucrando" desea público que lea sus obras; y claro es que más tendrá si escribe en idioma más generalizado. Restringido a una comarca un idioma regional, o por lo menos teniendo fuera de ella escasos devotos, no puede ofrecer extenso mercado a quienes lo cultiven, viéndose limitadas sus obras a corto número de lectores.

Por lo que se refiere al gallego, hay además otra razón, y razón de peso, que no he de callar, aun a riesgo de suscitar las iras de mis queridos compañeros, y es la siguiente: El gallego literario no está suficientemente cultivado, ni es sobrado conocido de la mayor parte de quienes intentan usarlo en sus escritos. Aún el gallego vulgar no lo es en la medida conveniente, como desgraciadamente lo demuestran los infelices atrevimientos de muchos de ellos. Y creo que aun cuando parezca paradoja es más fácil escribir en versos, siquiera sean mediocres, que escribir en prosa, la cual exige mayor conocimiento del léxico, de los giros, tropos y modismos y una más rica selección de voces. No es de extrañar por todo esto, que los escritos en prosa gallega sean pocos y que como consecuencia de esto sean muy pocas las novelas en esta lengua.

A la cabeza de las contadas que existen deben figurar, sin duda, las debidas al eximio escritor cuya muerte lloramos todavía los amantes del Arte y de la Ciencia y de cuya pérdida no debe consolarse jamás Galicia: el gran López Ferreiro. En ellas se encuentran reunidas tales partes, que bastan y sobran para diputarlas ejemplares. Argumento, trama, personas y lugares son genuinamente gallegos; y, sobre todo, campea gallardamente en todas la condición que poco ha apuntaba y que debe reputarse como primera: el perfecto conocimiento del idioma.

Literariamente debe considerarse la nuestra, la galaica, como lengua renaciente y cultivada por unos cuantos devotos, muchos de ellos—y perdonen la sinceridad—muy esca-

samente preparados y provistos por lo tanto de mejor intención que acierto. Por otra parte, mejor dicho, por esto mismo, si bien en verso se publican algunas cosas pasaderas y hasta loables, escasean por manera extraordinaria las obras en prosa, que forman hoy el gusto dominante y las llamadas por tanto a dejar sentir su influencia. Buena prueba de este aserto son las varias novelas españolas—y cuenta que únicamente me refiero a las "apreciables"—en las cuales es fácil encontrar su filiación francesa, italiana o "catalana". Faltan casi en absoluto, como queda dicho, los modelos gallegos.

Ahora bien, y aun cuando esto poco o nada tenga que ver con el asunto: ¿debemos los escritores gallegos cultivar más nuestro idioma y los que a ello se sienten inclinados escribir en él sus novelas? Sin duda. Pero, entiéndase bien, ni esto puede ni debe hacerse por imperativa imposición sistemática, ni mucho menos exclusiva. Preciso es desengañarse y reconocer que un idioma no vive, ni renace, ni prospera, porque unos cuantos devotos, con devoción más o menos sincera, se empeñen en ello, sino que vive y permanece o se atrofia y muere cuando así lo determinan las leyes de la Historia. Alguien lo dijo ya hablando de estas cosas en ocasión solemne: ni siquiera el amor patrio, tomada la frase en sentido restringido, exige el mantenimiento artificioso de un idioma cuya hora llegó ya en el reloj del tiempo. Sin necesidad de tales artificios las energías de una región se abrirán camino y llegarán a donde deben si llevan en sí la virtualidad suficiente para ello. El que esto escribe ama a su patria—la grande y la chica—como el que más y tiene fe viva y ardiente en su renacimiento; cree también que para él es factor de primer orden la literatura, como otras muchas cosas no menos interesantes; pero además de discrepar en muchos particulares de los "apóstoles" renacientes, cuyo primer cuidado es alzarse sobre la plataforma para enseñar desde ella cualquiera de los señuelos para incautos, discrepa también en pensar que la literatura y todas las demás cosas que deben ser factores de nuestro resurgimiento, lo sean a la par de "división" y "separación" de nada.

Y ya que la ocasión se ofrece, no he de esquivarla, y aun cuando sea cogiéndola por los cabellos, he de aprovecharla para decir algunas cosas, que hace algún tiempo me están rebullendo acá adentro.

De dos pecados adolece la literatura gallega al uso: uno de forma y otro de fondo. Los dos quedan indicados ya; pero he de insistir sobre ello.

En cuanto al primero—es preciso confesarlo con sinceri-

dad y con nobleza—la inmensa mayoría de los que escriben en gallego—téngase bien en cuenta que no digo todos—no están preparados para hacerlo: el gallego resulta para ellos una lengua exótica y desconocida; desusada por lo menos, porque solamente por artificio literario la emplean. Y aun cuando no sea así en absoluto; aunque en la conversación habitual la entreveren y engranen con la castellana, hácenlo seguramente de manera rutinaria y casi inconsciente. Por lo demás sus escritos gallegos están "pensados" en castellano y "traducidos" al gallego cuando los pasan al papel. Así salen ellos, descoloridos y lacios, como flores trasplantadas en hora mala; sin carácter, sin expresión, como carátula carnavalesca que encubre la faz positiva y verdadera.

Y lo que es peor que esto todavía: la carencia de léxico y de vocabulario produce, además de la pobreza de frases y palabras, que en la necesidad de buscarlas y ante la idea pueril de que el lenguaje que van inventando—"inventando", sí: eso es la verdad—se diferencie en todo, o por lo menos en mucho del castellano, den lugar a una jerga imposible e indefendible literariamente. Y como a la misma altura del léxico anda la gramática y con ella la ortografía, ocurre que se tropieza por esos mundos de las letras con cada muestra de las gallegas que a cualquiera que tenga un poco de vergüenza le hace salir los colores al rostro.

Duéleme de veras decir estas que parecen crudezas y no son sino verdades de a puño; pero duéleme mucho más que por tales desdichados engendros nos juzguen por ahí fuera midiéndonos a todos por un rasero. Y perdónenme estas verdades—que siendo como son aún no llegan a las del barquero—todos mis queridos compañeros que a escribir se dedican... Y apliquense este cuentecillo, muy antiguo ya, puesto que lo aprendí de niño y ya soy viejo, pero que viene aquí como anillo al dedo:

Contábase en aquellos tiempos que los madrileños de entonces gastaban una burla a las lavanderas del Manzanares, que consistía en colocarse en el medio del puente y alzando los brazos, exclamar en alta voz: "¡Todas!", en cuyo punto y hora se armaba entre las de la pala y el jabón un alboroto extraordinario, como si le llamasen el mayor improperio. Pues bien: ocurrió una vez que un chusco, colocado en el consabido lugar, dijo con gran voz: "¡Casi todas!" ¿Creeréis que se amotinaron las lavanderas como de costumbre? No, señores: todas se conceptuaron exceptuadas. Yo tampoco afirmo que todos los escritores gallegos sean como dejo dicho: que se incluyan cuantos quieran en el "casi".

Y vamos al otro pecado, que es asaz más gordo y más mortal, por consiguiente.

Aquí sí que viene a cuento recordar lo que decía al comenzar: la influencia del medio ambiente, pues no parece sino que diluído en el aire, revuela y se esparce por doquier yo no sé qué germen maléfico y venenoso, cuya única misión es despertar en los entendimientos las perversas ideas depositadas allí por la culpa original; y encender en los corazones el rescoldo del odio de Caín. Si no es a esta influencia, ¿a qué se debe entonces que, como obedeciendo a diabólica consigna se den la mayoría de nuestros escritores a publicar proclamas incendiarias, ahitas de maldiciones, excitando a las masas a la rebelión, al incendio y al asesinato? Que no otra cosa son muchos de los escritos, en prosa y verso, que por ahí corren; de tendencias radicalísimas y aun anárquicas, parecen hechos exprofeso para llevar a todas partes las ideas de muerte y exterminio. Las mismas obras destinadas al teatro están inspiradas en argumentos semejantes, y algunas que por su forma resultarían apreciables, son del todo condenables por sus ideas.

Convénzanse por Dios, cuantos siguen, que son muchos, tan lastimosos derroteros, de que para ser enérgicos y valientes y viriles, no hace falta convertirse en energúmenos y salir por esos trigos con el puñal en una mano y la tea en la otra, decididos a acabar con la pobre humanidad. Entre ser poeta llorón y jeremíaco—cosa que también tiene que ver—o una furia del Averno, hay mil grados intermedios en los cuales puede lucir a maravilla una inspiración lozana y fresca.

Acaso diga alguno que "esas cosas" son del gusto de estos días, del medio ambiente actual... Pero dejarse llevar de tales resortes y "hablar para la galería", es indigno de quien se sienta artista o literato honrado: eso se queda para... para "esos" del oficio de cazar incautos.

Y vamos a otro punto que va a ser el último para dejaros en paz, que a fe que estaréis ya deseándolo.

Y ved si estaré yo desdichado en esta ocasión y si me acompañará la "mala sombra". Acabo de enajenarme las simpatías de muchos que acaso se sientan lastimados por mis palabras, a pesar de mis advertencias, y voy a enajenarme las de otros, por éstas que me restan. Y sin embargo, no sé prescindir de ellas, porque yo soy así como un Quijote de la Sinceridad, y la Verdad es mi Dulcinea. Y no ceso de repetirme aquellos sabidos versos:

¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?

Y a decirlo voy, y salga por donde saliere.

Algo de lo que acabo de decir es aplicable al movimiento regionalista actual; también está maleado por la cizaña del odio. Defender la región; laborar por la prosperidad y engrandecimiento del propio terruño; aspirar a su mayor progreso y adelantamiento, cosa es meritísima y a la que sólo aplausos deben tributarse. Pero añadir a las alabanzas propias las ofensas ajenas; defender a Galicia acusando a las demás regiones, y sobre todo, hacer incompatible su bienestar, sus mejoras y hasta su vida con la integridad y unidad de la Patria, cosa que debe ser intangible y santa para todo buen español, ni en sueños debe pensarse, para cuanto más predicarlo y propagarlo.

Tengo cierto derecho a hablar de estas cosas y también para hablar así. Aunque en esta vegada no sonó mi nombre, ni tenía para qué, fuí uno de los pocos—media docena mal contada—que con Alfredo Brañas levantaron los primeros la bandera regionalista en Cataluña y en Galicia—Alfredo y yo—y perdonadme que hable de mí, pero me veo obligado a ello—, éramos a la sazón, o por mejor decir, un poco antes, en unión de otro amigo queridísimo, Antonio Toledo, muerto en mis brazos pocos años había, los campeones del periodismo de las derechas compostelanas; y en "El Porvenir", primero, y en "El Libredón", después, reñimos muy recias y memorables campañas en favor de la Verdad y del Bien.

Cuando Alfredo publicó su libro "El Regionalismo"—libro recibido con tal entusiasmo, que el día de su aparición se vendieron en Barcelona más de mil ejemplares—, yo se lo prologué, que no consentía otra cosa nuestra firme y fraternal amistad; y en nuestra juvenil ilusión, creímos conquistado nuestro ideal, al que nos habíamos lanzado con la mirada en la Patria y la Fe en Dios—porque éramos francamente "confesionales", como ahora se dice, cristianos rancios y católicos a macha martillo.

Pero aquel regionalismo—que se diferenciaba mucho del regionalismo de hoy—tenía, amén de otros defectos, de que seguramente adolecía como toda obra humana—uno capital, que era el haber llegado a deshora y cuando la opinión no estaba aún madura para recibirlo. Y así le aconteció que murió apenas nacido, como planta que florece prematuramente y fuera de sazón; pero conste, y conste muy alto—y quiero afirmarlo, porque se me antoja desconocida la afirmación, por más que el nombre de Alfredo haya sido invocado en estos días, quizá por hombres que ni idea tienen tal vez, ni de su persona, ni de sus doctrinas—que llevaba en sí tal dosis de

lealtad y nobleza, que para ellos quisieran empresas y proyectos que se anuncian y reclaman con aparatosa solemnidad.

Otros dos extremos me importa expresar aquí, y con ello termino: aquel regionalismo no intentaba sustituir a ningún partido, ni tenía ambiciones políticas..., ni plataformas electorales. Se aspiraba por quienes lo predicaban a implantarlo, por creerlo beneficioso para Galicia en particular y para "España entera"; pero que fuese llevado a la práctica por quien quisiese llevarlo. No se trataba de personas, sino de doctrinas.

Y en cuanto al separatismo, que unas veces encubierta y otras descaradamente se defiende por muchos de los que pretenden figurar en primera fila, y también por varios "de los otros", nada, ni sombra había en él de tan perniciosa tendencia. En el libro de Alfredo se protesta una y muchas veces contra eso.

Y callo ya, que sobradamente abusé de vuestra paciencia y de vuestra bondad. Perdonadme cuanto en mis palabras haya podido desagradaros, que seguramente habrá sido mucho; perdonadme la desaliñada forma en que las dije, requerida por los apremios de urgencia y la falta de vagar; y hasta perdonadme la escasa serenidad con que quizá os hablé de estas cosas, considerando que en ellas evoqué tal vez el período más emotivo de mi vida. Juventud, ensueños, ilusiones, noble ambición y disculpable orgullo... todo pasó para no volver. Aquellos mis dos compañeros, casi hermanos, de glorias y fatigas, descansan mucho ha en la paz del Señor, que por algo eran sinceros y profundos creyentes; y yo el último de los "tres", como nos llamaban entonces, voluntariamente retirado de aquella vida, por mis quehaceres—y también por los años—vegeto en mi rincón, arrullado por mis hijos y mis nietos y pidiendo a Dios por todos y por mí mismo.

Y de aquel arraigado vicio de escribir, quédame solamente, como saben todos, el consuelo de publicar de tarde en cuando lo que a diario estudio y aprendo en el Sanatorio donde paso la mitad de mi vida; y alguna monada que por descanso de mis trabajos, echo a volar hacia el para mi fenecido mundo de las letras. Es decir: las locuras de mis enfermos y lo que me resta de las mías.

Y con esto me vuelvo a mi nido, de donde acaso no debí salir en esta ocasión. Seguro estoy de que, amén de otras más acerbas censuras, no faltará quien me tilde de poco patriota, como aconteció cuando con motivo de la fracasada Solidaridad Gallega—otra desdichada imitación extraña—, me permití decir lo que acerca de ella me parecía. Digan lo que quieran, que ni ha de dolerme, ni he de darme por enterado;

pero sépase de una vez por todas que, entre mis ascendientes de los cuales no renegaré jamás, hubo varios que dieron su bienestar, su hacienda y su vida peleando por esta tierra. Y sépase también que la Patria por que se empobrecieron, se sacrificaron y murieron no se llamaba Cataluña, ni Navarra, ni Basconia, ni Castilla, ni siquiera Galicia, con llevar como llevaban grabado este nombre en el alma: se llamaba "España". He dicho.

GALICIA

Y SUS RELIEVES

CONFERENCIA LEIDA EN LA

REUNION R. E I. DE ARTESANOS

EN 30 DE ENERO DE 1918

POR

DON VERARDO GARCÍA REY

Capitán de Infantería, Profesor de la Academia de Toledo

LA CORUÑA

Señoras y Señores:

Vengo a esta deliciosa tierra gallega, deliciosa por las sierras que la cubren, los rios que la cruzan, las flores que la embalsaman, las auras que la acarician y los viejos monumentos que la embellecen, desde el corazón de España, en donde son otras las sierras, y más yermos los campos, muy distintas las flores, más heladas las auras y otros los monumentos.

Y al llegar hasta aquí, con transición tan violenta y terrible, desde la explanada calva de Castilla para despertar, como en un soberano renacimiento entre este verdor exuberante de mi tierra, en medio de una espléndida y brava vegetación que sube por los recios peñascos, la emoción que experimento es gratísima, y sube desde el corazón a mis labios e impide que pueda expresar y fijar el sentimiento hondo que siento al hallarme entre vosotros, al hallarme en Galicia.

Yo también soy gallego, y al pisar nuevamente mi pequeña Patria, después de muchos años que me hallo separada de ella, parece que la savia que corre por el suelo, savia que perfecciona su color y acaba su dibujo y que se traduce en sentimiento y en nueva forma, que no caben ni en la métrica del poema, ni en el marco del cuadro más soberano, parece—repito—que sube por mi cuerpo y me renueva la vida dándome otra fortaleza.

Y debo decir por qué he venido aquí. He venido aquí, arrastrado por los impulsos de una voluntad superior que me impone el amor a mi tierra, y que hace brillar en mi alma las efusiones del rico y encantado tesoro de la devoción primera que aprendí. El amor al suelo, arrastra intensamente, desde donde aplana el sol y se carece de frescura. Los hombres, como los pueblos, precisan para su existencia, entusiasmos y sentimientos; cuando faltan éstos, falta el aliento vital y la vida es precaria.

Por eso he venido aquí; para fundirme en vuestras propias llamas, que son el venturoso consorcio de un grande y sacratísimo amor: al amor de la "Pequeña Patria", y he aceptado esta "Conferencia" con el más vivo y profundo agradecimiento.

¿Por qué no he de confesar que me hallo cohibido, por la importancia de estos actos, y ante la calidad del selecto auditorio que con su atención me honra? Sinceramente, cuento con vuestra benevolencia.

***

La vieja e hidalga Galicia no es tan conocida como debiera serlo, ni tan apreciada como lo merece, quizás debido a su situación excéntrica en el macizo peninsular, quizás porque se viaja poco, y también porque se estudia menos.

Yo voy a hablaros de Galicia, en el moderno concepto geográfico, siguiendo el poderoso movimiento que está en flor en España y que puede sintetizarse, en examen de las relaciones entre el medio físico y el hombre, como resultado del estudio de la "región natural", que aparece como principio directo entre los variados elementos que integran su composición. Y una región natural con los caracteres peculiares y de extremada variedad, que la "Geografía moderna" asigna a porciones del suelo, diferenciadas por principios físicos y biológicos, es en España, "Galicia". En Galicia se conserva, como en pocos otros pueblos de la Península, más indeclinable la fisonomía; este país, casi olvidado, de tantas y tan hermosas condiciones, es trasunto perfecto de las que ofrecen Niza y las Azores, los cármenes del río Plata, el Yumuri y la famosa Vega granadina. Estudiar esta región, es analizar un rincón del macizo ibérico que tiene tanta diversidad y contrastes, que compiten en belleza con los más celebrados de Suiza y de Italia, para confirmar, a la luz de sus variados elementos, la estrecha correspondencia y el rigorismo de la ley observada entre el relieve y el hombre, de la cual dimana el secreto de los hechos sociales, humanos y biológicos.

Pero, antes, quiero exponeros algunas ideas acerca del desenvolvimiento de estos estudios, los cuales se ofrecen con anchísimo campo para investigar leyes generales relativas a tan variadísimos extremos, y que se hallan en plena madurez en otros países por haberles iniciado la escuela alemana de Ritter y Richthofen hace más de treinta años. La ciencia geográfica hoy, no se concibe sin la invasión y dominio del extenso campo de las ciencias naturales y sociales; la geología, que en expresión de Mackinder, es la ciencia del pasado,

explicada por el presente, es la "ciencia madre" de estos estudios e investigaciones, y sin su conocimiento no es posible interpretar las formas del suelo ni aventurar leyes geográficas. Ritter procedió así en el estudio del continente asiático, y Richthofen en el del territorio chino. De este modo, ha sido fácil descubrir y determinar el papel de los movimientos verticales de conjunto en la formación de los relieves, y éstos, en su doble aspecto geológico y geográfico, juntamente con el clima, son los fundamentales elementos para el estudio de una región.

En España, fueron, tiempo atrás, campeones de estos estudios, Calderón y Macpherson, y hoy trabajan en la Geografía moderna, mis sabios y admirados amigos Otto Obermaier, alemán, Hernández-Pacheco y Dantín, a la sombra de los cuales se orientan otros muchos, en forma tal, que las investigaciones de los primeros sirvieron al maestro vienés Suess, para el magistral estudio que de la Península hizo, en la monumental obra "La face de la Terre".

La escuela alemana es la que está cimentada sobre más científicas bases, merced a la labor de geólogos, botánicos, meteorólogos y oceanógrafos. Hettner, Penck y Ratzel, son los principales impulsores, con otros muchos, de esta labor honrada y eminentemente científica.

Las escuelas americana y francesa son fecundísimas también; geólogos y topógrafos están asociados para el estudio morfológico del suelo. Davis viene a ser el creador de la novísima ciencia. Solamente así, en íntimo consorcio espiritual, puede trabajarse concienzudamente, con libertad y desembarazo.

El geógrafo no se concibe sin conocer esos problemas; sin analizar o interpretar las formas topográficas que la erosión modela, sin conocer la evolución que las gobierna, dirige y transforma; sin estar, por último, avezado a los métodos morfológico, estratigráfico y tectónico. La ciencia geográfica busca el concurso de todos, y reune, armoniza y sintetiza bajo la presidencia de un mismo espíritu, para formular leyes rigurosas.

Los resultados son sorprendentes, cuando se estudia la influencia del relieve sobre el hombre, partiendo del criterio y orientaciones señalados. Por ejemplo. Comparemos Castilla y Galicia. En Castilla domina la propiedad media y grande, y la población aglomerada, apiñada al campanario o al derruído castillo feudal; en Galicia impera la pequeña propiedad, y la población se agrupa y reparte en caserías numerosas al lado del arroyó, en los valles, en las entrañas de los riscos, en agrupación propia de la raza céltica. En Castilla el terreno

terciario o diluvial, la altitud media de la meseta central, sus páramos y estepas como las del Asia Central, dan cuenta de su rareza de lluvias, de su pobre vegetación, de sus monótonos y desolados paisajes, muertos como el silencio, como reliquias en museos viejos, de sus costumbres austeras, de las formas de su propiedad: llanura y sequía son agentes que dirigen la vida social, envejeciéndola y entristeciéndola. En Galicia las rocas hipogénicas antiguas y los terrenos más primitivos componen su corteza, dan ricas y variadas formas al suelo, hermosísimo paisaje, que es liberación fecunda para los sentidos y para el espíritu, vegetación exuberante, templada temperatura y suaves lluvias; montaña y humedad son agentes dominantes. El prado gallego, verde, intensamente verde, tiene más encantos que el cigarral y el cortijo pardos, con verdes cobardes, porque aplana el sol y falta humedad. Es el contraste originado por el clima y el relieve, a los cuales hay que acudir para explicar muchos hechos humanos; es el medio físico, la razón de estos contrastes, localizando los fenómenos; la estepa no puede dar los mismos caracteres que la montaña. El hombre, como todo ser viviente, experimenta en todo momento, de su evolución, la influencia del medio físico. La "localización", es un magnífico procedimiento para estos estudios. El que se contrae al del modelado superficial, sorprende cuando trabajan juntos topógrafos y geólogos; los primeros localizan las formas, y los segundos en posesión de las leyes, descubren y determinan todo género de relaciones entre la escultura de la superficie y la estructura del subsuelo; los geógrafos observan y definen después. Y dentro de este proceder, existe la tendencia a señalar y dibujar contrastes, y adquiere su expresión en estudios locales y monográficos, de los cuales se han ido desprendiendo las leyes generales, y la separación y distinción de formas y tipos.

Nuestro país puede ser una escuela fecunda en este sentido por su variedad y oposiciones, dentro de su viva y real unidad.

En sus ámbitos hay altos y bajos, países continentales, marítimos, de meseta y de vertientes, centrales y extremos, con tipos variadísimos, todos ellos del mismo tipo étnico, en armonía con el variado y riquísimo relieve de la Península; completando la prueba, el estudio del idioma y de los dialectos hablados; los cuales no han podido ser caprichosas invenciones, sino creaciones geniales y naturales del país y de la raza, de la Geografía y de la Historia, pues ésta ha gravitado siempre en todas sus regiones naturales, obediente a los caracteres fundamentales. Si en el correr de los tiempos, estos fenómenos han sufrido profundas variaciones, ha sido debido a las eventuales necesidades de las épocas.

En armonía con estas consideraciones, voy a dar una idea del macizo gallego.

***

Las montañas y sierras de Galicia, son un "apéndice" adosado al núcleo firme y primitivo que forma la meseta peninsular y a las cuales llama Chofatt, sistema "galaico-duriense". Geográficamente es un conjunto intrincado y laberíntico, que acusa inconexiones tantas, que es difícil señalar en él, las relaciones que unen sus diferentes relieves. Efectivamente, la cordillera general no es una línea continua de altas montañas; hay casos en que la divisoria general se halla sobre un llano, como el de Roupar, que divide aguas entre la región hidrográfica principal del Miño y la del Eume, en un punto en donde la cordillera desaparece enteramente, sin dejar el más pequeño indicio; en Portobello, cerca de Guitiriz, punto vértice entre el Miño también y el Mandeo, en donde se atraviesa la cordillera sin cuesta perceptible. Fuera de esta línea hidrográfica, suceden iguales inconexiones; como en Nuestra Señora de los Milagros, entre los llanos de Maceda y de la Limia, donde se dividen aguas entre el Arnoya que va al Miño y el Limia, que va por Portugal al Occéano, observándose en esta parte también, una importante particularidad que yo he reconocido y estudiado, la del rompimiento de la divisoria general Duero-Miño, por la formación del valle del Limia, al que han cantado en remotísimos tiempos los poetas. También es digna de nota la observación, que hoy carece de alcance, de que, muchas de las sierras del interior se elevan a igual o mayor altura que las componentes de la línea divisoria general, la cual ya no tiene la significación geográfica, ni la importancia que se la atribuía hasta hace poco.

Contando con esas inconexiones y para dar más fácil idea de las relaciones que las unen, podemos partir de dos núcleos importantes, de los que haremos irradiar todo el conjunto de sierras que accidentan nuestro suelo, convirtiéndole "en uno de los más hermosos y pintorescos de España", como escribe Dantín. El de Coba da Serpe, situado en el NW., y el de San Mamed, en el SE. Desde ellos, las sierras se multiplican en todas direcciones.

Del primero, se derivan todas las sierras del N., agrestes y montuosas que forman el Cabo Estaca de Vares, y las importantes de Meira, la de Fonsagrada y Cadevo, que con las anteriores se enlazan; las líneas que van a formar los Cabos de Toriñana y el Finisterre, con rumbo al W., y la que con dirección S. lleva los nombres de Sierra del Faro, y torciendo al SE., el Testeiro y el Suido, que con la de Santa Tecla, ter-

mina en la Guardia, desprendiendo las importantes ramificaciones que limitan las afamadas "rías".

Es la bravía Sierra de San Mamed una verdadera gibosidad; el accidente geográfico más interesante de la orografía gallega, por su recia estructura, erizada de crestas empinadas, y por ser "madre de ríos", porque de sus ásperos salientes y elevados escarpes salen torrentosos y revueltos ríos, como el Arnoya y el Navea, el Támega, el Conso y el Camba, todos los cuales van a recogerse al Miño y al Duero, convirtiéndoles en veneros de riqueza.

Desde sus cumbres, se otea un grandioso panorama que comprende montañas ásperas, valles feraces y extensos, y allá, no lejos, hacia el mediodía, el suelo portugués.

Derivan de él, la sierra de Queija con su pico Seixo, de 1.709 metros, por el oriente, a la cual van unidas las intrincadas montañas o montes del Invernadeiro, y seguidamente el Cabezo de Manzaneda, que contiene la mayor altitud galaica con sus 1.778 metros, con el cual se enlaza la Sierra de la Mua; hacia el NW., se irradia la sierra de Rudicio; al mediodía los altos de Camba, Toro, Cerdedelo y Portocamba, y a oriente, la Cerradina o Sierra Pequeña, que va a enlazarse con dos bandas montañosas determinantes de la cuenca del Limia.

¡Qué fecundo es el instinto popular! Llaman "Cerradina" a esta sierra, porque efectivamente cierra las cuencas principales de los ríos Duero y Miño, de la del Limia, separando las corrientes de aguas que se precipitan por cada una de ellas; también la dicen "Sierra Pequeña", porque señorea suave, alzándose con escaso relieve, pequeña efectivamente, perdiéndose casi entre los bizarros derrames orográficos que a su lado, en el nudo de San Mamed tienen lugar, desempeñando, sin embargo, un interesante papel orográfico en la provincia de Orense, y por lo tanto, en el conjunto de los macizos gallegos.

La vía férrea no ha llevado su obra civilizadora a estas regiones, y cuando las circunstancias políticas y económicas favorezcan el desarrollo regional, estos rincones, cantados por el himno popular, ganarán mucho.

La paz reina en estas altitudes.

¡Qué diferencias tan marcadas entre las sierras y montañas del NW. y las del SE!

Entre las primeras se forman las deliciosas y celebradas Mariñas, país al que llaman algunos, por razón de su justificada hermosura "prez de Galicia y bendición del Cielo", y otros que "es vergel encantador a que Dios ha concedido la amenidad del Jordán y la fertilidad del Hebrón".

Hacia el S., hay regiones de agua abundante, con plantas vigorosas y con riqueza de vida.

La del "Farelo", situada entre los ríos Ulla y Arnego, es áspera y montuosa, y se dibuja como una extensa llanura en que alternan el color sombrío de los montes y el verde de las tierras cultivadas.

En la del "Carrio" se agrupan los montes abruptos, dejando entre sus intervalos, valles profundos, angostos y de rápida pendiente.

Seguidamente se desarrolla el pintoresco valle del "Ulla", grande y frondoso, de suelo ondeado, abrigado por altas montañas y dominado por la aguzada cresta del admirable Pico Sacro, de figura cónica y singular.

Más abajo, se desarrolla la reducida región regada por el "Umia". Los ramales del monte Gesteiras estrechan el río, que vierte sus aguas en el valle de Caldas, en donde se desenvuelve un cuadro digno de Suiza. El valle de Salnés, es un profundo recinto unido al Umia; es de agreste belleza el cuadro que aquí se ofrece por la lozana vegetación.

Y a medida que vamos hacia el S., en esta parte de la zona atlántica, las palmeras, el naranjo ocupando amplios espacios; los verdosos campos matizando el suelo; el perfume de tantas flores que embalsaman el ambiente; aquellas perspectivas hacia el mar... son otras tantas galas de la naturaleza, y todo contribuye a dar color al régimen físico de Galicia.

En la opuesta región, son célebres y fertilísimos también los valles, y admirables y espaciosas las llanuras; pero, geográficamente, se acusan mayores diferencias. Los relieves están mal descifrados, y apenas se ha dado cuenta de su estructura general. Faltan levantamientos de precisión, y por esta causa, la morfología de estas montañas y sierras, aparece algo complicada.

Y el mismo contraste se observa en sus costas N. y W. En la primera faltan los golfos profundos y las penínsulas delgadas, no siendo tan abundantes los promontorios. El cuadro es rico, cuando se examina la segunda.

Algunos han visto contradicciones en la doctrina geográfica, según la cual, la articulación de las costas favorece el desarrollo del país. Ritter y su escuela, han dado una explicación general, que da idea del desarrollo de la vida marítima, de la variedad de formas y de la densidad humana, en las costas de condensación. Toda costa ricamente articulada, está destinada a tener gran desarrollo marítimo, y por tanto, mayor aptitud civilizadora. Las articulaciones, multiplican los puntos de contacto con el Océano, ofrecen excelentes abrigos, e invitan al pueblo a familiarizarse con el mar.

La misma historia de Galicia prueba cuanto debe a la configuración de sus costas. En el período pre-romano hay el acontecimiento de los fenicios; el espíritu mercantil animó a tales intrépidos navegantes, y fué causa que les movió para aventurar sus expediciones a esta región dotada de las riquezas que atesoraba su suelo en las proximidades de sus costas. Fenicios y griegos vivieron en contacto con el mar en este ángulo del país ibérico. Los piratas árabes y normandos, al acercarse más tarde a Galicia debieron creerse en regiones paradisíacas al bordear los graciosos contornos de sus rías, de recortada belleza. ¿Cómo no han de ser bellas, si el verdor se extiende hasta el mar que las hace el homenaje de su frescura? ¿Cómo no han de ser codiciadas, si atraen por el encanto de seguridad que brindan y riqueza que se halla próxima? ¿Cómo no han de ser valiosas si la vida marítima de todo el litoral gallego depende de tantos puntos de contacto del mar con ellas y de la posición geográfica que tienen con relación a Europa? ¿Cómo no han de ser admiradas en su perfil desgarrado que dibuja innumerables ensenadas, a las cuales sirven de marco, con la delicia de mil valles, la suntuosidad de las montañas que las cierra?

***

Desde el punto de vista geológico, hay más unidad. Observando el suelo gallego a la vista de un mapa hipsométrico, geológico o tectónico, se aprecia en la dirección Ría de Foz-Lugo-Monforte, una depresión arrumbada de N. a S., siendo el conjunto menos intrincado, en el cual son de apreciar en los relieves, como direcciones dominantes, las de NE. a SW.

En la región situada a la izquierda de la línea marcada, predominan los terrenos agnostozoicos y graníticos; a la derecha, los de eras más recientes, terciarios y cuaternarios, y los paleozoicos, especialmente silúricos hacia el SE., hacia donde se tocan Orense con León y Zamora. Quiere todo esto decir, que los terrenos de Galicia, corresponden a los más "viejos" de la Península, estando constituídos, en su mayor parte, por las rocas graníticas, circunstancia que ha hecho escribir que, Galicia, es "un laberinto granítico".

Con estas ideas, queda señalada sucintamente la disposición y caracteres del macizo gallego, atendiendo a consideraciones sólo morfológicas, y cabe preguntar ahora: ¿cuáles han sido las causas que le han triturado y roto, y que acuse inconexiones tantas? Para responder a estas preguntas es menester señalar algunos rasgos de su "tectónica" y "orogenia". Tectónica, equivale a decir, arquitectura de las formas del

suelo, o también, estudio de sus movimientos; orogenia, es estudio de la formación de estos relieves.

Las montañas y sierras gallegas permanecieron emergidas muchísimos siglos, durante las dos primeras grandes eras geologicas, y fácilmente se concibe, que todas ellas tuvieron que experimentar una intensísima denudación que originó el arrasamiento de los relieves primitivos, achicándoles, rebajándoles y reduciendo el país al estado de penillanura.

Pero si se aprecia hoy—escribe Hernández Pacheco—que la región no está reducida por completo a tal estado, parece lógico admitir que en época muy remota debe haberse producido en el país algún fenómeno que haya dado por resultado el rejuvenecimiento de las formas montañosas, fenómeno que puede haber consistido en un movimiento de elevación en masa de la región, que se verificaría, ya muy entrada en la tercera edad geológica, movimiento que sería causa de que los cursos de agua ahondasen su cauce y que se produjera el rejuvenecimiento dicho en el régimen orográfico de la región."

Y mucho más tarde, un movimiento de conjunto en inverso sentido hizo que el macizo gallego se hundiera hacia el NW., que los valles occidentales hubieran sido invadidos por el mar convirtiéndoles en hermosas "rías", y que su costa tenga tan irregular contorno.

¿Cuáles son, pues, las formas dominantes de estas potentes masas antiquísimas, resultado de tantas fuerzas y desgastes?

Si el poeta escribió, respecto del hombre, que,

"Con la nieve de los años
los cabellos se encanecen,
pesares y desengaños
nos humillan y envejecen...,"

yo, puedo escribir, de estos relieves, que también con los años se encanecen y humillan, también se desbastan y avanzan desgastándose como los hombres, por estar incesantemente expuestos a poderosas destrucciones; la disgregación mecánica, la descomposición química y la erosión fluvial. Y esas destrucciones en este suelo abundantes, especialmente la última, contribuyen a modelar el relieve, a pulir y suavizar las formas topográficas, porque fracturan y descomponen las rocas, especialmente el granito que por su variedad de cristales, es la más particularmente atacada; hacen desaparecer las agudas crestas, rellenan los valles y gargantas con sus fragmentos, los cuales, al deslizarse por laderas in-

clinadas rellenan hoyadas y entierran y ocultan partes del suelo que fueron antes atormentados relieves; en suma, dan al país otro rasgo fisionómico. Todo en las montañas gallegas indica un origen erosivo, que tiende a convertirlas en penillanuras, como dije antes.

Así como hay una "edad" en el hombre, hay también una "edad" para las montañas; formas macizas, agudas, ásperas, son "jóvenes"; suaves, rebajadas, son "viejas". El tiempo aplana; tal es el destino de los hombres y de las montañas. Montes existen hoy que sólo tienen 200 metros de altitud, y que por formar parte de la cadena "hercyniana", alcanzaron 6.000, y para Marcel Bertrand, las montañas de Galicia son ruina de esta colosal cordillera. Y otro tanto acontece con los ríos, en función del clima, el relieve del suelo, la composición de los terrenos y el estado de la vegetación.

Por eso las montañas y sierras nuestras tienen esas formas suaves y delicadas, de contornos ondulantes y sinuosos, como de senos y caderas mujeriles, que escribió Unamuno. La frondosa cabellera de castaños, pinos, robles, olmos y cien otras castas de árboles, cubriendo aquellas redondeces y turgencias dan al paisaje un marcado "carácter femenino". ¿Cómo va a extrañar que resulte de admiración constante y sentida? En viajes de estudio, acerca de estos extremos, he recorrido gran parte de las sierras españolas, y puedo deciros, que no recuerdo cosa más igual, con la virtud de parecer más varia

Se ha dicho que entre el paisaje gallego y el vasco, hay gran parecido; a primera vista, sí; pero el paisaje vasco es más descubierto, es más hosco, más juvenil; la montaña es más empinada y el valle más profundo...

Con Asturias tiene muchas semejanzas; en su piel aparece como Galicia, vestida de galas verdes y envuelta en frescor; por eso Asturias, es también perfección de color, por su vegetación brava y espléndida; pero en sus entrañas, no es tierra tan vieja como la nuestra, ha pasado por muchos trastornos que resquebrajaron su primitiva estructura, formando las entrañas de sus riscos, sus desfiladeros profundos y sus arroyos que saltan y se despeñan.

Se admira el seto y la fuente; es lujuriosa como en Galicia la vegetación, y son como aquí, típicas sus costumbres, pero son más recios los peñascos de sus montañas y cordales.

Castilla, León, Extremadura tienen también sierras, en el seno de las cuales se esconden frescor y hermosura, pero son más serias, graves y fragosas unas, secas y desnudas otras, como si estuvieran envejecidas y tristes; y sus ríos son turbios, congelados por el poder del sol. Muy distintos a nues-

tros ríos, que son más luchadores porque se encuentran en pleno desarrollo y juventud, y a los que se les siente vivir a través de angosturas y hoces, por las vegas y riberas que atraviesan.

El río también tiene robusta personalidad; no recuerdo quién ha escrito, que el agua es la conciencia del paisaje, y claro está, que donde el agua corre abundantemente, y en Galicia corre así, porque es un centro de atracción de los meteoros acuosos reguladores y sostenedores de la humedad y de las corrientes del suelo, la tierra es otra, porque siente la vida del agua, que la da vegetación pomposa y ese bello color que tiene, liberación gloriosa para los sentidos y para el espíritu.

La planta es también reflejo de la región; como sér vivo, está en relación con el medio.

¡Qué contraste entre Castilla con vegetación de tonos apagados y sombríos, y Galicia, con jugosa vegetación y campos siempre verdes y frescos! Desde la hermosísima comarca berciana y pasadas las sombrías y agrestes encañadas de Toral y Quereño, el valle se abre para dar paso al prado verde, sonriente, cuajado de ranúnculos, apareciendo sobre el flanco de la montaña, las aldeas y la casería, colgadas como los nidos de hermosas oropéndolas.

Comienza el contraste del país, con la hermosura de los paisajes. La adelfa es aquí árbol frondoso; la camelia y el naranjo alcanzan la altura de los castaños que crecen en torno suyo, como ha escrito el venerable cantor Murguía. Narcisos y violetas que arraigan en los tejados, dan a un tiempo su perfume y sus flores delicadas.

Galicia es país de vegetación intensa; es país de árboles, y sin árbol no hay montaña; donde falta el tono del color del arbolado no hay paisaje; donde no hay árboles hay torrentes, y la desolación es lo único que se contempla. El árbol es un gran maestro y un gran poeta. Tiene el sentir práctico mucho de común con el sentimiento religioso; las plantas y las flores han sugerido a los clásicos preciosas imágenes. El paisaje, es luz; su brillantez y belleza absorben los sentidos y emocionan y alegran; las flores y los árboles son las verdaderas figuras del paisaje. ¿Por qué no afirmar, que sin él, los pueblos carecen de "tradición artística"? La perspectiva está llena de color local con tantas galas de la Naturaleza, cubiertas por su bruñido cielo, lo que ha hecho decir que "Galicia es otro de los Paraísos de la Península en casi su extensión entera."

Rosalía de Castro, el más delicado e intenso poeta origi-

nal que ha producido España, tuvo profundo sentido del ambiente y paisaje de Galicia.

Aunque pierda el singularísimo encanto de la lengua, traslado al castellano este párrafo de una de sus obras:

"Las cascadas, torrentes, floridas vegas, valles, montañas, cielos azules y serenos como los de Italia, horizontes nublados y melancólicos, aunque siempre hermosos como los más acabados de Suiza; riberas apacibles y "sereniñas", cabos tempestuosos que aterran y admiran por su gigantesca y sorda cólera... mares inmensos... ¿qué más diré? No hay pluma que pueda enumerar tanto encanto reunido. La tierra cubierta en todas las estaciones de yerbecitas y de flores; los montes llenos de pinos, robles y "salgueiros"; los suaves vientos que pasan; las fuentes y los torrentes derramándose fervorosos y cristalinos verano e invierno, ya por los risueños campos, ya en profundas y sombrías hondonadas. Galicia es siempre un jardín donde se respiran aromas puros, frescura y poesía..."

Con nerviosidad más robusta, la insigne Pardo Bazán dibuja las montañas del país, en el libro "De mi tierra"; y Valle-Inclán, hace lo mismo con fuerte originalidad, en alguna de sus obras.

"Campo desnudo...
que ni la flor ni el árbol engalana,
ceñudos al nacer de la mañana,
ceñudos al morir del breve día,

que cantó García Tasarra en admirable soneto, es forzosamente huraño. Paisaje "en donde la mano del hombre cede su puesto a la mano de Dios", que cantara la divina Rosalía, tiene un fondo de espiritualidad indefinida.

***

El relieve también responde a la distribución de los pueblos y señala la debida correspondencia entre el país físico y las costumbres de sus habitantes. Ya señala el geólogo Lapparent que el tipo, los caracteres, las costumbres, están influídos en grado considerable, por la naturaleza y disposición general del suelo.

No hay más que comparar los alegres y poblados pueblos de Levante, con la Mancha, por ejemplo, enteramente despoblada.

El páramo, con su vegetación escasa y clima rudo, ha impreso al castellano su sobriedad notoria, y quizás no es su ri-

gidez moral más que un efecto del clima y del batallar constante con el medio físico en que vive. El color pardo y, verde a remiendos, de las tierras, le priva del sentimiento del colorido, lo que refleja en sus costumbres y en su carácter. En el macizo gallego, habita un tipo étnico marcadísimo, con su habla propia, y todo el espíritu de ella, está animado del tono de sus arropados paisajes. Aquí es inalterable la correspondencia entre el país y el hombre, debiendo hacer observar, que el factor histórico ha obedecido a la disposición del relieve, así como también, la distribución de los primeros pobladores que no permanecieron extraños a la influencia del medio.

Se afirma rotundamente que las tribus célticas fueron las que dieron vida entera a Galicia, y que los habitantes actuales, tienen su origen y raiz en aquel pueblo pasado. Strabon las ha descrito en su vida pastoril y agrícola, y es natural pensar, que el cuadro de esta primitiva civilización, aumentaría con las sucesivas ocupaciones de este suelo, sobre todo, con la invasión de los romanos. Por lo tanto, hay que creer, que la primitiva vida y costumbres, decidieron de las primeras reparticiones del suelo, porque, lo mismo ayer que hoy, en casi toda Galicia, el hombre vive del "terruño", ligado a él, dominando la pequeña propiedad, por la marcada diseminación. El labriego conserva los rasgos de su raza y vive apegado a sus prácticas tradicionales.

La geología es causa de la diseminación y dió origen a que los hombres se apoderasen de las llanuras y valles, especialmente de los próximos a los ríos, que fueron fronteras de los pueblos aborígenes, y más que nada, de las "rías". No hubo aquí necesidad de ocupar los valles altos próximos a crestas y puertos, buscando la firmeza de pastos para el ganado, porque el pasto, es el manto de todo el suelo; ni tampoco se ocuparon, en concepto militar, los riscos de las altas cumbres, porque todo el suelo gallego ofrece excelentes posiciones defensivas.

De la raza gallega os hablará mañana, con exquisitez envidiable, y gusto científico también exquisito, mi distinguido amigo D. Antonio Carballeira, escritor primoroso y Canónigo en la Imperial ciudad de Toledo. Así es, que me limitaré a indicar, que las aguas cristalinas, los aires puros, las riberas fructíferas, las montañas siempre verdes, las calzadas umbrías, la vegetación mimosa... ¿cómo no han de imprimir al alma melancolía letárgica y profunda, y modificar las pasiones sin impetuosidad, engendrando la delicadeza de sentimientos, tan frescos, como el frescor del ambiente? Y así como del desierto y la estepa, salen audaces y aventureros, así del paisaje robusto, exuberante, salen otros hombres, con

otro sello, sino tan férreo y tan duro, sí más dulce, hondo y sentimental. Estas diferencias son expresión de las condiciones propias del medio. Si el suelo es duro, la disciplina es suave y se siente con intensidad. La poesía de los siglos, la poesía de la robustez, están en Toledo, en Zamora; yo las venero; la poesía de lo mimoso, de lo alegre, están en Andalucía y en Galicia; yo las amo.

El nervio de la individualidad regional, está reflejado también en el idioma. El idioma gallego, es el colorido del país gallego. Para conocer el carácter de la raza, con sus rasgos fisonómicos y singular psicología, hay que acudir a las fuentes literarias, exhumando las letras clásicas, donde han quedado encarnados, el donaire y la gracia, la perdurable lozanía de color y fertilidad, la dulzura expresiva y la encantadora sencillez.

El estudio de las "Cántigas gallegas" es tan irrecusable testimonio de que el idioma y poesía gallegos representan una cultura tan literaria y filológica, que en ellas están grabadas ideas y sentimientos tradicionales de un espíritu que hoy persiste, después de tantos siglos. El primitivo lirismo, tiene hondas raíces en la lengua y canciones gallegas, y es la clave, como escribió Menéndez Pelayo, para la determinación de la lírica castellana. La primitiva poesía lírica ¡hecho curioso! de Castilla, se escribió en gallego antes de escribirse en castellano, y coexistió por siglo y medio con el empleo del castellano en todas las manifestaciones de la prosa, a tal extremo, como aquel sabio hizo observar, que pareció que iba a dar a nuestra raza, el predominio y hegemonía sobre las demás partes de la Península.

Y así como todo el espíritu que se infiltra en la rica literatura castellana, todo el fervor que inspiran las profundas obras de místicos como Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, parecen estar animados de la severidad y sencillez del tono del paisaje de Castilla, así también, las cántigas del país gallego, están como el paisaje, llenas de ternura y de sentimiento, y la lengua, con su dulzura y poesía, parece que fué originada para cantar las hermosuras de la tierra y sus costumbres patriarcales, formada para consolar en las tristezas; y hecha para servir de esperanza en las nostalgias producidas por la ausencia de la tierra que nos vió nacer.

La música, inseparable compañera de la poesía, con el canto y el baile, tiene el encanto y la suavidad del paisaje; gran delicadeza y originalidad en Galicia y Asturias; ritmo marcadamente bravo en las Provincias Vascongadas; sentimentalismo y flexibilidad, en Andalucía; en la Meseta central, la rudeza del clima y el silencio de la llanura, no son las

mejores inspiradas para engendrar un canto popular hondo, ni una poesía campesina, soñadora y profundamente lírica. No se puede sentir intensamente, ni cantar con valentía que sacuda y enternezca, cuando el campo es triste y aplana el sol, y la vida es resignada. Para sentir la poesía y la música, es menester vivir plagados de emoción, de alegría y de espiritualidad; es menester vivir entre flores y entre mujeres que a flores se parezcan como las de Galicia.

¿Cuál es el sello de nuestros monumentos?

El gran apego que Galicia conservó al estilo románico-bizantino ¿qué duda cabe que precisa para explicarle, el sello de su individualidad regional, como expresión del país y del clima?

A los fuertes "castros" asentados en aislados cerros o en ventajosas posiciones, fuertes como las formas topográficas de su suelo, y fuertes como los hombres belicosos de Galicia, sucedieron, desde los siglos posteriores al XII, las construcciones de gusto y estilo románicos; las fortalezas medioevales y los formidables castillos, representantes de fuerza y de poder, como las rocas, representantes de dureza.

El estilo románico-bizantino, es sólido y sencillo; imponente por la severidad de sus líneas y repartición de sus masas; como la sencillez y severidad de sus montañas y sierras, desgastadas, pulidas y rebajadas. Los monumentos de Castilla, por otros apegos e influencias, son más esbeltos, más ligeros y delicados, elevan y seducen, son de más esplendorosa belleza, constituyen un poema, un delirio escultural.

Los nuestros, son más robustos, más fuertes, más bravos, como propios para la nebulosidad de su suelo, como adecuados a la vida y al silencio de siglos más viejos, más misteriosos; los monumentos castellanos, son más atrevidos y elegantes, como más jóvenes, y como más propios de la luminosidad de su cielo. Y así como los primeros reflejan el naturalismo, que tan perfectamente encaja en los pueblos del Norte, los segundos reflejan la fantasía, que tanto se amolda a los pueblos situados al Sur de la "orla cantábrica". Si el arte de la Edad Media en Galicia apenas salió del estilo románico, aunque del arte arábigo y ojival no carece en absoluto, fué debido a su alejamiento de donde los árabes tuvieron su larga dominación, y a la escasa influencia, en este aspecto, de los grandes jubileos que marchaban a Compostela.

✦ ⌗ ✦

Galicia tiene "realidad"; la acusa enérgicamente la estrecha correspondencia entre los variados elementos que he examinado.

El sucinto estudio de su estructura y composición hechos, dice que tiene una característica fisonomía que la individualiza y distingue con marcada personalidad de otras regiones, por los materiales geográficos y geológicos que la forman, conjunto de caracteres físicos, climatológicos y agrológicos, unidad histórica, y substancia en su alma y en su espíritu, por sus creencias, sentimientos, aspiraciones y una tradición poderosa y fuerte, originada por el carácter de su raza que tiende a agruparse por su maravillosa potencia de "asociación", que produce indiscutiblemente adición de potencia vital y multiplicación de esta potencia, toda vez que es expresión de un espíritu regional trasmitido de generación en generación, y afianzado por el concurso de los siglos. Esta región, con esas modalidades inconfundibles, ha amasado un todo social, que es, el "pueblo gallego".

Pero, así como el granito tiene amasados unos a otros sus componentes con fuerza de cohesión vigorosa, los de Galicia no están disgregados de las rocas que les unen con las de más allá; unas y otras están abrazadas por una misma resultante; la formación de todas obedeció a idénticos pormenores; todas se dislocaron por el mismo colosal impulso; la misma mano de la Providencia las moldeó, al extremo, que no las vemos, ni aisladas, ni separadas. Las montañas y sierras gallegas arrumbadas hacia el Occidente, son el último brazo de España, que late como late Galicia, según lo ha demostrado a lo largo de su Historia.

Suprimid, decía un elocuentísimo orador, la parte que Galicia toma en la Reconquista que brotó un día en la famosa gruta del Auseva, y que se tiñe de sangre con Sisenando, que muere en la batalla de Fornelos para salvarnos de la invasión normanda; a Gelmírez, uno de los más grandes estadistas de la Edad Media, que en el siglo XII forma la escuadra para atacar por el mar a los sarracenos, y que sirve de base a la que un siglo después dirige Bonifaz, para la conquista de Sevilla; a Pedro Suárez de Deza, que acaudilla el ejército gallego que rinde a Santarem; suprimid a Alfonso VII, pupilo del Conde de Traba, D. Pedro Froilaz, conquistador de Almería, y a D. Fernando Freire de Andrade, émulo del Gran Capitán en Italia, y sin los gloriosos aventureros e intrépidos campesinos que midieron el Océano con su audacia y contemplaron sus olas enfurecidas para llegar a América, y... sin la gloriosa región agrupada alrededor del Apóstol Santiago, queda desgarrada y mutilada la Historia de España.

No penséis que recuerdo esto, pretendiendo la resurrección y evocación, como militar que soy, de glorias que van anexas al imperio y supremacía del militarismo. Canto a mi "Pequeña Patria", y cantándola, canto a España, para que no pueda extinguirse en esta tierra, la llama de la Patria. Pero pudiera recordaros que nuestras últimas llamaradas de grandeza en el pasado siglo, flamearon en el vencedor de Bailén; en el General Espartero, caudillo ilustre de la libertad; en el enérgico Narváez; en el Duque de Tetuán; en el heroico y temerario Prin, y en el bravo Méndez Núñez, con su gesto del Callao. Las glorias, y las venturas, y las abnegaciones, y los heroísmos de los pueblos, no se conciben sin el culto a la Patria.

En el corazón de los gallegos, quedan santos amores y soplos hermosos; el soplo del amor, en el alma de la mujer, que es también, como el paisaje, de carnación bien trabada, con tupida prenda de belleza, como las hojas y flores de la espesura, y con ojos a los que asoma la melancolía secular de este pueblo viejo, y el santo amor de la Patria, en el alma de todos los gallegos.

Este privilegiado rincón de España puede ser causa de un resurgimiento general.

¿Cómo? Con voluntad por parte de todos; fortaleciendo en la noble y hermosa Galicia, los sentimientos del amor, de la fe y de la Patria, a los cuales debe, a través de los siglos, su singularísima fisonomía, no obstante, la influencia secular de romanos, la impuesta por la monarquía visigótica, la de la Reconquista y otros hechos. Ninguna de esas conmociones ha podido romper el sello espiritual que nos distingue, ni los sentimientos que nos enorgullecen, y sin los cuales, no se concibe el progreso y engrandecimiento de los pueblos. El pueblo que confía en el porvenir tiene todas las probabilidades para prosperar, y Galicia quiere ser la primera en trabajar, con energía y fuerza, por su engrandecimiento y el engrandecimiento de la PATRIA.

GALICIA: SU RAZA

Y SU GENIO

CONFERENCIA LEIDA EN LA

REUNION R. E I. DE ARTESANOS

EN 31 DE ENERO DE 1918

POR

ANTONIO LÓPEZ CARBALLEIRA

Canónigo de la S. I. Primada de Toledo; publicista.

LA CORUÑA

Señoras y Señores:

La guerra europea señala una nueva época en la historia mundial; y es justo que, a partir de este momento, trate cada pueblo de estudiar y definir cuál ha de ser la dirección de su vida para lo porvenir. Se avecina un nuevo orden de cosas; y en él entrará por completo desconcertado quien no haga previo examen de conciencia y se dé cuenta de la orientación que le marque la realidad para desarrollar su ser y avanzar hacia la conquista de sus destinos.

Galicia debe hacer también su examen de conciencia; y en este empeño afirmativo y regenerador deben ayudarla y servirle de guías todos cuantos sienten amor sincero por el país de su naturaleza, cada cual en la medida de sus fuerzas y dentro de la esfera de sus peculiares conocimientos y actividad. De la suma de estas diversas contribuciones brotará el concepto que será norma directiva de toda la potencialidad de nuestro pueblo.

Es hora, pues, de publicar y difundir trabajos y estudios sobre todos los aspectos del problema gallego, económico, industrial, comercial, agrario, ferroviario, emigratorio, social, político, administrativo, docente, histórico, filológico, artístico, intelectual... Lo que hicieron Macías Picavea, Joaquín Costa y Angel Ganivet, con respecto al problema español, después de 1898, eso debiera hacerse hoy entre nosotros, y después de la revisión de valores, podría señalarse la senda de progreso.

Yo no voy a ocuparme de ninguno de estos parciales aspectos. En consonancia con mi manera de ser y de ver las cosas, sólo trato de exponer algunos ligeros apuntes sobre lo que podemos llamar el espíritu de nuestra raza.

Elemento fundamental, que es el primero que ha de tenerse en cuenta y a que han de referirse todas las otras direcciones. Como los individuos, tienen los pueblos su propio es-

píritu específico, que hay que educar y cultivar, con regímenes determinados.

En un individuo, para llegar a descubrir su espíritu, primero nos fijamos en su apariencia enferma, luego observamos sus caracteres hereditarios y así venimos en conocimiento de las intimidades de su conciencia, de su originalidad y aun podemos rastrear el secreto de su evolución. Sigamos, pues, idéntico proceso con los pueblos. Notemos ciertos datos exteriores, empezando por los geográficos rudimentarios, de Galicia; traigamos sucintamente a la memoria su herencia étnica y penetraremos un tanto en su recóndita psicología. Las consecuencias serán trascendentales, claras y seguras, en cuanto es posible. ¿No es acaso desde las alturas, aunque se atenúe la intensidad de detalles, desde donde se abarcan las grandes perspectivas de conjunto?

Por algo Dios otorgó al hombre, como don precioso, el amor a las cumbres. Desgraciado el que no las ama.

GALICIA Y SU SUELO

Aunque se me tache de tomar las cosas "gémino ab ovo", quiero condensar, ante todo, unas sucintas nociones geogénicas, que me han parecido curiosas y no dejan de tener interés para el estudio de nuestra región y servir de base para numerosas observaciones ulteriores en el asunto que me propongo exponer.

Las tomo de los notables escritos de D. Federico Botella, en su obra "Mapa geológico de España y Portugal" y del General Arroquia en la titulada "El terreno, los hombres y las armas en la guerra". Estos autores nos hacen asistir imaginariamente, según datos científicos, a la formación primordial del territorio gallego; al momento solemne en que del fondo de los mares, que se suponen cubriendo por completo todo el globo, emerge la porción de tierra, que había de llamarse Galicia.

Ved qué maravilloso fenómeno nos describen.

"En la época paleozoica, sobre la vasta extensión de los mares, ya aparecía un grande archipiélago formado de numerosas islas de escasa elevación pero que ponían al descubierto las comarcas galaicas, parte de la Lusitania, de la Vetonia, de la Carpetania y de la Bética, dibujando los primeros lineamentos de las cordilleras que habían de cruzar el suelo de la Península. Hacia el Norte otros pequeños islotes marcaban otras tantas crestas de los venideros montes cantábricos y varios asomos, de mayor extensión, señalaban el Pirineo y los costeros de Cataluña."

"El principal islote granítico, cuna y principio del continente que debía ser nuestra España, extendíase del Noroeste, desde el cabo Ortegal, La Coruña, cabos Toriñana y Finisterre, Pontevedra, Braga y Coimbra, para dirigirse luego por junto a Coria y Ciudad-Rodrigo, volviendo por Orense y Lugo a juntarse con su punto de partida. Recortadas sus costas en multitud de golfos y de pequeñas ensenadas asemejábanse a los numerosos "fiordos" o "fardos" (como dicen los gallegos), que nos presenta actualmente la península escandinava, de igual naturaleza e idéntico origen. Junto al continente galaico-lusitano seguía otra isla de alguna mayor extensión que comprendía Avila, Segovia, Béjar y Toledo, con las sierras de Gredos y Guadarrama. Más al medio otros pequeños islotes."

De modo que las rocas hipogénicas de granito brotaron en surgimiento colosal en Galicia, prolongándose hacia el Sur a través de los ríos Miño, Duero, Tajo y Guadiana, y limitando casi en su totalidad la antigua región galaico-lusitana. De este gran centro aparecían dependientes o en relación con él las otras masas enormes de la misma especie que constituyeron en su totalidad, las demás sierras y cordilleras, esqueleto sobre el cual se fué formando después el suelo peninsular. Con menor potencia surgían los Pirineos en Oriente.

Este surgimiento granítico principal, foco poderoso de acción en las costas occidentales, acaso en relación con la desaparecida Atlántida, hizo surgir del fondo de los mares la mayor parte del promontorio ibérico.

"Sólo observando las condiciones geológicas especiales, afirma Arroquia, puede formarse idea del áspero territorio galaico-portugués y darse cuenta de su fuerte y dilatada frontera (que no es ficticia, sino real y efectiva), causa eficiente de la permanencia de desmembración de parte de esas preciosas comarcas de la patria común, constituyendo una nación."

En las faldas de esta terrible erupción granítica se apoyan las bandas de los otros terrenos peninsulares.

"Es singular que si dividimos de Norte a Sur la Península por una línea teórica, que pase por el meridiano de Madrid, ofrece el fenómeno geológico, de que la mitad al Este, hacia el Mediterráneo, presenta con creces todos los terrenos que comprende la escala científica de las formaciones terrestres; mientras la otra mitad del Oeste, o sea del Océano, sólo abraza la de los eruptivos y primarios, resultando completamente desnuda de los restantes.

¿No es curioso ver indicadas por la geogenia rudimentaria, la condición singular de nuestro suelo, respecto al resto

de la Península, de que es principio y cuna, la existencia evidente de dos Españas, de dos partes bien distintas del territorio peninsular, la atlántica y la mediterránea?

GALICIA Y SU RAZA

Veamos brevemente, para establecer sólido fundamento a la clasificación de las razas en la Península, los datos que nos proporciona la parte de la antropología, que se ocupa en el estudio de los cráneos y sus formas, clave para descifrar oscuros enigmas.

Don Federico de Olóriz, en su curiosa monografía sobre la "Distribución geográfica del índice cefálico en España", nos da luminosas conclusiones.

Siendo dicho índice el cociente del diámetro trasversal máximo del cráneo, multiplicado por cien y dividido por su diámetro máximo longitudinal, como es sabido, considera como "dolicocéfalos" (cráneo alargado) aquellos cuyo índice es menor que 75; como "mesaticéfalos" (cráneo intermedio), los que lo tienen entre 75 y 80; y como "braquicéfalos" (cráneo ensanchado), los que lo ofrecen superior a 80.

Pues bien: las provincias españolas de índice más alto son Lugo y Oviedo; las de índice más bajo se hallan en el extremo diagonalmente opuesto, hacia Alicante. En Madrid, la mitad son "mesaticéfalos".

El "dolicocéfalo" es el elemento más constante y uniforme por el territorio español; el "braquicéfalo", elemento secundario y variable en su influencia.

"El elemento relativamente "braquicéfalo", de filiación céltica es el hoy dominante en Galicia. En general se observa que la cabeza se alarga yendo hacia el centro de la Península. El pueblo español es de los más dolicocéfalos" de Europa."

Y es que en casi toda España los elementos primitivos fueron orientales, de cabeza larga; los celtas, bien definidos antropológicamente, sobrevinieron después, entrando por los Pirineos occidentales y ocuparon principalmente las regiones del Noroeste, donde predomina la cabeza redonda, y se ramificaron por el Centro, entre el Tajo y Guadiana y por el Suroeste, donde halla aún la craneología vestigios claros de su existencia, mezclándose con los primeros elementos étnicos del país.

Es, pues, curioso observar que también en cuanto a la distribución del índice se señalan las dos Españas bien claramente. Si partimos del sistema orográfico llamado ibérico, centro de la "dolicocefalia", advertimos que el índice aumenta en la población de las montañas, marchando hacia el Océa-

no y disminuye en dirección al Mediterráneo. El índice medio es más elevado en la parte atlántica que en la mediterránea.

Bien claro está que de este ángulo Noroeste irradió el celtismo por la Península, sobre todo por la porción atlántica, pero que siendo inferior en número a la anterior población ibérica, esparcida en la casi totalidad de España, no modificó el resto en su conjunto, donde siguieron predominando las otras razas venidas probablemente del Africa y que tampoco pudieron sufrir alteración con posteriores invasiones, pues fueron, como la árabe, de gentes de cráneo prolongado, por lo general.

Los demás caracteres del tipo celta los resume bien Topinard en su "Antropología", al describir el tipo auvernés, muy semejante al gallego: "No son tan altos como los belgas y otros galos del Norte; sus cabellos son negros o castaño-oscuros; sus ojos, grises o verdosos, es decir, de tintes medios; su braquicefalia, por término medio de 84; su capacidad craneana es mucho mayor que la de los parisienses; su frente es ancha y abultada, por más que el cráneo anterior sea, respecto del posterior, menos desarrollado que en esos últimos; su occipucio, aunque bien redondeado, cae recto; sus arcos superciliares están muy desarrollados; sus arcos cigomáticos son de los más ocultos que se conocen, de lo cual resulta que muchos de ellos tienen un ángulo parietal negativo; su rostro es ancho y armónicamente proporcionado con el cráneo y son leptominos y ortognatos; la cara parece manifiestamente aplanada y de forma rectangular en el individuo vivo; los pómulos, a veces, fuertes y separados y la mandíbula inferior cuadrada. La nariz de dorso cóncavo y de punta arremangada, es poco saliente y está como aplastada en una depresión del medio de la cara. En su conjunto la cabeza es gruesa y plantada en un cuello relativamente estrecho, sobre el cual sobresalen mucho los ángulos de la mandíbula. Son robustos, de musculatura recia y membrudos."

GALICIA Y SU ZONA

Un gallego debe saber, ante todo, qué territorio abarca su país; cuál es la porción del planeta que ha de considerar como su patria y a la que ha de extender su amor de hijo; cuál es el solar de su prosapia y de su familia más allegada de hermanos. La tierra debe prestar base a la homogeneidad de un grupo de gentes entre las que se advierte el llamado "aire de familia".

El territorio gallego, situado al Noroeste de la Península

ibérica, está constituído geológicamente por rocas graníticas y forma como el núcleo de los demás terrenos graníticos y primarios, que caracterizan la porción peninsular, que da sobre el Atlántico, diferenciada del resto.

Abarca nuestro territorio la región española, que hoy se llama Galicia y la parte Norte de Portugal, continuación de ella, hasta el río Duero. Los romanos la dividían en dos provincias casi iguales, una al Norte y otra al Sur; "lucenses" y "bracarenses". La división política actual, por la que dos terceras partes del territorio gallego pertenecen a España y una a Portugal, no puede ser más arbitraria.

Forma Galicia el vértice de ese ángulo, Noroeste peninsular, y son regiones afines y como prolongaciones de ella, por el Norte, Asturias y Cantabria, hasta Vizcaya; hacia el centro, gran parte de León, hasta el Esla; por el Oeste, las provincias portuguesas desde el Duero.

Galicia es, pues, como el núcleo geológico y geográfico de toda la zona atlántica de la Península.

También es núcleo etnográfico.

Galicia, por su confinamiento al extremo de esa zona, conserva más puros los caracteres de la raza céltica, que fué la que se extendió por todas esas regiones que he citado, desde los tiempos más remotos, formando el fondo básico de la constitución de esos pueblos. A medida que nos alejamos de Galicia el celtismo se va adulterando y desvaneciendo gradualmente, por haberlo modificado diversas influencias históricas. Galicia en su aislamiento secular no estuvo sometida o lo estuvo menos intensamente a tales influencias.

Así tenemos una idea exacta de lo que es Galicia dentro de esa zona atlántica de la Península ibérica.

Una porción de tierra, con la mitad de su perímetro bañada por el Océano, de aspecto montuoso, abundante en aguas, revestida del verdor de sus prados y de sus bosques, que es como el núcleo geológico, geográfico y étnico de la porción peninsular que da sobre el Atlántico y donde habita un pueblo homogéneo, con ciertos caracteres primitivos y bien diferenciado de cuantos le rodean y forman sus prolongaciones.

GALICIA Y ESPAÑA

Dice Eliseo Reclús en su célebre Geografía (Nouvelle Géographie Universelle, tom. 1.º, cap. 10, "L'Espagne"), que "esa parte atlántica y sobre todo su núcleo, Asturias, Galicia, Beira es aún perfectamente europea, por su clima, la abundancia de aguas, la naturaleza de vegetación; ciertas coincidencias de la flora entre estas regiones y las islas bri-

tánicas—añade—han inducido a sospechar si en una época anterior del planeta, la Península de Iberia se extendía hasta la prolongación del Noroeste de Europa."

El resto de la Península, según el mismo autor, tiene caracteres africanos; "por algo se dice de antiguo y con mucha justicia que el Africa comienza en los Pirineos. La Península parece una reproducción en miniatura del Africa. Pero la España verdaderamente africana no empieza sino en las llanuras sin árboles del interior y sobre todo en el litoral mediterráneo. Allí se halla la zona de transición entre los dos continentes. Por su aspecto general, su flora, su fauna y sus mismas poblaciones, esta parte de España pertenece a la zona intermedia, que comprende todas las regiones berberiscas, hasta el desierto de Sahara. La Sierra Nevada y el Atlas, que se divisan de un continente a otro, son montañas hermanas. El Estrecho, que las separa, no es sino un accidente sin importancia en el organismo del planeta."

La transición, pues, de la región Noroeste al resto de la Península, es la de un continente a otro. Están más divididos que si entre ellos mediara el Estrecho. Es el tránsito brusco de Europa a Africa. Tal realmente se aprecia al hacer el viaje.

Y la división étnica no es menos marcada. Desde los tiempos primitivos se distinguió perfectamente la parte céltica de la parte ibérica, la una extendida por el Noroeste, la otra por el Sudoeste de la Península y fundidas ambas en el centro, en la llamada Celtiberia.

En la invasión de los bárbaros, los suevos, también de ascendencia céltica, arraigaron en la parte atlántica y allí fundaron su reino independiente, que persistió largo tiempo, por contraposición al de los godos, que dominaron el centro.

Más tarde, fué cabalmente el rincón Noroeste el que menos sintió la dominación musulmana, que pesó largos siglos sobre casi toda la Península y modificó profundamente su carácter. Galicia y los países limítrofes no absorbieron, como los otros, en gran proporción, múltiples elementos de los pueblos mahometanos.

Así, pues, Galicia en particular y la zona Noroeste en general se diferencian del resto de la Península española fundamentalmente, por sus caracteres territoriales, por la constitución de sus razas, por las superposiciones históricas. En todo tiempo se han acusado esas diferencias. Aquéllas siempre han conservado el carácter europeo; mientras el resto de España no sólo por su aspecto físico, sino también por su población, tendió a hacerse prolongación de los países africanos, como lo indican rasgos inconfundibles.

La zona céltica aportó valiosísimos elementos a la unidad

peninsular y contribuyó poderosamente a crear y afianzar su grandeza; ninguna ventaja obtuvo, en cambio; antes ha sido siempre la más preferida y menospreciada.

Nos importa mucho dejar bien marcadas estas diferencias, que llegan a ser antitéticas, entre el carácter que podemos llamar español, por dominar en la Península, tal cual lo ven los de fuera, y el carácter de la porción celta y en particular gallega, que estudiamos.

Y al entenderlo así, no creáis que trato de ahondar diferencias intencionadamente, con fines mezquinos, que no entran en mi manera de ser seria y desapasionada. Trato sólo de consignar hechos, cuyo conocimiento y divulgación pueden ser muy útiles y vitales, no sólo para los gallegos, a quienes me dirijo, para alentarles a vivir su propia vida, y no permitir su absorción en otra vida ajena; sino también para la nación a quien hoy estamos políticamente sometidos, la cual debe tener muy en cuenta para un adecuado gobierno esta sustancial diversidad que separa del resto la región atlántica.

Si geológicamente se marca tal antítesis entre la primitiva porción de rocas graníticas o de su grupo y la formada por los demás terrenos posteriores; geográficamente en que el clima, la fauna y la flora aquí es europea, en el resto africana; étnicamente, en que ésta es región habitada por arios, el resto fué constituído por afro-semitas; históricamente, en que aquí se desarrollaron los celto-suevos, en lo restante los ibero-árabes; nó podía menos de suceder que psicológicamente fuesen también ambas porciones tan antitéticas, como salta a la vista. ¿Qué tiene el carácter gallego de común con el español? Si hemos llegado a ser un tipo tan extraño en toda España, como si fuésemos forasteros? Si el pueblo español, al no comprendernos, al no podernos reconocer como hermanos, nos ha creído una casta inferior y, en ocasiones, nos ha despreciado en su africano orgullo y en su necia incomprensión?

El carácter español ha sido trazado magistralmente por Fouillée. "La España semi-africana, con su carácter romántico y caballeresco, su idealismo nebuloso y con demasiada frecuencia extraño a las cosas positivas, su inflexibilidad altanera y su falta de condescendencia, su indomable obstinación, su insociabilidad, voluntad áspera, dura y cruel..." Castilla, comparada "a una vasta fortaleza cuyas almenas llegan al cielo..." Donde se suceden "nueve meses de invierno y tres de infierno". En medio de su sequedad vive una raza seca también. "El español presenta hasta en su carácter algo áspero como el viento de sus sierras, duro como su suelo, abrasador como su sol." Su raza es "mezcla de la raza mediterránea, de cráneo alargado y de algunas tribus negras de Africa". Re-

presentantes de los iberos más puros y bereberes son los vascos. Y acaso los catalanes lo son de los fenicios, también de cráneo alargado. "Los antiguos oponen sin cesar al ibero, amigo de la soledad, y al celta, amante de la familiaridad, que vive en sociedad". Los iberos estaban divididos en pequeñas tribus montaraces; no se enlazaban ni aun entre sí, pues su orgullo, dice Estrabón, les inspiraba confianza excesiva en sus propias fuerzas. No tenían la rápida simpatía ni la necesidad de compañía de los galos. Su aspecto mismo, sus vestiduras negras, contrastaban con los vestidos brillantes y abigarrados de los galos. Por eso "Francia no presenta ninguna semejanza étnica con España, salvo una paqueña parte de sus mediterráneos y vascos". Desde el punto de vista étnico los españoles se asemejaban mucho a los moros. "No han recibido elementos célticos y germánicos bastantes para tener dulzura en la masa de la sangre." "Han permanecido africanos; su insensibilidad que experimentaron los indios conquistados, llegó con frecuencia a la crueldad fría y a la ferocidad. Los pintores se complacen en representar suplicios. No hablemos de las corridas de toros, baldón de un pueblo. Le faltan los rasgos de humanidad, que excitan más particularmente la simpatía. En religión, más que de espíritu interior, es apegado a exterioridades y formalista.

¡Qué enorme abismo separa este tipo del tipo galo-celta en general y del gallego en particular, que es flexible, reflexivo, afable con los demás, dotado de sentimiento y ternura, altamente sociable, de espíritu amplio y tolerante, laborioso, condescendiente, comprensivo, sereno y humanitario. Su religión podría establecerse curiosa antítesis entre San Ignacio de Loyola y nuestro Prisciliano.

GALICIA Y PORTUGAL

Desde el Duero, al Sur de Galicia, se extendía la antigua Lusitania, cuyos límites variaron mucho en el decurso de los tiempos, llegando a penetrar hasta el centro de la Península, hasta Avila. Al separarse Portugal—que derivó su nombre de la ciudad gallega de Oporto, "Portus Cale"—del resto de España, se constituyó con la región lusitana, en sus límites estrictos; con una porción, la tercera parte, del territorio gallego, hacia el Norte y con los ensanchamientos hacia el Sur que se lograban por el esfuerzo de las armas cristianas contra los sarracenos. Es decir, que en sus límites actuales vino a integrarse por gran parte de los territorios que ya de antiguo pertenecían a la zona céltica o parte atlántica en esa dirección.

Pero el Sur de Portugal, sometido también largo tiempo

al yugo musulmán, se africanizó con la invasión. Y más tarde, cuando lucieron las edades áureas para el reino vecino, y sus navegantes y conquistadores establecieron colonias por todo el mundo, la influencia y mezcla de razas extrañas de tal manera modificó el tipo antiguo en casi todo el país, que éste vino a presentar caracteres étnicos especiales.

Con todo, es bien sensible la diferencia entre el Portugal del Norte y el Portugal del mediodía. Cuanto más cercanas a Galicia, más caracteres primitivos conservan sus provincias.

Dice el citado Eliseo Reclús (cap. XI—"Portugal"), que Portugal se separó de España con sus naturales límites geográficos, como se separa un cristal de nítidas aristas de la masa en que se forma.

Así, dice, "la parte viviente, activa del gran cuerpo ibérico se desgajó de la pesada masa de España, demasiado lenta para seguirla en su movimiento."

Estas gráficas palabras de Reclús encierran profunda observación. Pero admiten algunos reparos.

No se puede contraponer Portugal a España, en absoluto, como la parte activa y viva de la Península a la parte muerta y pesada. Puesto que Portugal tiene su porción meridional tan semejante a la porción meridional de España. Y España tiene su Noroeste tan análogo al Norte de Portugal. La idea de Reclús se entrevé, pero no está expresada con exactitud. Quiere decir que en la Península hay una parte viva, europea, y una parte muerta, africana. Pero la parte europea no es hoy todo, ni es sólo Portugal. El mismo nos aseguraba en el otro pasaje, que "el litoral oceánico, Asturias, Galicia, Beira, es perfectamente europeo" y así vemos que lo es en todos sentidos. El elemento europeo portugués se deriva hoy del Norte e imprime movimiento a toda la nación, porque no lo neutraliza ni sobrepuja la parte muerta y pesada, como él dice.

La aserción de este ilustre escritor sería exacta, si Portugal se hubiese desgajado de España, abarcando algunas regiones españolas, las demás que integran la parte atlántica, Galicia, Asturias y Cantabria y parte de León hasta el Esla, es decir, las separadas por una línea teórica trazada de Lisboa a Santander. Así podría contraponerse esta parte europea, hoy viva, a la africana, hoy muerta.

No me extraña que el mismo Portugal así lo haya comprendido. En la "Revista técnica de Infantería y Caballería", dijo el general Arroquia en unos artículos famosos, que había militares portugueses que acariciaban la idea de la anexión de toda Galicia y demás territorio español hasta el Esla

y Santander, para completar su nacionalidad. Y, en verdad, podrían ceder toda su parte meridional a cambio de esto.

La separación de Portugal confirma que hay razones para la división; pero ésta se ha hecho mal. Galicia da a la nación vecina su parte septentrional, gran venero de vida europea.

Este mismo general Arroquia, al afirmar, como he dicho, que la frontera portuguesa es real y efectiva, no ficticia, añadía que, no obstante, la existencia de esa nación "es anómala en los tiempos presentes, unida como se halla geológicamente por las llanuras del Alentejo y de la Extremadura baja al resto de la Península."

Estas palabras confirman lo que he indicado: que la división geográfica es natural hasta pasado el Tajo, después de los confines de Beira; el Alentejo y Algarves tienen ya conexión con el resto del territorio peninsular, al que es análogo por sus dilatadas llanuras.

Y confirman también la división de las dos porciones tan distintas del Portugal del Norte y Portugal del Sur, que podemos considerar divididas por el mismo río Tajo. El primero constituye la parte más europea; el segundo la más africana. Y tal diferencia se refleja en los caracteres de la población. Oporto, la capital del Norte, es la que sintetiza el elemento europeo. Lisboa representa la fusión de ambas y la unidad del actual territorio.

Y por esto, si teóricamente quisiéramos aislar toda la zona homogénea de origen céltico en la Península, le señalaríamos como frontera austral el Tajo y las demás fronteras de Portugal hacia el Norte, y Galicia de hoy, siguiendo luego por la cordillera cantábrica, hasta Vizcaya.

Si la división se hubiera hecho con sentido de la realidad, hoy sería ésta la porción aislada y la historia de ambos pueblos se hubiera desarrollado de muy distinta manera. Desde luego no habría en ambas naciones el dualismo que hoy existe, tan perjudicial para la verdadera unificación y que es origen de tantos conflictos interiores.

En este caso habría tal vez que desplazar la capitalidad de toda esta zona cántabro-galaico-lusitana unificada y habría de colocarse en Galicia; bien hacia las rías bajas o cerca de ellas, elevando a tal categoría, por ejemplo, a Santiago, por su augusta tradición histórica; bien en este ángulo de las rías altas, acaso acertadamente en La Coruña, como punto central a donde convergerían todas las direcciones de la zona, extendidas a uno y otro lado en sentido angular. Tres serían las regiones: Lusitania, Galicia y Cantabria.

GALICIA Y EUROPA

La región Noroeste es, pues, la más europea y la más puramente céltica de la Península. Está, por tanto, emparentada con todos los pueblos célticos de Europa.

No sabemos aún a punto fijo dónde colocar los orígenes de los pueblos arios. Acaso procedían de las riberas del mar Caspio, de donde asimismo tal vez se desgajaron los núcleos primarios de las otras familias y razas humanas. Lo único que sabemos es que se extendieron hacia Oriente por la Persia y por la India y hacia Occidente, por casi toda Europa. De este tronco étnico indo-europeo es opinión corriente que brotaron, como ramas, eslavos y germanos, que ocuparon el Norte de Europa; helenos y latinos, que se corrieron hacia el Sur, y, finalmente, los celtas que siguieron la zona central, desviándose a veces ya hacia el septentrión, ya hacia el mediodía en grandes invasiones.

El pueblo céltico formó, pues, como la columna vertebral del continente europeo. La ruta que siguió en su gran peregrinación de Oriente a Occidente, parece se puede marcar por el Sur de Rusia—riberas del mar Negro—, y luego por todo el centro europeo hasta el Atlántico, donde, al cortarle el paso el gran Océano, se desvió en dos direcciones hacia el Norte y hacia el Sur, ocupando las costas occidentales del continente en toda su extensión.

Una serie de nombres de idéntico origen lingüístico, que conservan distintas regiones de Europa, parecen marcar la ruta de esa raza evidentemente: Galacia (Asia Menor); Galitzia (Austria); San Gall (Suiza); Galias (Francia); Walonia (Países Bajos); Gales y Cornwalles (Inglaterra); Caledonia (Escocia); Galicia (España) y Portugal.

Así se encuentra aún hoy el tipo céltico mezclado en grandes proporciones con la población del Sur de Rusia y de Alemania, del Norte de Austria e Italia, de Suiza y Bélgica, y sobre todo de Francia, cuya base étnica constituyó. Pero alcanza su máximo grado de pureza en toda esa gran faja de las costas occidentales, a causa de su secular aislamiento de los otros pueblos: Escocia, Irlanda, Gales, Bretaña francesa, Galicia, Portugal, que fueron como los últimos refugios donde esa raza pudo conservar más íntegros sus elementos a través de las vicisitudes históricas.

Presenta la raza céltica rasgos misteriosos. Ama con predilección las montañas pobladas de árboles y los valles cubiertos de verdor; los países húmedos y nebulosos; la abundancia de aguas ya fluyendo en corrientes caudalosas, ya

dormidas en la placidez de lagos y ríos, busca los climas templados, ni muy fríos, ni muy ardorosos. Apenas hay barruntos de que llegase a establecer imperios organizados, ni a circunscribirse a determinadas regiones con carácter exclusivo. Convivió y se fundió, en general, con los pueblos circundantes, que han sido todos los europeos, comunicándoles sus bien salientes cualidades, manifiestas donde llegó a predominar. Fué fecundísima y lo es y derramó su vida por toda Europa con inexhausta abundancia. Entre los dolicocéfalos rubios del Norte y los dolicocéfalos morenos del mediodía, el tipo celta es braquicéfalo, de cráneo ensanchado. Reune caracteres intermedios entre los septentrionales y meridionales.

Pues a esta raza misteriosa, callada, pacífica, reflexiva, soñadora, naturalista, viajera, sencilla, igualitaria, pertenece la población gallega fundamental, y Galicia, como situada en esas costas atlánticas donde sus restos perseveran más puros, es aún hoy como Escocia, como Irlanda, como Bretaña, uno de los países más genuinamente célticos.

Tal es su ejecutoria y tal su abolengo y sus afinidades con los pueblos centro-europeos.

GALICIA Y AMERICA

La raza céltica fué la única que, extendida por todas esas costas occidentales de Europa, parecía estar asomada al Océano, durante siglos, mirando hacia América y buscando nuevos caminos por donde seguir su milenaria peregrinación hacia Occidente. Y esos caminos los descubrió en el mismo Océano. Si Colón no fué gallego—la cuestión de su patria es al menos problemática—, Galicia es digna de haber tenido tal hijo.

Los celtas se apresuraron, desde luego, atravesando el Atlántico, a invadir el nuevo mundo en grandes muchedumbres. Los del Norte, sobre todo irlandeses, se dirigieron y se dirigen principalmente a Norte-América; los del Centro y Sur, y en particular los gallegos en gran número, hacia la América Central y meridional.

En América se funden en gran parte con aquella mezcla de razas. Indudablemente que el transcurso del tiempo y la facilidad de comunicaciones y el cruce de corrientes emigratorias diversas irán desvaneciendo rápidamente los caracteres fundamentales de los grupos étnicos en el mundo moderno civilizado y, sobre todo, sucederá esto en las regiones americanas, a donde afluyen tan diversas gentes. Pero es cierto que en la creación de las civilizaciones, que se elaboren en el te-

rritorio americano, habrá de influir muchísimo esta infusión de sangre céltica.

Estos pueblos, que tan intensamente sienten el instinto emigratorio, parecen destinados a una misión transcendental. A transportar las esencias de las viejas civilizaciones europeas, a través del mar, al nuevo continente, para crear allí las civilizaciones futuras, sobre nuevas bases y principios.

A esta gran misión ha de contribuir Galicia con todo su esfuerzo y con toda su alma.

Pues a esa obra gigante de la educación de aquellos pueblos, que quieren vivir a todo trance y en todos sentidos, pero que necesitan normas directivas de su vida, para que ésta no se malogre, cada un ade las viejas razas debe aportar lo más selecto de su espíritu; a fin de que, al fundirse tan heterogéneos elementos en unidad superior, sobre aquel vasto y agradecido territorio, brote de esa fusión la aureola luminosa de un levantado ideal, que sea nueva luz para el mundo.

La obra de Galicia en América ha de ser, principalmente, colaborar en la creación de ese ideal colectivo. El gallego lleva a aquellas tierras, además del tesoro de s utrabajo, el tesoro aún mayor de su alma. Y en esa alma céltica, aunque él mismo no se dé cuenta de ello, lleva como dormidos, en estado de ensueño crepuscular, grandes ideales. Si en su patria desespera de poder lograr la germinación de esa semilla, por la resistencia atávica que opone el suelo, en América se le ofrece un fertilísimo terreno, casi virgen, donde poder depositarla con promesas de ubérrima cosecha.

GALICIA Y LA HUMANIDAD

Al hablar de la raza céltica, decía que con predilección ha buscado siempre las zonas templadas y los climas intermedios, huyendo por igual de los ardores del mediodía y de los fríos del septentrión. Esta tendencia acaso explica sus fundamentales caracteres. Es, en efecto, su idiosincrasia como una resultante de la mezcla de los temperamentos extremos norteños y meridionales, en su original equilibrio. Son los hombres del mediodía exagerados idealistas; son los del Norte exagerados materialistas. Y, como quiera que la perfección humana ha de buscarse en el equilibrio de estas dos tendencias, el temperamento medio será el más humano.

Es indudable que la naturaleza ha tendido a producir sobre la tierra un tipo que realizase el supremo equilibrio vital adaptado a las condiciones de nuestro globo. Ese equilibrio parece natural que tenga lugar en esa zona media o templada,

equidistante de las zonas polar y ecuatorial. Y así parecen confirmarlo la experiencia y la historia.

Tanto el frío como el calor excesivos hacen languidecer, por opuestos influjos, la actividad creadora de los seres. Por eso las razas que han vivido en esa zona media son las que han desarrollado a través de los tiempos el progreso humano.

Dentro de esa zona templada se ha querido observar que las civilizaciones históricas se han ido sucediendo en determinada dirección de Oriente a Poniente, desde la supuesta cuna del género humano en el Asia hasta las florecientes naciones europeas occidentales de nuestros días, que trasmitirán su legado al continente americano. Y, en otro sentido, se ha notado que las civilizaciones más meridionales han florecido antes que las medias y que en último lugar se han manifestado las septentrionales. Al fijarnos en los caracteres que ofrecen estas sucesivas fases de las civilizaciones de los pueblos, advertimos en ellas ciertas curiosas analogías con los caracteres que presentan las etapas de la evolución de los individuos. Los pueblos meridionales se manifiestan con todo el pujante ardor de los adolescentes, llenos de fantasía, de vitalidad impaciente, de ideas quiméricas, de sueños dorados. Es el predominio de la imaginación. Son, por tanto, exaltados idealistas. Colocan el manantial de su vida fuera de sí mismos, en mundos aéreos, a cuya conquista se lanzan impávidos y tenaces, con la obstinación del visionario y el entusiasmo del fanático. Los pueblos intermedios, dentro de esa misma zona, que pudiéramos llamar la zona de la civilización y del progreso, se revelan con la serena luz de la edad madura, divinamente conscientes y reflexivos, dotados de una clara y justa visión de las cosas y de la vida, que comprenden en su desinterés y en su sencilla grandeza; exaltan los fueros de la razón, suprema gloria del hombre; creen que en el interior del espíritu se encuentra la fuente vital y el mundo de espléndidos ideales. Son, por ende, profundamente humanos; tratan de equilibrar el idealismo y la realidad, el espíritu y la materia. Los septentrionales, tienen la frialdad de la edad provecta; obran siempre según cálculo; son exagerados positivistas; sus civilizaciones tienen no sé qué de mecánico y artificial, por lo que tienden a un árido materialismo determinista; diríanse sometidos a fuerzas externas infra-humanas, fuerzas elementales de la naturaleza.

Por eso parece que ha de suponerse aquel supremo tipo humano en esos tipos intermedios, que constituyen como la resultante de las energías extremas y, por representar la plenitud de la madurez, representan la plenitud de la fecundi-

dad, preñada de esperanzas para el porvenir. Tal el tipo céltico intermedio entre los europeos.

La antropología distingue tres elementos étnicos principales en Europa: el "homo mediterraneus", dolicocéfalo moreno de de talla pequeña, al Sur; el "homo europœus", dolicocéfalo rubio, de talla elevada, al Norte; y, entre ambos, el "homo alpinus", braquicéfalo, de color oscuro, de talla mediana, en el Centro. Pónese como tipo de los primeros, el napolitano y el español, especialmente el andaluz; de los segundos, el inglés o el prusiano; de los terceros, el francés, y en particular el celta de Auvernia, tipo intermedio.

Estos caracteres fisiológicos, son base de los caracteres psíquicos y psico-sociológicos de los diversos pueblos.

Predomina entre los primeros el temperamento neurobilioso; entre los segundos, el flemático-sanguíneo; entre los terceros, el nervioso-sanguíneo.

Tales notas condensan virtualmente, como gérmenes, las diferenciaciones entre ellos. Recordémoslas de un modo sumario.

Según Fouillée, en su libro "Bosquejo psicológico de los pueblos europeos", caracteriza a los primeros la fuerte sensibilidad y violencia de las pasiones; a los segundos, la energía de la voluntad; a los terceros, el desarrollo de la inteligencia.

Yestos elementos estáticos de la raza, se desenvuelven en la dinámica de la historia.

Nosotros, celtas gallegos, pertenecemos étnicamente al último tipo, al tipo central. Parémonos a considerar los otros dos extremos, entre los cuales viven los celtas de Occidente: el tipo italiano y español, por una parte; por otra, el germano e inglés. Así observaremos cuán hondamente nos diferenciamos de ellos y lograremos noción cada vez más aproximada de nosotros mismos.

¿En qué rasgos podemos trazar el carácter italiano? Pueblo ardiente, de pasiones tumultuosas, a veces combinadas con el frío cálculo de una razón positiva, de gran imaginación, de notables aptitudes artísticas, celoso y vengativo, fino observador y exaltador de la realidad, de inteligencia flexible y rápida, astuto y complejo, obstinado y rencoroso, reservado e individualista, egoista e interesado.

Es el español, según el retrato hecho por Fouillée, como hemos visto, pueblo de pasiones violentas y concentradas; poco expansivo; generoso y hospitalario, sin ser humanitario; duro para con los animales domésticos, para con los hombres, para consigo mismo, contrasta con otros pueblos por la falta de bondad simpática y sociable; alimenta visiones internas, que brotan tumultuosamente al exterior; fanático, celoso y

orgulloso, de voluntad indomable; falto de ternura; solemne en sus maneras y expresión; aventurero e indisciplinado.

Tal se manifiesta el temperamento neuro-bilioso de estos pueblos. ¿Acaso notáis semejanza entre los rasgos de su psicología y la nuestra? Escasa, ciertamente.

No menor distancia nos separa del segundo tipo, de los pueblos germano e inglés.

El germano, fuertemente flemático, está dotado de sensibilidad poco fina; sus emociones son tardas pero enérgicas; es más bien concentrado, que efusivo; su inteligencia es más que rápida y flexible, firme y pesada; investigador tenaz y laborioso, es propenso a la oscuridad y confusión; sus cualidades más salientes son las de voluntad y energía, amor a la disciplina, genio de acción perseverante; alardea de su fuerza a veces brutal; a pesar de su individualismo profundo, se somete a férrea subordinación; es descuidado y a veces grosero en sus formas y, según Nietzsche, alemán, se caracteriza por su "espíritu de rebaño".

Afín al germano es el inglés, también flemático, cuya sensibilidad más propende a lo útil y práctico, que a lo bello y delicado y sólo se excita con fuertes impresiones; por eso sus pasiones son serenas, pero persistentes; de ahí esa calma con que oculta sus vehemencias; supera al germano en individualismo; es de imaginación sombría; concentrado, reflexivo y serio; ama, ante todo, la realidad; da más importancia que al pensamiento, a la acción; su voluntad es, como la germana, paciente y firmísima; tenaz y emprendedor, ambicioso y egoísta; excéntrico y frío; insolente y seco.

¿Se nos podrá encasillar a nosotros en este segundo grupo de pueblos?

Ya veis que no.

Volvamos los ojos a Francia, observemos cómo el espíritu admirable de ese pueblo, de raíces célticas, ha florecido entre las actuales civilizaciones. Su temperamento fundamental es nervioso, sanguíneo y por tanto su carácter es esencialmente expansivo, optimista. "El celta y el francés, dice Fouillée, son conocidos, por su alegría comunicativa." Es amable y risueño. No se distingue por su fuerza de voluntad, por su dominio de sí. Más que reflexivo, es intuitivo. Tiende a la "síntesis de la personalidad y de la sociabilidad, que es el término ideal de la historia en el extremo final de la evolución humana". El infantilismo francés es aparente; en realidad es la flor de muy refinada civilización. Tiene el sentido de la gracia y la elegancia. Intelectualmente rinde culto a la razón. Más que práctico, es teórico. Descuella por su gusto y espíritu crítico. Cree en las ideas y en su eficacia y tiene entusiasmo por la

propaganda y proselitismo. Es, entre los pueblos, eminentemente social y razonal. Amante de la libertad, igualdad y fraternidad, sueña en la perfectibilidad y porvenir de las sociedades y en el triunfo final de la democracia y de la justicia. Según Nietzsche, "la nobleza europea, la del sentimiento, el gusto, las costumbres, la nobleza, en fin, en la acepción más alta de la palabra es obra e invención de Francia, asiento de la cultura más intelectual y refinada de Europa y alta escuela del gusto". Esto dice el célebre alemán. Al concepto de la selección natural y lucha por la vida, tiende Francia a sustituir otro sublimemente humano, elección natural y unión para la vida. Se dispone, concluye Fouillée, a dar al mundo (en parte quizá, a sus expensas) el espectáculo anticipado de lo que será algún día, en el seno de la humanidad, la fe moral, racional y humana. Acertada dirección y empeño, añado yo, si no se olvida de basarla en las tendencias cristianas.

Tal es el pueblo francés. ¿No son análogas a éstas las características y tendencias fundamentales del pueblo gallego? ¿No las lleva embebidas en su sangre, como gérmenes, en estado latente? Yo soy profundamente gallego y así lo siento en lo íntimo de mi ser. Francia es en su mitad celta; en una cuarta parte germánica y en otra cuarta parte mediterránea. Análoga es la composición étnica gallega. Al elemento celta primario, se mezcló después el germánico, los suevos, además del latín o mediterráneo en parecida proporción. ¿Por qué en el pueblo gallego, en su conjunto, no se nota aún ese florecimiento de espíritu análogo al francés? ¿Por qué no acaba de revelar su genio? No me aleguéis la rudeza de nuestro pueblo, en su estado actual, como incapaz de tales desarrollos. Si en Francia os fijáis en lo que es la entraña de la raza, conservada casi como en tiempos primitivos; si os fijáis en las regiones de Auvenia o de Bretaña, núcleos del celtismo atávico, acaso encontréis análoga rudeza. Y, con todo, de aquellos orígenes brotaron las posteriores magnificencias. Sólo se necesita, para lograr idéntico resultado, poner en marcha la dinámica de aquellos elementos; sólo se precisa movimiento cultural y cultivo esmerado.

Si no os fijáis en la masa del pueblo inculto, sino en la porción culta de nuestra tierra, ¿no os sorprende atisbar en sus ideales, reflejos indudables de los grandes ideales célticos?

El más grande de los poetas alemanes, Goethe, llamó a París la capital del mundo. Así es.

El pasado año publiqué yo un artículo en un periódico de esta localidad, en que llamaba a La Coruña, capital de Galicia, "nuestro pequeño París", por ciertas analogías, que hacía observa entre esta ciudad y la gran población francesa,

considerada la expresión de su espíritu. ¿No demuestra esto que nuestro pueblo en su libre y culta expansión, se manifestaría espontáneamente de un modo análogo?

Duermen, sin duda, en sus fibras más recónditas, notas de civilización y armonías de ideales, que sólo esperan la sabia mano que sepa arrancarlas y darles valor y vitalidad externa.

La gran civilización moderna se desarrolla en la Europa occidental y se irradia por el continente americano. Por eso apasiona tanto los ánimos el estudio de los elementos étnicos, a quienes se debe su creación y propagación y existe rivalidad bien patente entre unos y otros, al atribuirse en tan gran obra la acción más decisiva e importante. Cada uno sostiene su peculiar influencia sobre los demás.

De aquí la cuestión de las razas superiores e inferiores, en que tanto se ha desvariado. De aquí el antagonismo entre latinos y anglo-sajones y la mutua crítica de virtudes y defectos, de influencias creadoras y destructoras. De aquí la vindicación que hace cada cual para sí mismo de la mayor pureza de sangre aria.

Pero ¿quiénes son los verdaderos arios, si aún no lo sabemos? Unos dicen (Gobineau, Lapouge etc.) que es el tipo del *homo europæus*, el hombre del norte, dolicocéfalo rubio, de ojos azules y elevada estatura. Esta es para ellos la raza superior, cuya grandeza exaltan, la destinada a dominar el mundo. Otros, por el contrario, Mortillet, Topinard, Drumont, Sergi) sostienen que el ario superior es el braquicéfalo de color castaño, regular estatura y ojos grises o verdosos, los de la Auvernia, Saboya, Piamonte, Bretones, Gallegos.

Lo que parece es que los dolicocéfalos tienden a degenerar, y los braquicéfalos a aumentar universalmente desde los tiempos prehistóricos. «Según esto, observa muy bien Fouillée, mientras que todo el resto progresa, la civilización avanza, la ciencia multiplica sus descubrimientos, la humanidad lleva a cabo mil prodigios, esta misma humanidad se deteriora respecto del cráneo y pierde la cualidad más preciosa según los exaltadores del hombre del norte, la dolicocefalia. Es difícil tomar por lo trágico un fenómeno tan universal, que precisamente coincide con el desarrollo universal de las inteligencias«.

¿No será más acertado suponer que el cráneo con el progreso de la civilización, tiende a ensanchar en todas direcciones?

Otro desacierto es contraponer a los hombres del norte, anglos y germanos, los hombres del mediodía o raza latina en conjunto.

No existe tal raza latina, ni tal civilización latina, actualmente, en su conjunto. «Francia, dice el citado autor, con quien yo opino, no tiene de latino más que la lengua y una parte de sus

tradiciones. Celta a medias, como queda dicho, es germánica en una cuarta parte y en la otra cuarta mediterránea o, si se quiere, latina. En otros términos, presenta una proporción superior de cráneos cortos, de pelo oscuro, mezclados con cráneos alargados de la raza morena mediterránea. ¡Es una manera admirable de ser latina! En España domina el tipo moreno dolicocéfalo de las razas mediterráneas, con mezcla de celtas y germanos. Nada menos parecido a la proporción de la mezcla francesa, en que el orden de los elementos está invertido. ¿Hemos hallado al menos la raza latina en el país de los latinos? No; lo que ha concluído por dominar en Italia, etnográficamente, no es el elemento latino, sino el celto-eslavo de cráneo ancho en el norte, con numerosos mediterráneos, de cráneo alargado en el mediodía. De la sangre de los *quirites* hemos visto que casi nada queda. Por tanto el elemento latino es precisamente el que más falta en las llamadas razas latinas, trátese de los italianos, los españoles o los franceses».

Visto esto, no nos dejemos sugestionar por los ditirambos intemperantes en loor de germanos e ingleses, ni por sus éxitos por grandiosos que sean, debidos a causas accidentales, creadas en parte por el medio físico y circunstancias históricas y, en parte, por cualidades que indudablemente poseen de voluntad y de fuerza, pero que no son, ni con mucho, las que han de ser tenidas por primarias y principales en el complejo conjunto de las humanas.

Y el hombre, ante todo y sobre todo, ha de buscar lo humano. No deslumbrarse por poderíos que con frecuencia presentan síntomas de bestiales y aún de friamente mecánicos.

Ni a los mediterráneos, ni a los nórticos tiene que considerarse inferior el brillante tipo celta, en tal concepto.

Aprendamos a apreciarnos en lo que valemos.

Entre los arios indo-europeos, la noble estirpe que ostenta la primacía de la civilización, son meridionales en su espíritu los pueblos heleno latinos; centrales, los celtas; septentrionales, los eslavos y germanos.

Ayer eran los pueblos meridionales y mediterráneos los que soñaban en la dominación universal y guerreaban por alcanzarla. Hoy se disputan el dominio del mundo, en duelo a muerte, dos naciones septentrionales. La historia de Francia es la que mejor representa la tendencia central.

En la guerra europea luchan varios y diversos ideales étnicos. Esta guerra, en último análisis, no es más que el duelo encarnizado entre dos ramas de una misma raza, germanos y anglosajones, por la hegemonía mundial. Y, hablando con toda exactitud, ni siquiera se puede decir que lucha espiritualmente toda Alemania contra toda Inglaterra; luchan los germanos-prusianos,

núcleo opresor del imperio alemán, contra el núcleo anglosajón, opresor de las islas británicas. No se puede decir que la iniciativa de la guerra se debe a las grandes porciones de población céltica, que existen en ambos territorios. Los germano-prusianos son los que aspiran a dominar el mundo con su militarismo; los anglo-sajones, con su navalismo. Rusia es el ideal eslavo.

En Francia podemos considerar representado, como casi siempre, en esta lucha colosal el espíritu céltico. París con su simpático cosmopolitismo es la lumbrera inflamada por ese espíritu.

Y el ideal propiamente meridional y latino está encarnado en Italia.

Los demás pueblos ocupan posiciones más secundarias en el gran conflicto.

Trazado así el esquema de la gran guerra, es de observar la particular situación de la raza céltica con respecto a ella.

Los pueblos célticos forman grandes porciones de todas las naciones beligerantes citadas. En Inglaterra, son célticas Escocia, Irlanda y Gales.

En Alemania los elementos germanos más puros se hallan al norte, y conforme se desciende hacia el sur, se le mezcla en mayor proporción el elemento céltico, que predomina en las provincias meridionales. Abunda este elemento en Austria-Hungría y Bélgica. Lo mismo acontece al sur de Rusia, donde se mezcla al elemento eslavo.

Francia es celta en las tres quintas partes de su población. Por el norte de Italia también existe el sedimento céltico. De nuestra península ha entrado en la contienda Portugal, de céltico abolengo.

La raza céltica, pues, entremezclada con todos esos pueblos, que se destrozan mutuamente, está sometida a diversas presiones de encontradas fuerzas.

Yo no puedo menos de anatematizar por igual el navalismo inglés y el militarismo prusiano y desear su completo exterminio. Porque estos monopolios de fuerza o conatos abusivos de hegemonía, no pueden figurar en la historia sino, todo lo más, como estados transitorios y anormales, impuestos, a veces, por la fatalidad, como medios para lograr más altos desarrollos; no es lícito el intento de convertirlos en estados permanentes y en fines egoístas. Y son más abominables cuando tratan de retardar y aún de hacer retroceder estúpidamente, para satisfacer absurdas ambiciones particulares de un pueblo, la marcha triunfal del progreso propiamente humano. Entonces son criminales.

Y aquí veo señalarse clara y precisa la misión que tiene que imponerse, a través de la histórica crisis de nuestros días, esa

XUNTA DE GALICIA · CONSELLERIA DE CULTURA, COMUNICACIÓN SOCIAL E TURISMO · DIRECCIÓN XERAL DE PROMOCIÓN CULTURAL · C.S.B.G.

raza céltica, providencialmente mezclada, como saludable fermento, en todo el conglomerado de tan distintos pueblos por toda Europa.

Ella ha de procurar afirmar el verdadero ideal humano, con todo el esplendor con que lo lleva impreso en su espíritu, entre los grandes vaivenes y oscilaciones del mundo actual. Ha de elaborar en silencio raudales de savia vivificante y purificadora y luchar misteriosamente por infiltrarla en toda la humanidad, para redimirla y engrandecerla.

Galicia ha de cooperar a esta misión, que le señalan su raza y su genio.

Según Benjamín Kidd, cuyo testimonio aduce el autor predicho, es indudable que «Francia representa desde el punto de vista del carácter el elemento celta entre los pueblos que dirigen la Europa occidental y está a la cabeza del intelectualismo de occidente. El enorme influjo francés se hace sentir en toda nuestra civilización, en la política, en casi todas las ramas del arte, en cuantas direcciones sigue el pensamiento especulativo. Aún cuando los pueblos de origen teutónico o germánico llegan a los más altos resultados intelectuales, Kidd encuentra que entre ellos y los pueblos celtas hay notables diferencias. Grant Allen en su obra «El celta en el Arte inglés», dice que el idealismo de Inglaterra en literatura, arte, religión y política, es producto celta. Los pueblos teutónicos obtienen, por lo general los más elevados resultados, allí donde se necesitan investigaciones profundas, laboriosas, concienzudas, donde hay que reunir pieza por pieza los elementos de la obra. Pero falta a tales investigaciones el idea ismo del espíritu francés. Este recogió, como ninguno el espíritu griego. Presenta algo indefinido y elevado, que no se halla en estado natural ni en los alemanes, ni en los ingleses».

Me perdonaréis lo largo de estas citas, porque de tal modo coinciden con mis apreciaciones, que yo no las expondría de distinto modo. ¿Para qué rehacer lo que ya está bien expresado y, además, ofrece no sospechosa autoridad por no ser francés el autor que las escribe?

Al contrario; al enunciar sus pronósticos sobre los pueblos celtas, como el francés, comparados con los anglo-sajones y germanos, viene a concluir que los dos grandes acontecimientos modernos serán, el triunfo de la Revolución francesa y el triunfo de la expansión material de los pueblos teutones, entre los demás pueblos; como indicando que la inteligencia será vencida por la voluntad, y el idealismo por la fuerza.

Olvida este escritor, también yo así lo creo, que la mayor fuerza humana está en la idea, en el ideal que cada pueblo se

forma, colectivamente consciente, de sí mismo y de la humanidad, de su misión privativa.

«La idea que una sociedad tiene de sí misma y de su fuerza, es una fuerza para esta sociedad». Su fuerza primaria. «La idea que tiene de su función o misión, es la principal fuerza funcional y directora». Por eso, concluye Fouillée, Francia proclamando que la verdadera ley de las sociedades humanas no es la lucha por la vida, sino la unión para la vida; no la selección natural, sino la elección racional acabará por vencer».

Ante todas estas consideraciones que van indicadas, yo me explico perfectamente la simpatía de gran masa del pueblo español, de sedimento ibero-árabe, por los teutones. Un pueblo de fantasía exaltada y pasiones concentradas y violentas; no puede menos de admirar esos verdaderos milagros de la voluntad y de la fuerza germánicas. Hay algo de análogo entre la grandeza nacional creada por el ardiente genio hispano en el siglo XVI y la pretendida por la fria y férrea voluntad germánica en el siglo XX.

Más difícil es al temperamento español comprender el equilibrio sereno y racional del genio francés, que si a veces se turba con violentas sacudidas, no es sino para resurgir más humanitario y elevarse a más libertadores horizontes.

No es la fantasía, ni la voluntad, el elemento humano por excelencia, sino la idea. Por la razón se define el hombre.

¿A qué obedecerá que en la actual contienda figure Portugal entre los aliados y en España se haya revelado gran porción como admiradora de los teutones? Una guerra puede ser una ruina y también una resurrección.

¿El pueblo gallego, dejado a su libre tendencia, a qué parte se inclinaría, ya que bajo la superficie de la guerra militar, política, económica, luchan los más transcendentales principios de civilizaciones y razas?

A ese tipo medio se debe la concepción del ideal propiamente humano. Pero este ideal debe entenderse contenido en sus justos límites y no desvirtuado por exageraciones.

La tradición religiosa común a todos los pueblos arios y que primitivamente recibieron como herencia los indo-europeos, contenía los gérmenes de un naturalismo panteista. La divinidad se fundía con los maravillosos fenómenos de la naturaleza, que era por tanto sagrada y adorable. La divinidad todo lo llenaba y en todo revelaba su magnificencia. El mundo vino a ser un sueño de Dios. Esta fué la concepción religiosa de los arios en el decurso de los tiempos primitivos.

De los celtas en particular sabemos que también profesaron el naturalismo religioso. Adoraban el fuego, los montes, los ríos y arroyos, las selvas, los vegetales y animales. Sabido es

que hacían de los bosques de robles y encinas, sus templos misteriosos, lugares de reuniones y que, sobre todo, la encina revestía carácter divino y el muérdago sagrado era cortado con una hoz de oro y recogido con gran ceremonia por los Druidas, vestidos de blancas vestiduras.

La religión céltica dió origen, al menos en las islas británicas y en las Galias a la institución sacerdotal del Druidismo, que era el clero nacional, escogido entre lo más florido de la juventud, cuyo noviciado duraba veinte años. Su doctrina abarcaba la teología, la adivinación, la astrología, la medicina y el estudio de la naturaleza y de la historia. Su concepción religiosa era pues filosófico-naturalista. Su método abría amplio campo al ejercicio de la razón.

Después de predicado el cristianismo en el mundo, sería difícil y prolijo señalar la dirección especial en que siguió desarrollándose esta tendencia especial de la raza céltica, a veces con aciertos indudables, a veces con lamentables desviaciones. Fijémonos en algunos jalones, bien perceptibles, que la señalan a lo largo de las edades. El bretón Pelagio, en la antigüedad, propagaba su racionalismo herético. El Bretón Abelardo, en la Edad Media, fundaba el escolasticismo, haciendo colaborar la razón en las especulaciones teológicas. Renán, también bretón, en nuestros días, ha pasado por uno de los corifeos racionalistas.

La influencia ejercida en Francia, en los últimos siglos, por la corriente intelectual representada por tres escritores bien conocidos y celebrados, Fenelón, Rousseau y Renán parece obedecer a la natural predisposición del pueblo francés a recibir determinados impulsos educativos.

Duermen, sin duda, en el fondo anímico de ese pueblo, donde predomina la sangre céltica, las tendencias atávicas, que en la época moderna se transforman en florescencia de los ideales de la democracia, del humanitarismo, del amor a la naturaleza, de los derechos del hombre, de la libertad, igualdad y fraternidad, del imperio de la razón, que afirma sus fueros por un lado ante las fuerzas superiores del mundo ideal, cual lo conciben los meridionales, y, por otro, ante las fuerzas inferiores de la naturaleza bruta, como la conciben los hombres del norte.

Claro que esta corriente de peculiar energía que entre aquel idealismo quimérico y este árido materialismo exagerados; aparece como el término medio de vital humanismo equilibrado, ha fluido muchas veces turbia y por fuerza de sus legítimos cauces. Pero es indudable, aparte tales turbiezas y desviaciones, que esa corriente debe arrastrar ocultos gérmenes de extraordinaria virtualidad para el progreso humano. Y eso es lo que de ella hemos de procurar extraer y explotar. No el tipo-idea; ni el

tipo máquina; sino el tipo-hombre. ¡Qué bien han interpretado este sentido de la vida los grandes escritores bretones, como Chateaubriand, Lamennais y Hello, además del citado Renán!

En el lánguido fluir de la vida gallega durante los siglos, aunque su curso en general se presenta como el de esas aguas en apariencia casi inmóviles, hay datos para observar una dirección análoga revelados, a veces, en la quieta superficie.

Fijémonos en algunos jalones sobresalientes de la historia del pensamiento gallego, según se ha manifestado a lo largo de dilatadas edades.

En otro trabajo mío, he hecho notar que la figura histórica más representativa del genio gallego, por su complejidad, es la del famoso heresiarca del siglo IV, Prisciliano. Aparece en la declinación de la antigüedad cristiana, cuando estaba ya próxima a alborear la aurora de la edad media y en tiempos en que aún eran muy sensibles en nuestra región los vestigios del paganismo racial mezclados a los principios del cristianismo renovador. Prescindiendo de la cuestión, aún por resolver y determinar, de su mayor o menor grado de alejamiento de la ortodoxia, es lo cierto que uno de los puntos más originales de su doctrina tiene sabor racionalista; ha sido considerado en Alemania como uno de los precursores del protestantismo, por haber abierto, en sus estudios de exégesis bíblica, senda al libre examen y a la teoría de la inspiración individual. Como místico, proclamaba la comunicación directa, sin intermediarios, del hombre con Dios. Prisciliano, era contemporáneo del bretón Pelagio.

El segundo lo marca, en el siglo XVI y XVII, nuestro famoso médico-filósofo Francisco Sánchez, profesor en Francia, donde editó numerosas obras, entre las que se hizo célebre y excitó vivas controversias la titulada «*Quod nihil scitur*». En ella se acusa la misma tendencia que la seguida por el conocido filósofo francés, Descartes, que con su sistema de la duda metódica, tan profunda revolución inició en la evolución del intelectualismo moderno.

Proclama Sánchez una dirección escéptica en la investigación de la verdad, muy en consonancia con el espíritu de la raza.

Es de notar que aún en las tendencias más desacertadas se traslucen siempre las sugestiones de la sangre y del medio, y se reflejan anhelos dignos de ser tenidos en cuenta.

El tercer jalón o índice de esta dirección, que tratamos de determinar, es una escritora de nuestros días: Concepción Arenal. En profundidad de pensamiento, más que de pensamiento, de tendencia, no se que haya quien la aventaje entre nosotros. Es gloria de Galicia y de la humanidad. Gloria de las

más puras y radiantes, de que un pueblo puede enorgullecerse. Su obra fué eminentemente humanitaria. Con el transcurrir de los años su silueta se agiganta y toma proporciones de coloso. Es la figura de una redentora. No se fijó más que en los dolores, en las miserias, en las degradaciones, en las cadenas, en las abyecciones de la raza humana, para tratar de regenerarla y libertarla. Dentro de sus entrañas generosas y maternales quiso dar calor de vida a una humanidad futura, ennoblecida y purificada.

Nunca se glorificará lo bastante a esta mujer única.

Sus obras y sus escritos están impregnados, a pesar de su tono filosófico y científico, de una unción sagrada. Parecen libros religiosos e inspirados. Y es de notar, sobre todo, tratándose de una mujer, la serenidad racional con que escribe. Busca la redención humana en el mismo seno de la humanidad. Tiene la clara intuición del supremo ideal humano, que es lo único real en nuestra vida.

¿Acaso no aparece clara, acusada por tales manifestaciones en todos los tiempos, la tendencia que emerge de la entraña del pueblo gallego, y que, como arroyo derivado, viene a confluir y mezclarse con la corriente general del pensamiento y del sentimiento célticos, para aportar sus ricos caudales al mejoramiento general de los hombres?

No me será necesario volver a recordar que en cuantas direcciones de movimiento vital he descrito, no son aprovechables todos los elementos integrantes, sino que de ellos habrá de extraerse, desechadas las abundantes escorias, el puro tesoro que encierran de verdad y de vida.

Por todo lo que sucinta y condensadamente he expuesto, se colige que la gran aspiración céltica, y, por tanto, la aspiración gallega, consiste en acertar con un ideal de vida, que pueda llamarse justamente humano. ¡Qué palabra tan bella, la palabra humano! Nuestra interesantísima naturaleza desarrollándose según sus eternas, recónditas, inflexibles leyes, que tarde o temprano triuntan de toda ficción, de todo convencionalismo, de toda imposición, de toda violencia; esta débil y maravillosa naturaleza que del abatimiento engendra la resurrección; del dolor, la luz; de la miseria, la nobleza; del barro de la tierra, la gloria del espíritu. Esta naturaleza no egoísta en sí, sino generosa y desinteresada, que se sacrifica de mil formas espontáneas al engrandecimiento ajeno, cuyas pasiones, al parecer más bajas y perversas, forjadas de tinieblas y cieno, buscan los resplandores puros de claros ideales. Esta fecunda naturaleza, creadora de tantos prodigios en los órdenes práctico, sentimental y especulativo. Dentro de la cual vivimos, nos movemos y somos, con la misión de interpretar sus eternos misterios, y hacer brotar a

luz sus no calculadas energías, y reproducir y manifestar sus insondables arcanos. Que sostiene esta hermosa lucha épica de su graciosa debilidad con las fuerzas incontrastables que la rodean. Que concibe las más altas ideas y sabe darles forma y realidad y asimilarse la vida del universo. Universo en pequeño, con todos los gérmenes de los mundos infinitos y de la eternidad perenne encerrados en ese grano de polvo inquieto que llamamos hombre.

¡Qué empeño tan noble buscar la auténtica, la legítima interpretación de lo que queremos designar por vida humana, de lo que entrevemos, como aspiración, dentro de esa palabra! Vida, que halla en su interior, satisfacción cumplida; libre de preocupaciones absurdas; de temores desconcertantes; de tiranías impuestas; de mentiras y de miserias interiores. Vida amante de toda verdad, de toda belleza, de toda bondad. Enemiga tan solo de la sinceridad, de la pequeñez, de la inquietud, de la limitación. Es decir, injertada directamente en el mismo árbol de la realidad y recibiendo su creadora savia, sin falsificación, sin fatiga y sin medida.

Yo creo que Dios ha puesto lo que se ha de entender por felicidad, dentro de nosotros mismos. Que cuanto más lejos vayamos a buscar ese objeto tan indefinible y tan mal entendido, más nos perderemos sin encontrarlo. Nuestros mismos decaímientos, amarguras, desesperaciones, más perceptibles por los espíritus más delicados, por no lograr la plenitud de nuestros inmortales anhelos, ¿no son elementos integrantes de una auténtica felicidad? ¿no se puede creer feliz quien tales ansias insaciables experimenta? Pobreza, desengaños, oscuridad, vicisitudes de cualquier género, muerte; ese misterio de la muerte tan mal interpretado, que tan divina y riente luz proyecta sobre la encantadora fugacidad de la vida, ¿van a tener fuerza para trastrocar las ideas y las normas fundamentales del desenvolvimiento de nuestra existencia? ¿Podrán tales obstáculos hacernos mirar con otros ojos el curso de esa oleada arrolladora que nos hace ser, cuya fuerza nos da aliento, oleada gigantesca, que viene de Dios y va a Dios, y contiene energías inexploradas y divinas, y juega con vistosas variaciones, y refleja luces ultraterrenas y se corona de irisaciones polícromas, símbolo de recónditos recuerdos, de omnímodas esperanzas y reflejo de realidades firmes simas?

Entre el fatalismo de ciegas fuerzas superiores, que proclaman pueblos meridionales—como el musulmán—y el fatalismo de ciegas fuerzas inferiores de la naturaleza, que proclaman pueblos del norte—como el prusiano, imbuído con la ideología de Nietzsche—, el ideal celta—como el francés, prescindiendo de sus desviaciones; como el de Renán, considerado en la delica-

deza de su tipo espiritual—, y, por tanto, el ideal nuestro, del pueblo gallego, ha de ser de un robusto, valiente, desinteresado, sereno humanismo, que recoja en su esencia los jugos más puros de la esencia cristiana y elabore al afirmarse cada vez con más precisión y claridad en el mundo, nuevas civilizaciones, y abra espléndidas lontananzas en el porvenir.

Cooperar al triunfo de este ideal, es la misión que los imperativos de su raza y de su genio señalan a Galicia.

Creo que el estudio del problema gallego ha de comenzarse por el estudio del espíritu gallego, como he dicho al principio.

El defecto principal de nuestro pueblo consiste en no tener formada conciencia exacta de sí mismo, de su propio valor de su potencialidad. Un individuo que sabe lo que vale, hasta dónde y en qué sentido puede desarrollar sus fuerzas, qué misión le predetermina su íntima naturaleza, se lanza a la vida con fé y con acierto y domina las circunstancias y se engrandece sin esfuerzo y se crea los medios de progreso y logra, en una palabra, tener personalidad propia, que se revela luego en todos los órdenes y en todas las esferas de actividad. Lo mismo sucede con un pueblo. Por eso yo veo en el estudio de nuestro espíritu la clave primaria para resolver todos los demás problemas que nos atañen.

No creáis que esto es colocarse en alturas demasiado lejanas e inaccesibles, en cumbres frías mente filosóficas, desde donde difícilmente se desciende a la práctica vulgar y cotidiana, al orden concreto y positivo. Frías, inaccesibles, suspendidas sobre los terrenos fructíferos, heladas con el pasmo de la muerte, áridas e infecundas podrán parecer las cumbres de los Alpes al viajero que las remonta entre las nieves; y lo cierto es que de ellas, de los inexhaustos manantiales que alimentan, se deriva toda la fecundidad de los valles circundantes, toda la magnífica fertilidad de la llanura, cubierta de vegetación en un inmenso radio. Tales estas ideas primarias, que luego se determinan y cobran suma eficacia.

El espíritu late con pulsaciones firmes y enérgicas, aunque a veces ciegas y vagas, en el interior de los individuos y de los pueblos y de la humanidad. De tal manera, que ese espíritu es el verdadero artífice creador, y no los artífices externos, encargado de dar forma justa y adecuada a cualquiera personalidad, sea individual, sea colectiva. En la manera de andar y de moverse está el espíritu personal de un hombre; en la manera de actuar en toda su vida ha de estar la personalidad de un pueblo.

Es un hecho que Galicia no tiene conciencia de sí. Parece un pueblo durmiente. Al visitarla, viniendo de fuera, sorprende su fisonomía. Se presencia el sueño de un país entero. Todo es vago, indefinido, informe, vacilante.

Hoy se intenta uno de tantos esfuerzos para despertarla; surge un nuevo movimiento galleguista; vienen gentes forasteras a dar aldabonazos a su puerta. Y yo os digo que no habrá resurgido mientras no se despierte y que no despertará mientras no se excite su íntima conciencia interna; de otro modo, tendréis un fenómeno de sonambulismo.

Lo primero que ha de resurgir claro y definido es su espíritu. Y cuando esto se logre, vereis qué pronto varían y se producen y se adaptan a su manera de ser las demás condiciones de su vivir: políticas, sociales, económicas, materiales, y qué facilmente hallan la norma de su desembarazado engranaje todas las funciones características de un organismo, no sólo vivo, sino consciente y despierto. Si esto no lográis trabajaréis en vano. Por eso yo afirmaba que veía en tal estudio la clave para solucionar los demás problemas parciales.

El sueño encantado del país gallego es el que le da una fisonomía privilegiada por lo poética y sugestiva. No temáis desvirtuarla con despertarle a la realidad. Si, en último análisis, para un espíritu vigoroso y profundo, lo que llamamos realidad es otro sueño de otra índole, sólo con grados de diferencia, interesantísimo y mágico. Al fin sueños de sueños.

Galicia duerme sueños milenarios. Acaso, cuando despierte, podrá revelar más portentosas maravillas descubiertas en ese fondo subconsciente, durante tan prolongado ensimismamiento y cautivar a las gentes cuando comience a dar a esos puestos forma y consistencia en la vida humana, que es tan divina.

Cuando yo residía aún en Santiago, publiqué en el «Diario de Galicia», en Enero de 1910, una serie de artículos en que procuraba trazar el esbozo de un regionalismo moderno, le llamaba «neo-regionalismo», e insinuar su concepto en estos términos:

«Se concibe un regionalismo que no se concrete al perfeccionamiento y desarrollo de una de las varias energías o modos de manifestarse del temperamento de una región, o pueblo, o raza, sino que busque el fondo interno, la ciencia misma de ese peculiar temperamento, para hacer que despliegue cuanta actividad pueda dar de sí en todos los órdenes de la vida. Este es el más íntimo regionalismo. El histórico, el político, el literario, el filológico, el agrario, son ramas del árbol. La raíz es el étnico-psicológico. Su base es la fé en nosotros mismos, en el gran filón de vida riquísima y triunfadora de nuestra raza, filón que es nuestro espíritu en su mística esencia»

El artículo final (16 Enero 1910) se titulaba «Galicia futura.— Profecía», y terminaba así:

«Yo creo que en Galicia debe nacer de insignificante aunque

fecunda semilla un árbol robusto y pomposo, que atraiga las miradas de las gentes por su lozanía y esplendidez.

La savia de ese árbol ha de nutrirse sólo de elementos propios de nuestra vida: ha de ser íntimamente regional.

Arraigando sus raíces profundamente en nuestro suelo, en nuestra historia, en nuestro modo de ser, se elevará su tronco por sí mismo, triunfalmente, y la grandiosa copa, cubierta de denso follaje y exquisitos frutos, será gala de la civilización mundial.

Creo a la alma región gallega con fecundidad suficiente a obrar este prodigio.

Lo creo, porque conozco a fondo su genio y me he asombrado del tesoro de vitalidad, casi inexplorado y desconocido, que en sus sinuosidades encierra.

Ni el mismo pueblo gallego se da cuenta de ello.

Es lo qe uhace falta: tener conciencia de sus propias fuerzas y de su propio valer.

Vale más de lo que él mismo imagina.

Yo le juro que puede triunfar: que es raza dominadora.

Con sólo querer, será grande: con sólo desarrollar conscientemente su propio espíritu.

El nombre de «gallego», que se ha considerado como degradante, puede imponerse y fulgurar con luz de víctoria entre los pueblos

Más aun: yo creo que este inesperado resurgir no está lejos: creo que han llegado sus tiempos.

Galicia brillará con gloria en medio de las gentes.

Del misterio de su vida enigmática brotarán divinas iluminaciones.

Esperemos en nuestra redención y en nuestra edad mesiánica.»

Lo que yo creía en 1910 lo sigo hoy creyendo aún con fé mayor.

He terminado. Sólo me resta ahora dirigir un saludo a esta benemérita «Reunión de Artesanos», que durante su dilatada historia tan intenso anhelo ha puesto en el desarrollo cultural de Galicia; que ha llamado a esta libre y autorizada tribuna—comparable por su simpática neutralidad a la del Ateneo de Madrid—a tantas eminencias de todos los campos y filiaciones, para confrontar orientaciones en los más transcendentales problemas; que se ha esforzado en mantener enhiesta entre nosotros la antorcha de un intelectualismo acomodado a las exigencias de la vida actual y en iniciar la traducción de las ideas en la vida real y práctica de la región, a diferencia de otros centros oficiales de la intelectualidad regional, que debieran ser los primeros en trazar rumbos, y viven como divorciados de esa realidad en aéreas es-

feras; que ahora mismo, atento al nuevo movimiento regionalista en germinación, se apresta a llevarlo a terreno verbalmente positivo y eficaz, con la creación del Instituto de Estudios Gallegos, que tanto puede influir en nuestro porvenir. Este Círculo honra a Galicia. Por eso yo que figuré entre los iniciadores de los Estudios Gallegos en el Ateneo de Madrid, hace dos años, he aceptado también gustoso la colaboración en estas conferencias. Saludo a su cultísimo presidente, el Sr. Casás, insustituíble en su dirección, que necesita un hombre entusiasta, como él, de espíritu emprendedor y amplio, de voluntad férrea, que sabe sobreponerse a toda clase de insidiosas contradicciones. ¡Ojalá hubiera muchos gallegos de su temple y energía! Quisiera verle pronto con su gran elocuencia defendiendo en Cortes las salvadoras ideas regionalistas!

Saludo desde aquí, como si mi voz se extendiese por todos los ámbitos de esta bien amada tierra, este nuevo resurgir, que despunta como la clásica luz de nuestras alboradas. Este despertar del regionalismo, que juzgo la única base del progreso de las naciones. En un diario gallego he expuesto hace pocos días, defiriendo a una invitación, mi opinión sobre este punto. Creo que las regiones se unen libremente para formar una unidad nacional, en cuanto esperan hallar, dentro de esa unidad, facilidades mayores para desarrollar su vida. Si esa unificación nacional pone trabas a su crecimiento vital, en vez de favorecerlo, las regiones se inquietan, abren su protesta, exigen que el molde superior de la unidad no las ahogue, ni coarte su expansión, en lugar de plegarse y adaptarse a sus exigencias y fomentarlas. No hay en esto más que una imperiosa ley biológica. Están en su derecho. El Estado Central se debe a las regiones, es la resultante de su libre unión; las regiones no se deben al Estado Central, sino en cuanto éste favorece su vida. Si las regiones avanzan y el Estado unificador se estaciona y quiere retenerlas en su propio estancamiento, las regiones llegan a amenazar con la ruptura. Aparece el separatismo. Tiene que suceder así. Esta es la razón por qué el regionalismo se acentúa más en las regiones más adelantadas. En España surge potente en Cataluña y Vasconia. Notad que ambas son las dos puertas que comunican a España con Francia y con Europa, una al Oriente, otra al Occidente de la barrera de los Pirineos. El contacto con Europa las ha hecho más europeas que el resto de la península, que continúa siendo, desgraciadamente, como dice Fouillée, cada vez más africana. ¿Qué cosa más noble que la cruzada de aquellas dos regiones? Si el molde central las oprime, llegan o a soñar en su independencia o vuelven los ojos a otro Estado, como Francia, dentro del cual les parece que podrán moverse con mayor libertad. ¿Es culpa de ellas o del insensato y egoísta centralismo?

De lo dicho concluyo que el anhelo regionalista, según sea más o menos vigoroso, marca el nivel de vitalidad de una región. Y que el regionalismo es esencialmente progresivo provoca el progreso en la constitución de las naciones lo demanda, lo impone.

Los que ultrajan el regionalismo de «atávico», «feudal», «cabilesco», «retrógado», «africano», demuestran una inteligencia admirablemente pobre y enteca; cuando el centralismo es el que actúa, como en España, de un modo «atávico», «africano» y «feudal» y sólo sirve de rémora a las renovaciones. Este es el actual problema español: ¿Es posible gobernar regiones europeizadas, con criterios y procedimientos africanos?

Sobre los intereses creados en el sistema político, están los intereses étnicos de los pueblos, los del desenvolvimiento del genio étnico-psicológico de cada país y aun, sobre éstos, los de la humanidad.

Será un mal menor el quebrantamiento de un sistema político, si queda a flote la mayor evolución de un principio étnico o humanitario legítimo. Esta es mi creencia.

En Galicia tenemos que comenzar por vivir vida intensa en todos los órdenes regionales, para que brote, no artificial, sino espontánea y naturalmente un regionalismo pujante y, si es preciso, arrollador. Por eso creo, y lo he indicado en esta conferencia, que debemos comenzar por las raíces y por afirmar el tronco; no por las ramas.

Tengamos fé en nosotros mismos. Creemos la conciencia regional colectiva y pongámonos a trabajar, después de orientados y de convencidos de nuestra misión excelsa entre los pueblos, cada uno en su esfera propia, por humilde que sea. Lo demás brotará por añadidura.

Saludo, finalmente, con particular cordialidad a esta gran ciudad de La Coruña, la hidalga, la efusiva, la hospitalaria, la maternal, como decía mi amigo Rey Soto, que, como ninguna en la región, sabe desplegar tutelas alentadoras de todo lo noble y de todo lo bello; que no se atiene sólo a consagraciones convenidas, ni a abolengos, justa o injustamente reconocidos, como los pueblos caducos y formalistas, sino que sabe ella conceder esas consagraciones, como galardón al mérito desconocido. La Coruña que yo soñaba (así lo expuse en el ya citado artículo), digna de convertirse en la «gran ciudad gallega», en la Barcelona del Noroeste, en una ciudad mundial, por parecerme que ofrece base como ninguna para ello, no sólo por su situación privilegiada, pues si Galicia es como el vértice del ángulo céltico que forma la España atlántica sobre el mar, la Coruña es el vértice de Galicia, sino también por su espíritu, flor de nuestro común espíritu, prolongándose por todas estas bahías y ensenadas

hasta el Ferrol e irrumpiendo en vida desbordante de todo orden, compendio de toda la vida gallega. La Coruña, con su simbólica Torre de Hércules, que internándose en el mar, erguida sobre las rocas, como antorcha sostenida por el brazo poderoso de una amazona, se corona del faro resplandeciente, cuyo foco hacia el interior me parece difundir sus rayos, iluminando el secular misterio de todas las regiones célticas de la península, que se extienden por el ángulo Noroeste desde Lisboa hasta León y hasta Vizcaya; unificando toda la zona peninsular, verdaderamente atlántica y descubriendo su enlace con otros pueblos europeos; y, hacia la extensión infinita del Océano, me parece alumbrar los caminos de América, caminos de porvenir, y alcanzar con sus reflejos aquellos dilatados territorios de allende el mar, donde la emigración heroica, sangre fraternal nuestra, lucha las rudas batallas de la vida, para atraer constantemente sus miradas hacia esta cuna gloriosa; así su luz figura enlazar lo pasado con lo venidero y esclaracer nuestra misión y nuestros destinos.

He dicho.